



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

PARA DELETREAR  
EL INFINITO

CUADERNO  
AMERICANO

## A N T E S A L A

CAUDAL torrente, diluvio. Una sensación parecida al vértigo produce la grandeza del edificio de palabras que ha construido Enrique González Rojo. Edificio gigantesco que es suma de edificios. Ciudad multitudinaria.

Una y otra y otra metáfora segadora y exacta para dar nombre verdadero a lo antes no nombrado; uno y otro tern a desde el infinitesimal hasta el inconmensurable; uno y otros metro, pie, estrofa, ritmo, número, forma, desde el mínimo poema, a modo de hai-kai o de proverbio, hasta el vasto poema casi heroico; uno y otro tono, del más grave al más agudo. Agudeza. Gran arte de ingenio. ¿Qué urbanización es ésta? ¿Qué plan regulador del crecimiento de esta población verbal se ha tenido en cuenta? Ya vendrá la crítica a dilucidar esta cuestión. Pero ese vértigo de intensa belleza que al lector produce este libro con su arrolladora abundancia y su construcción aparatosa, ¿No es ya el intento logrado por el poema de expresar el desazonante vértigo con que el vivir nos penetra la conciencia y la inconsciencia amalgamándolas? El hombre, en medio de esa magna edificación, se percibe como un habitante diminuto, y, paradójicamente, es precisamente él —el hombre, el poeta, Enrique González Rojo— el fundador de tal universo, que así ha trocado la dualidad aguja-pajar en unidad rotunda.

Una vez entrado el lector en esa ciudad de palabras advierte —y éste es el asombro más valioso— que aquéllas no se hallan inmóviles, imperturbables las unas sobre las otras como piedra sobre piedra, sino que otra vez en un vértigo armonioso, se desplazan de continuo trasladándose de una frase que parecía de antiguo definitivamente amasada a otra asimismo prefabricada, y así, al dislocarse, revalidan jugosamente su significado que el uso común deseaba. Tan ágilmente consuman las palabras de este libro su constante peripecia de traslación que parecen jugar, como recatándola graciosamente, con la lúcida seriedad con que el poeta las ha desencadenado. Ahora sí, las burlas veras.

*Para deletrear el infinito* es preciso —esto es lo que Enrique González Rojo nos descubre maravillosamente— no buscar un lenguaje sino poner el lenguaje en trance de búsqueda. Sí, lenguaje en búsqueda es la poesía. La emoción de asistir a una cacería de la realidad huidiza rastreada por las palabras minuciosamente amaestradas puestas a recorrer o a volar siguiendo su propio y perfeccionado instinto: esa es la emoción que el gran poeta nos contagia. Sabido es que la presa, una vez descubierta, fatalmente logrará huir y de nueva cuenta esconderse; pero las palabras del poeta seguirán persiguiéndola prolongando así, como si fueran deletreándola, la más ilustre aventura del espíritu.

El escritor de genio es el que viene a enderezar aquel viejo

entuerto de la torre de Babel, donde brotó la confusión entre los hombres, que, súbitamente, empezaron a hablar en distintos idiomas, a no entenderse entre sí. Más que en ninguna otra cosa, la virtud del gran poeta consiste en que infunde en todos los hombres la sensación de escuchar el lenguaje original de su ser más auténtico, latente detrás de su propio idioma habitual, que así, paradójicamente, no viene a ser más que una lengua sobrepuesta, extraña o aprendida y no la congénita, la cual es esa otra que ahora el poeta le recuerda.

En ese lenguaje prístino que Enrique González Rojo posee hoy necesariamente se hallan inmersos, y quizá en ocasiones hasta reconocibles, palabras, tonos de otros poetas que fueron y son asimismo esenciales. A su poesía llegan natural, irremediablemente, tal los ríos al mar. Son sus tributarios, como él, a su vez, habrá de serlo de quienes lo sucedan legítimamente.

LUIS RIUS

## ***CUANDO LA PLUMA TOMA LA PALABRA***

CON murmullos de lápiz o alaridos de tinta  
al través de estos cantos quisiera  
encender tales imágenes  
que mereciese cada una todo un libro;  
pero nunca olvidar  
el cielo ambiente que unifica  
el discurso de luz de cada estrella.  
Sé bien que el dramaturgo  
debe iniciar la lista de sus personajes  
con el primer actor, el escenario  
que no tiene reposo ni siquiera  
durante el intermedio:  
nada mejor que comenzar  
con un canto a la naturaleza,  
a mitad de la cual soy esa aguja  
que hallándose extraviada también pierde la cabeza  
al darse cuenta  
del pajar infinito circundante.  
Las primeras estrofas dejarían constancia  
de mi irresistible deseo de dar en un átomo  
mi primer recital de poesía,  
para confesar a continuación  
que ya le he puesto letra a la música de los astros  
una noche en la árida montaña.  
Pero sé que el poema  
no puede ser tan sólo un día de campo;  
que ha de transfigurarse  
en un día de campo de matanza:  
pretendo que mis versos  
se lancen al safari del pasado biológico del hombre  
para armar la *bestiada*,  
la monarquía absoluta de la garra,  
la epopeya animal  
que en hexámetros borda sus rugidos.  
Desde un temor cualquiera, voy a alzar la escultura  
de la gota agresiva de la avispa  
o del rinoceronte  
que cuelga de la percha neurótica del cuerno  
todo su repertorio de corajes.  
Pero también querría  
demostrar que en la mente  
de alguna de las fieras carniceras,  
cuando atiende con insuperable delicadeza a su cría,

al et ea no sé qué mariposa...  
Quisiera hablar sin fin de la fidelidad canina,  
de aquella que se expresa  
sin poseer un gato de mudanza,  
y hablaré de los hombres  
que no han podido aún sanar de sus gruñidos,  
para obtener de ahí la conclusión  
de que tendremos Darwin  
todavía por mucho  
tiempo.  
Cronista del sujeto que me empuña,  
quisiera en otro canto desnudar  
la Historia Verdadera de las Cosas de un Poeta.  
Traductor de este Enrique que me guía,  
lo quiero transparente,  
que nadie se nos pierda en el minúsculo laberinto  
de cada una de sus huellas digitales.  
Tras de su nacimiento (aquella noche  
en que el mar de placenta  
lo arrojó hacia las playas del oxígeno  
con todo y esa bestia que lo enjaula)  
voy a hablar del instante  
en que el tronco del báculo,  
corno botón de muestra de su tiempo,  
le empezó a florecer en un puñado  
de veredas, caminos, vericuetos.  
Aquí pretendo relatar  
cómo desde su larga y flaca arcilla  
el amor ha levantado  
la mayor cosecha de angustia en lo que va del siglo.  
Después voy a escribir  
del yo que a las espaldas vamos cargando todos  
y de su abeja  
negación del enjambre.  
Quiero exaltar el átomo,  
la célula, la soledad de un punto.  
Aquel que se acurruca hasta perderse detrás de cada lágrima.  
Abrirme a los nombres personales.  
No terno, camaradas, ilustrar  
la pequeño-burguesa manera deliciosa  
en que siempre hay alguna mujer  
que, viéndonos de reojo,  
un poco desordena el universo.  
Ni dejaré tampoco de cantar  
el abrazo que pone entre paréntesis  
la soledad derruida de dos cuerpos.

Mostraré los sentidos,  
describiré a los hombres  
las cinco vías con que el mundo  
les demuestra la existencia.  
Quiero dar libre curso a esos estados  
de ánimo en que la gente  
corre a llanto traviesa por sí misma.  
Quiero cantar a aquel  
que en pleno autodomínio  
a su látigo bebe las palabras  
y calza un par de brújulas estrictas,  
para ahogar en sus brazos la tortuga  
que preten da extender por todo el cuerpo  
de Aquiles el talón.  
Y hablar también  
de aquel que, tras el cráneo, guarda todas  
las circunvoluciones de la lógica  
y cree que es el cerebro  
todo el hilo de Ariadna enmarañado.

Después querría escribir del devenir,  
de ese tren que no se hace agua estancada  
en ninguna estación.  
Pienso hablar del instante en que la mente,  
para hacer cosa suya la fluidez,  
sintoniza su oído en cualquier viento  
o del agua gerundia sigue el rastro.  
Sé que el mismo Parménides,  
que logró desterrar de su manera  
de hablar todos los verbos,  
para dar a entender que la razón  
estaba con Heráclito  
se puso en contra suya.  
No ignoro que la luz y que la sombra,  
en cierto gris sentido,  
no difieren.  
Mostraré cómo avanza sus legiones  
—con el toque de queda en cada lecho  
la sombra a la conquista de la atmósfera.  
También cómo se enferma la penumbra,  
hacia la madrugada,  
con la fiebre amarilla que epidemia  
ya todo el horizonte.  
Voy a cantar entonces a la tribu,  
porque sé que el canario,  
cuando arroja la parvada *de* luciérnagas de su trino,

sólo pone un granito de música en la especie  
de las aves que tienen el mayor número  
de voltios emplumados.  
Me pondré a gritar la historia  
de l i n t e n t o h u m a n o por escupir los rugidos  
que nos madrigueran la boca.  
Hablar de la odisea necesaria  
hasta saber que Itaca está en sí mismo:  
carrera de relevos en que todo  
siglo le va pasando al que le sigue por lo menos el fósforo  
y sus genes de la futura antorcha exuberante.

Querría dar fe de la jornada de esta tribu que no tiene otra ruta  
para ir a su destino  
que aquella que atraviesa las aguas insurrectas del Mar Rojo.  
Y he de hablar de los cuatro jinetes que tenían por residencia el caos.  
¿Alcanzarás, tintero,  
para expresar completa tal angustia ?  
Sé que la especie humana  
no puede llegar a buen parto:  
que habrá mucho dolor  
y la sangre ganará las elecciones.  
Y aunque algunos, en su pecho, sentirán  
el temblor trepidatorio de su propia cobardía,  
sé que en el horizonte nacerá  
un sol que se despierta evaporando  
las lágrimas del valle.

## *EL ANTIGUO RELATO DEL PRINCIPIO*

### TRAS LA CERRADURA

CÁNCER espiritual que se acompaña de la reproducción vertiginosa del ansia de crecer, para restarle más y más territorios al espacio, arroja a muchos hombres la soberbia a soñar que no acaban en la línea fronteriza del cutis, hasta hacerlos creer que desde el cielo, en un cerebro que desplaza la brisa, toman la decisión de una tormenta. ¿El hombre es la medida de las cosas, el dios que en su proceso de creación, en las primeras hojas de su biblia, separa un día el agua para poder en ella bautizar lo que va poco a poco inaugurando ? ¿Hay árboles que piensan, madera solipsista, que de su propio tronco va naciendo la selva circundante, y que si se les riega la lluvia cotidiana del cuidado, hacen que el universo viva un ligero aumento de lo verde?

No se puede negar:  
hay huéspedes que creen que este mundo,  
donde se hallan de paso y su memoria  
asumirá algún día  
forma de polvareda,  
nace y muere con ellos. Lo conciben  
después de secuestrarle  
la eternidad, el tiempo jubilado,  
la circular ponzoña con que el áspid  
agrede a los relojes.

Aunque existan actores  
que además de crear su personaje,  
piensan ser los demiurgos  
de todo el escenario en que se mueven,

yo sé que si mi tronco se prolonga  
en sus piernas y brazos, el espacio  
se halla fuera de mí, cuerpo y aparte,  
independientemente a la soberbia.  
No es sino un más allá, pero a la mano;  
paraíso al que tiende la fatiga  
a reclinar la sien sobre la nada.

El universo aguarda el nacimiento  
de todo nuevo niño  
para poblar de mundo sus orillas,  
para hacer vecindar a su epidermis  
la eterna caravana de las cosas  
que atraviesa el desierto de sí misma  
con su pesada carga de cronómetros.

Como chacal de polvo  
que gruñe en cada larva,  
y tiene por colmillos los gusanos,  
la tierra se alimenta de cadáveres.  
Lejos de que se esfume el universo  
cuando se ocasa el hombre y es su carne  
un armario atestado de la muerte,  
es el yo el que se extingue  
y del que sólo queda  
la espada ya caída de Damocles  
en la cruz que en su tumba se levanta.

## ***MICROSCOPICA***

LA NA-

tura-  
leza  
micro-  
cópica  
es un  
mundo  
que tre-  
pida al  
paso  
de un re-  
baño  
de bac-  
terias.

Pueblo  
del que  
la pa-  
labra  
*dimi-  
nuto* es  
deste-  
rrada  
por des-  
comu-  
nal.

Zona  
tan pe-  
queña  
que sus  
habi-  
tantes  
hacen  
sus reu-  
niones  
en la  
plaza  
de la  
punta  
de una a-  
guja

boca-  
arriba.

Pueblo  
que só-  
lo re-  
quiere,  
para  
verse  
sepul-  
tado,  
de un gra-  
no de  
p o l v o  
(lluvia  
de un pun-  
to fi-  
nal)  
que pu-  
siera  
su gra-  
nito  
de are-  
na en des-  
truirlo.

Basta  
con com-  
prar un  
micros-  
copio,  
y ade-  
más un  
entu-  
sias mo  
de ida y  
vuelta,  
para ha-  
cer  
una excur-  
sión a  
Lili-  
put,  
o tam-  
bién pa-

ra lan-  
zarse a

la ca-  
za me-  
nor de al-  
guna célula.

Aunque en  
la esca-  
la de  
lo pe-  
queño,  
halla-  
remos  
siempre un  
*quantom*  
de poe-  
sía,  
en ver-  
dad pa-  
ra po-  
der  
descri-  
bir el  
mundo  
de lo  
mínimo  
se pre-  
cisa  
que mis  
verbos,  
adje-  
tivos,  
comple-  
mentos  
tomen  
clases  
impar-  
tidas  
por la  
nada.

# *ASTRONÓMICA*

en las estrellas ariscas

Gorostiza.

LA voz se me evapora utilizando  
sólido combustible en cuya fórmula hay aleación de  
manos y cerebro.

Cuando, en su ascenso, llega hasta el espacio  
donde el pacto del suelo y de la altura  
se desgarran, mis versos se transforman en puñado de  
letras en el aire. En medio del silencio sideral  
un punto recitable es mi poema.

El sol por todas partes se somete  
al translucido examen de mi espíritu. Pensando en los  
contornos de mi asombro,  
en que se me han formado verdaderos sistemas planetarios  
de preguntas,

adviento que sería imprescindible  
la mirada de un dios para abarcarlos. En medio de los  
astros me doy cuenta  
de que estoy en la fábrica en que se hace  
pieza a pieza y por siempre el infinito.

Pese a que la ignorancia es un satélite que gira en derredor de mi  
cerebro,  
aunque me encuentro al centro de este cosmos,  
no me pongo a rezar pues las plegarias  
no son más que el sonido que produce en el suelo el gusano al  
arrastarse, como si a las palabras brizna o ápice  
les brotaran cien pies, muertas de cielo  
para intentar fugarse de su nada. Irrumpe el aerolito su  
sorpresa  
de cielo arrepentido en mi sensorio.

Si hay un astro errabundo que cometa la audacia de incluir mi  
ojo en su cauda, lo sigo en mi entusiasmo despejado.

A la mitad de todo me imagino  
que a miles de años-sombra se nos halla de dar clara respuesta a  
las preguntas que huyen desde el cerebro al firmamento  
como si fueran globos de una mano.

Telescopio los ojos y contemplo que entre constelaciones y  
galaxias  
poco a poco me voy sintiendo en miedo  
de todos estos cuerpos ignorados.

Hasta la Tierra se halla en el espacio como astilla de espada en un  
pajar.

Al centro, pienso en mí hasta percibirme  
no sólo como hormiga sino incluso

como hormiga que sufre del complejo de encogerse hasta ser tan sólo su ojo. Entre las nebulosas pueden verse planetas diminutos (que sostienen Atlas recién nacidos) junto a algunos que consideran sólo a lo absoluto como hermano mayor. Y aquí en la Tierra se halla un sitio, mi ser, esa minucia que al tratar de cargar el pensamiento de un mundo intemporal a las espaldas —nido fénix de un ave inmarcesible se le puede advertir llena de tinta la palabra infinito deletreando.

## TRINIDAD MATERIAL

Cómo se nota que las piedras han tocado el tiempo,  
en su fina materia hay olor a edad. ..  
P. Neruda.

COMO hecha de propósito  
para llenar el hueco de la mano  
del odio que cada uno  
siente por su gigante,  
la piedra, y las raíces de su peso,  
grita en el terreno al su idea fija,  
la redondez compacta de su dogma.  
A golpe de agua escéptica, el arroyo  
la rodea, la lame  
con su dudar de todo a pies juntillas,  
su poner a las íes de lo sólido  
los puntos de lo efímero.  
Mas la piedra confía  
descalabrar el tiempo.  
Se imagina un decreto de firmeza  
que promulga el paisaje.  
O la primera piedra de otro mundo  
despojado de todo calendario.

Lo gaseoso es un pájaro que encarna  
la misma consistencia de sus trinos.  
Al tiempo que se eleva va arrojando  
su lastre de ser líquido.

Sabe que el agua no es sino vapor  
pero en cámara lenta, al mismo paso  
en que ésta desenvuelve la nostalgia  
que está el cinematógrafo sintiendo  
por la fotografía.

Espectro de inquietud  
que a sí mismo se asusta,  
el vapor aterriza en su ser agua,  
porque advierte que en ella  
habla la tierra firme.  
El agua va hacia el hielo con el ánimo  
de que en toda clepsidra se congele  
el gotear cronométrico  
y el rítmico sollozo en que se gesta.  
El agua va hacia el témpano  
a extraviar la inconstancia  
y encallar sus temblores,  
a ser el continente donde habita  
el esquimal inmóvil de lo blanco.

Pero todo es inútil porque el hielo  
no sólo es, sobre el agua, barca de agua,  
corral de camarotes ateridos,  
sino que en su interior no es otra cosa  
que hormiguero de gotas anudadas.

## ***LA CONSAGRACION DE LAS ESTACIONES***

Aquí no suceden cosas  
de mayor trascendencia que las rosas.  
Pellicer.

SALE el verde triunfante de su apuesta contra las arideces  
del ambiente; afirma su color terrateniente  
tras de jugarse campo, valle, cuesta.

Rompe a andar desde el témpano el riachuelo  
calzado de inquietud, cuando la nieve  
muda de estado de ánimo y se mueve  
bautizando en sus aguas el deshielo.

El río sin espuma, trasquilado  
por un rodar sin prisas, serpentea;  
y el cauce —su pastor— lo pastorea  
en furgones de sed por el sembrado.

Se desgañita la hora hecha sonido  
de cigarras e insectos. La tristeza  
que alza, entre tanto gozo, la cabeza,  
fósil es del invierno derretido.

Las flores, de perfume enmarañado.  
Los tallos, como mechas que aseguran  
pequeñas explosiones y fulgurantes  
rosas a medio andar sobre mi prado.

La nieve que con llanto se suicida.  
Las acuarelas diarias que revelan  
los cielos por la tarde, nos revelan  
que era del año la estación florida.

¿Qué pincel es aquel que se halla afónico  
de tanto dar a gritos los colores  
en el reino botánico?

No sé; pero el color hace su agosto  
lo mismo en los claveles que en las rosas.

Imprevisiblemente  
sobre el maguey ocurren varias flores;  
paz que el guerrero ansía,  
amanece una de ellas en su centro,  
como flor de agua miel,  
empalagosa casi a la mirada.

Lo verde hace su nido en cada hoja  
y está en ella que trina  
al vivir el olvido de los ojos  
que sólo mariposan su atención  
en los *bulbos* que se hallan  
con el color a todo su volumen.

En los juegos florales del mejor  
aroma, organizados en mi barrio,  
brindan a mi jardín las *azucenas*,  
con el primer lugar,  
las flores naturales de sí mismas.  
Con tallos que le dan luz verde al rojo,  
obliga el *colorín* a que la sangre,  
coagulada en su tinte cotidiano,  
se sienta avergonzada  
e intentando obtener  
a fuerza de rubor mayor riqueza.

Con las flores silvestres,  
que sin título ejercen la belleza,  
los *lirios*, *crisantemos*, *siemprevivas*,  
se citan en el ramo  
que hará el jardín faldero que deseas.

Al centro de la *nube*  
(que pisa en el florero  
un charco de su lluvia)  
se ve relampaguear el *cempaxúchitl*.

En el ramo, la nube  
diversas melodías armoniza:  
anémicas *petunias*,  
con su luz en pianísimo y que sólo  
se encuentran sus colores tarareando;  
*floripondios* que escurren su trompeta,

su marcha militar ya derrotada;  
*campánulas* que vuelcan por el aire  
el atrio musical  
del callado redoble con que tiemblan;  
y el coro de *jazmines*, con su ramo de voces  
en que no hay un matiz que desafine.  
Los *no me olvides* hacen su coro la  
pensando en circundar  
mi dedo con alguno de sus pétalos.  
Hay flores a su vera tan humildes  
y de tonos tan tenues y sin grima  
del papel que jugaron ayer en el crepúsculo,  
que parecen pedirnos el bautizo  
de "*olvidame*" por nombre.

La luzbélula vuela  
—colibriando en sus alas nuestros ojos—  
desde el hangar sedño de los *nardos*  
hasta la *llamarada* que la atrae  
como la astilla ardiente de su cuna.  
Insomne centinela de la virgen,  
el pudor de la *mimosa*  
la hace retroceder, ceñirse el velo  
de una mayor distancia con el tacto.  
Efímeras, las *rosas*  
crecen sobre la tierra derramada  
de su reloj de arena. Por la tarde  
tan enfermas están que un verso mío  
de camilla les pongo a las espaldas.

A veces es la música  
la que logra encontrar el pasadizo  
secreto que vincula la apariencia  
de la cosa y su ser.  
Es a veces la clave temperada  
que puede descifrarnos un enigma.  
En su *Consagración de Primavera*,  
Stravinsky propuso a los timbales  
ser la palpitación del universo,  
y logró a toda orquesta  
que la respiración de un dios pudiese  
sorprender al oído.

## II

TRAS la primavera,  
como el humo verde  
de su propia fábrica,  
los tallos  
laboran  
(no para la vista,  
sino para el gusto)  
la materia prima  
que forma  
las frutas  
cubiertas  
por nuestro apetito.

Congrega el frutero  
distintos  
sabores,  
que al hambre  
despierta  
dan los buenos días  
en diverso idioma.

Hay tanto  
bochorno  
que el agua  
se evapora a pájaros.  
Llueve su amenaza  
torrencial, el cielo,  
y a nube  
se encuentra  
de soltar su furia.  
Como mendigando,  
tú extiendes  
desde la ventana  
tu interrogación.

La nube,  
grávida de lluvia,  
se encuentra en la sala  
de espera  
de su propio cuerpo.

Y a continuación  
se pone a imitar  
la idea

fija que en la llave  
gotea y gotea.

Sufriendo de  
breves infiernos  
como estados de ánimo,  
las nubes,  
prometéamente,  
descargan en  
medio del agua la  
anguila celeste...

No falta  
quien corra  
buscando el refugio  
de un árbol  
sin prever que acaso  
con ello  
se pone  
bajo del ramaje  
del rayo,  
que puede arrojar  
la definitiva  
sombra en la cabeza.

Cae una cielizna.  
Y hace de las suyas la  
tierra  
mojada,  
que para  
regalo  
envuelve el oxígeno,  
oliendo al perfume que  
Dios usaría  
si fuese.

Y luego  
nos dejan las lluvias  
alzar la cosecha  
de trigos, maíces  
y charcos.

No es menos  
verano  
aquel que imagina  
Vivaldi.  
Con su pararrayos,  
la batuta irrumpe  
en el aguacero  
de notas.  
Y después, las salas  
de música siempre  
se quedan  
oliendo a los huertos  
errantes  
que deja  
la nómada prisa  
del último allegro.

### III

**CUANDO** su tronco a dos manos  
el otoño le sacude,  
si al frondaje preguntamos  
que si sabe de la muerte,  
responde, rostro que afirma,  
con el caer de sus hojas.

Todas ellas, en la rama,  
sienten atracción de  
espacio; advierten el  
precipicio  
como vértigo sin fondo,  
y no pueden conservar  
el inmóvil aleteo  
del tallo que las cargaba.  
Descuelgan así la verde  
presencia por el espacio de  
la ley de gravedad.

El otoño es la frontera  
donde se enferma lo  
cálido y empieza a nacer el  
frío: donde el calor no  
padece de un simple soplo  
cardíaco sino sufre del  
infarto

del vendaval; donde el frío  
que con pañales de vaho  
comienza apenas su vida,  
busca epidermis friolentas  
que lo traten como adulto  
soñando que ya en las sienas  
le brilla nieve canosa.

Formado el cuerpo de  
células con prisa, se escucha  
un canto. Al igual que aquel  
concierto para la mano  
que se halla del lado del  
corazón,  
baraja su melodía  
sentimientos enhebrados  
por el hilo de las voces.

Mientras afuera en la  
vega se hallan desnudos  
los árboles y el viento  
de hojas vestido, del  
árbol mismo de  
Haydn que crece en sus  
*Estaciones*, caen las  
hojas pautadas  
en que está, de alma  
presente,  
el otoño por entero.

#### IV

HERALDO del invierno, el huracán  
se presenta leyendo sus mensajes  
de frío a la epidermis. En Europa,  
en Asia, en donde quiera  
a las puertas les echa siete llaves  
de tormenta el ambiente.

Cuando alguien corre el riesgo de dejar  
la alcoba confortable que disfruta  
sueño acondicionado,  
puede ser agredido por la gélida  
bestia del exterior  
y sufrir los zarpazos de los osos

polares de la nieve.

Como si pretendiera resguardarlo  
de sí misma, la escarcha va tendiendo  
su bufanda en los pinos. Las personas  
amanecen temblando,  
con los pies de su frío a la intemperie  
y la cabeza puesta  
en la funda de hielo de la almohada.

En los campos, el rápido del río,  
que calores ancianos sólo arrastra,  
se para en la estación de la blancura.  
Es un agua que pone  
los frenos de su témpano.

En las inmediaciones, unos niños  
sin caer todavía  
en la obstinada cárcel, con un solo  
barrote, del tabaco,  
exhalan humaredas  
mientras le dan el golpe  
a la imaginación de ser  
ya grandes.

Los hombres se dedican a adornar  
con musgo, con esferas y con ojos  
de gato parpadeantes en lo oscuro,  
el árbol que levanta  
la savia vertical de la costumbre.

Afuera, por las calles, ateridos  
villancicos deambulan;  
cantos de navidad, de puerta en puerta,  
con las narices frías  
y una vaga nostalgia del infierno.

En el bosque, los árboles  
han perdido las hojas y sus aves  
han emprendido el cielo; mas los nidos,  
que dudan de volar o de ir a tierra,  
cuelgan su indecisión sobre el ramaje.

En punto de las doce,  
un ponche, bien caliente, se diría  
la mirada de Dios a la mitad de la angustia.

Hilacho del verano es la bufanda.  
Días de primavera, las dos bolsas  
que carga el pantalón,  
como breves bodegas de la buena  
temperatura ausente.

Otros hombres acercan al hogar  
sus manos y se ponen  
a esperar que los leños crepitantes  
les fabriquen las prendas, el abrigo,  
el cambio repentino de estación.

Hasta hallar los agudos en las cúpulas,  
se extiende el *Oratorio navideño*  
de Bach en la basílica  
que instala  
nuestra atención  
melómana.

Con la pasión del ritmo  
funde el hielo obligato de su terna,  
pone su contrapunto en el pesebre  
y con lo eterno mismo se codea.

## ***OJEADAS AL UNIVERSO***

### ***1***

#### ***Fatiga***

**OH** sueños siderales.  
En la noche trabajo espacios extra.

### ***2***

#### ***Paraíso perdido.***

El navío del holandés errante  
se halla anclado  
en la Atlántida.

3

*Icaro impertérrito.*

No puedes derretirme,  
oh sol, el aleteo  
de la ciencia ficción  
con que te veo.

4

*Terquedad.*

Los primeros astronautas trajeron,  
como muestras de la luna, piedras de melancolía.

5

*Frivolidad.*

Como no estoy en la luna, entre dos grandes amores  
¡qué variedad de asteroides!

6

*Fe*

Qué pensar,  
cuando sufro con los ojos de universo  
empapados,  
de esa gente  
que carga con orgullo  
a Dios en el ojal de la solapa.

7

*Sideral.*

¿Te sorprendes?  
Es la cara oculta  
de la luna de miel.

8

*Huracán*

Todo fue derruyéndose:  
casas, chozas, palacios, y encarnando  
su *más allá* de ruinas.

Hasta el viento.

9

*Mar.*

Viejo amante del mar, o viejo lobo  
de su idea o imagen, siempre escribo  
sobre las olas, islas, trasatlánticos,  
o la luz giratoria y desvelada,  
vigía de vigías.  
El flujo y el reflujo de mis versos,  
la resaca del tema me conduce  
a hablar muy poco a veces del oleaje  
y entonces mi poema es una breve  
carabela bogando en una lágrima,  
otras, el polizonte  
del Arca de Noé del mar entero.  
Y aquí, junto a mis verbos y adjetivos  
aparecen corales, lama, conchas  
y cangrejos que corren a esconderse  
en el punto final de cada estrofa.  
Nombro a mi inspiración, el almirante  
para que cuando llegue, ancla postrera,  
el naufragio en el último vocablo  
se pierda dignamente en las entrañas  
de mi vieja pasión  
abriendo  
solamente a ras del  
agua su cofre de  
burbujas.

# LA EXCURSIÓN A LAS RAÍCES

Para Uriel Aréchiga.

## I

### *Agua.*

el placer que siento al guardar en los  
[bolsillos  
los charcos que me gustan...  
Montes de Oca.

CON el caudal de perlas instantáneas  
de su espuma, que la hacen  
saltar eternamente  
de la mayor riqueza hasta la inopia, *al* calor pordiosero  
se le entrega, generosa de mar,  
vestida en lo gratuito, en el mejor papel para envoltorio.  
Y si el paisaje aduce algún islote que está como algo  
fijo,  
a la mitad del mar a la deriva,  
es sólo un episodio entre capítulos y capítulos de agua.

En el lago, desecha  
todo el desdén salobre que abrigara  
por la sed. Para el labio  
el agua dulce no es  
sino la playa de agua de los mares.  
Sin ser la indecisión de un espejismo,  
se vuelve, con el charco, abreviatura,  
apócope de lago, para que chapotee  
la pequeñez más franca solamente.

Cuando en la hoja del árbol, postrera  
cantimplora, se acumula  
a gota de rocío,  
y sólo se halla a un agua tan minúscula de triunfar el desierto,  
la humedad es tan pobre  
que no puede contar con más tesoro que ese anémico aljófár que  
diluvia inundando los campos de una nada.

Por vivirte en el mar, en la laguna, en el charco y la gota de  
rocío, un hombre, allá en Mileto,  
quiso anclar sobre el agua todo el cosmos. Pensó que caminar era  
escurrirse. Que llorar era muestra

—lejanos descendientes (sólo gotas) como somos del mar  
de lo bien que se hallaba distribuido Neptuno entre los hombres.  
Sintió que junto al mar, era su angustia la caña y el anzuelo que le  
hacían escar el estar hecho un mar de lágrimas. Mas la consolación  
era resaca, sentimiento en reserva, los primeros silencios que regalan  
las sirenas. Emborrachó a su nave filosófica, la transformó en barco  
ebrio, condenada a encallar en la cruda.  
En verdad inventó el agua bendita. Y  
celebró su hallazgo con los ojos  
anegados de pájaros sedientos,

## II

### *Aire,*

Y entonces nos pusimos el vestido del aire puro.  
Breton.

CUANDO hay en mi pecho norte  
la tempestad desenreda los cristales del suspiro como  
deseando expulsar el sabor de la nostalgia.

Desde el momento que nacen al safari cotidiano del oxígeno,  
forman la respiración  
hombre y mujer hechos de aire que dan a luz la existencia.  
En este mar proceloso son los pulmones velamen empujado  
por el cierzo. Y nuestro sueño un islote  
que se encuentra entre dos costas  
(una donde nuestros ojos  
sueltan su lloro primero de miradas,  
y otra donde los latidos, exangües, bajan los párpados).

Con sus frías mariposas en parvada  
la brisa golpea el rostro, y corre a viento traviesa  
por ella el olor del mar. Las palmeras no dejan de retorcerse al  
contraer la epidemia de la brisa.

Mas al chocar con los muros,  
nuestra protesta de adobe contra el céfiro, el viento se desmorona.  
Es entonces su ejercicio, su encrucijada de ráfagas,  
un ir y venir en busca de los músculos que se reciban de cólera,  
partan plaza en la iracundia.

Como aquel soplo cardiaco que la boca envía sobre la llama,  
*el* viento es a veces muerte:  
si el aire, puesto ante el fuego, se violenta, padece la llamarada

la enfermedad incurable del postrero segundo de que dispone. Y al irrumpir la agonía se le desanuda al fuego un alma blanca que hace verter a los ojos, como testigos del tránsito, un goteo que se puede ensartar en una misma aflicción, que es lo primero que se recibe de herencia.

Como en el niño que adviene a la parcela de atmósfera que le toca, el viento es a veces vida: hay vendavales enérgicos, que espolvorean temblores en las hojas, dando vida a la inquietud, oxígeno al movimiento. Y en la hoguera, donde se halla la agonía al rojo muerto, hace el aire que se enciendan las ventanas de las chispas, que estalle el chisporroteo con que arranca por fin su convalecencia.

El huracán va amainando. Los pegajos se reducen a pezuñas emplumadas. (El caracol dulcifica el piélagos que contiene con darnos un mar manuable).

Sufriendo remordimientos de violencia, el huracán se arrepiente en hojas eternizadas en el árbol.

Tan sólo un aura deambula con su aroma de vainilla, perfume que obliga al gallo del gusto, que picotea la dirección de la brisa en su veleta, a despertarnos el hambre.

Y alguien, también en Mileto, se imaginó que los aires, condensándose, se ataron a cualquier punto espacial, hasta erguir la arquitectura minúscula de la piedra que pudiera todavía, frente a las ramas frutales, prestar su ayuda al frutero. Y creyó que, enraecidos, los aires se hicieron fuego, la mejor de las atmósferas para aquel piromaniaco que se encuentra insatisfecho de la mecha de sus malas intenciones. Y guardaba entre las hojas de sus libros filosóficos, como señal de lectura, viejas rosas de los vientos y suspiros de su amada.

## III

### *Fuego.*

NUESTRA prometea  
mirada nos baja  
el fuego a los hombres,  
cuando el sol, sentado  
a orillas del lecho,  
nos habla en luz alta.

¿Qué formó el incendio?  
¿Megalomanía  
de una chispa acaso?  
¿Surgió del frotarse  
las manos dos leños  
que estaban buscando  
conjurar el frío?  
¿Cómo se ha formado  
la actual hidrofobia,  
espumosa de humo,  
de la llamarada?  
¿El bosque incendiado  
no supo trazarse  
una imprescindible  
frontera en los límites  
de él con el crepúsculo?

Por más que los fósforos  
murmuren sus luces;  
por más que nos hablan,  
secreteando llamas,  
sólo en fuego bajo,  
se agitan embriones  
de todo un incendio.  
No es cierto que el fuego  
quede solitario,  
quede solo y su humo.  
Es una epidemia:  
se contrae fuego.  
La paja, la puerta  
y el papel lo aguardan abriendo sus brazos  
de cosa inflamable.

El fuego, inquieto

que habita las casas  
hasta consumirlas,  
de vivir en ellas  
tan intensamente,  
salta hacia el siniestro  
desde algunas brasas  
que ayer conspiraban  
o la veladora  
donde está una flor  
bailando su insomnio.  
Y toma el poder  
tras de amordazar  
con su fuerza el viento,  
que, inválido, llega  
a apoyar tan sólo  
la mano en el hombro  
del fuego dormido.

Al centro de un grupo  
de leños que yerguen  
la choza minúscula  
donde lo inflamable  
halla su vivienda,  
da un fósforo el grito  
de "fuego" y obliga  
a escaparse al humo.  
Múltiples cerebros  
que forman las llamas  
en la única cosa  
que se hallan pensando  
es en la manera  
de cómo fugarse.

Haciéndose lenguas  
del triunfo obtenido  
sobre la penumbra,  
la hoguera, que encienden  
las manos del frío,  
agrandando su fruto,  
de brisa injertado.  
Y en Grecia, un efesio  
—que vio ese camino  
con prisas de polvo,  
desganos de piedra,  
como otro viandante—  
miró en toda cosa

posturas distintas  
que asumen las llamas  
(por eso el vapor  
es una humareda  
que el agua despiden  
o el hielo nos quema  
cuando lo tocamos),  
y al volver los ojos,  
frente a una animalia  
de fuego fantástica,  
descubrió chispiénnagas,  
llamarios, luzigres.

Y pensó que el alma  
era llano en llamas,  
su olvido un puñado  
de ceniza interno  
y el ascenso de Icaro  
una introspectiva  
hazaña de cera.

## I V

### *Tierra.*

Al grano de polvo que tiene  
la lupa enfocado (la lupa  
que arroja a las cosas minúsculas  
un haz de milímetros  
para su sustento)  
le grita "al fin tierra" mi pluma.  
Al grano de polvo  
que si al suelo cae,  
aumenta en un grano de arena  
la eterna fatiga  
de aquel que soporta la tierra.

Viéndolo puñado  
de jardín, el tiesto me sirve  
para promover  
la reforma agraria  
que *dé* en propiedad  
privada ese puño  
de tierra a lo bello:  
quiero que se deje  
de andar la belleza en las nubes  
de tantos cerebros creadores  
y que en este tiesto ya ponga  
los pies en la tierra.

El humus mental del terruño  
tiene como cuerpo  
finísimo polvo de idea,  
y en que, vagabundos, sembramos  
nostalgias de tiempos perdidos.

El olor de tierra mojada,  
el lodo de vuela,  
le abre el apetito  
a un extraño estómago  
de la fantasía.

Sabiendo decirle  
a toda simiente que es árbol,  
rosal, hierba o césped,  
la tierra se orgulla en la espiga,  
e impulsa a los tallos  
a ese crecimiento

con el que ellos salen  
a buscar sus flores.  
Vientre de las plantas, extensa  
sexualidad, madre  
que cuida de todos sus frutos  
hasta que ellos den,  
con sus errabundos sabores,  
los primeros pasos.

La tierra que asume la forma  
de abismo, disfruta  
grandes bocanadas  
de atmósfera y deja  
que a su margen se halle  
respirando el vértigo,  
la flor purulenta que crece  
junto al precipicio.

Pero los volcanes, que intentan  
al sol alejarse, precisan  
cubrirse de hielo las cúspides,  
congelar la cumbre de un sueño  
desproporcionado.

Hay grutas que están saboreando  
sus espacios lóbregos,  
y en que el alpinista,  
como los mineros,  
baja a su ceguera.  
La entraña terrestre sepulta  
topos que, sin ojos,  
la hacen redundante,  
bestezuelas ciegas  
cuyas cuevas cargan  
dos cuervos que dejan  
oír su perpetuo  
*nunca más* al día.

Allá, los desiertos  
que son una playa  
generalizada  
donde han zozobrado las linfas.  
Aquí, los pantanos anfibios,  
tierras movedizas  
donde la inquietud  
germina sus tallos,  
y adornan su cuerpo

de flores que, a ras de la tierra,  
echan alaridos  
de color, pidiendo  
a la mano auxilio.

Navíos de tierra, las islas  
viven la victoria  
de un viejo motín del cansancio;  
naos en que dan  
su golpe de estado las anclas.

Después de advertir que la tierra  
se halla en todas partes,  
lo mismo en el grano de polvo  
que carga la mies de un milímetro  
que en los continentes  
que se hallan bañándose  
como las mayores  
de todas las bestias prehistóricas,  
y que hasta este cuerpo que somos  
es el polvo nuestro  
de todos los días,  
la Biblia argumenta  
que puede mostrarse  
nuestro ser de barro  
en que la fatiga  
no es más que escuchar  
la voz, el llamado  
del sitio al que irán nuestros restos.

Algunos se piensan  
tan hechos de lodo que temen  
mancharle a su amada la piel  
con cada caricia.

Mas nada es más puro  
que el vaso de barro  
que contagia al agua  
del sabor que encarna  
la propia limpieza.

Quiero confesar  
que no tengo miedo a la muerte,  
que nunca se me abre en el pecho por  
completo el grifo  
que se halla goteando,  
pues confío que siempre  
habrá polvaredas piadosas

que irán a mi tumba a arroparme.

V

*Los Cuatro Elementos.*

FRENTE a la flauta de barro que alguien perdió  
en el césped,  
y que, entre flores, se marchitara  
con su silencio,  
sin que el alpiste del soplo nadie  
lanzase en ella con el propósito  
de revivirla,  
miré en el barro  
cómo se asocian los elementos:  
la tierra, el agua dicen el lodo  
que, con el fuego, tórnase arcilla  
que se hace flauta,  
tramo de notas por donde el aire se enseño rea, tubo de ensayo donde,  
en la química  
del sentimiento, se borda música lo que antes era  
ruido inorgánico.

El agua y la tierra dan a sombra el lodo. Los  
dos elementos no son en el cielo tan sólo un  
abrazo, sino el infinito  
beso, la santísima dualidad del coito.  
Y el lodo, la mancha que ahogó la blancura perfecta del cisne (que nunca  
creyera  
que algo en él pudiera naufragar un día)  
o forzó al paisaje, por él salpicado,  
al tartamudeo con que a la trineo  
mirada nos habla su dispersa nieve,  
húndese en las llamas del horno ---las pilas del  
fuego bendito—hasta que, cocido, ya flauta, dev el  
su barro melómano  
y muestra en la escena mínima del labio  
sus mejores notas, sus óptimos aires.

Amplificadora  
de las mariposas  
del fuego, la brisa declama este barro. Por medio  
del soplo que algún dios pequeño insufla en la  
arcilla, se produce en ella, no cualquier sonido:  
la música humana.

No es un instrumento  
o esté deshuesado por falta de ritmo.

Es la cerbatana donde,  
vuelta dardos, la música busca  
atinar al blanco de alguna congoja  
o hacer de un recuerdo que ella nos suscita la cobra que emerge,  
tallo de cicuta,  
siendo ponzoñosa desde su amenaza  
hasta la mordida  
con la que las bestias venenosas lanzan  
su safari de hombres.

No es ya transparente, como el vidrio que otras cerbatanas lucen, porque  
se propone

opacar al canto que ahueca las alas  
desde alguna alondra, para hacer su nido  
en un ilusorio vuelo inimitable.

Mas la flauta se halla vuelta el esqueleto de un ave,  
de tanto pasarle a sus trinos los cuerpos mejores.

Se hace el sol tan fuerte,

se le aumentan tantos leños a estas horas, que le  
abre la jaula al vapor de todos los ríos que  
cruzan

ensayando el mismo trabalenguas siempre.

El agua en el cielo siente en nube viva los golpes del aire. La lluvia  
fecunda la gleba: no sólo la loma que curva su línea en el valle,  
también cada grano, cada óvulo suyo

que no es sino el sexo materno más íntimo. A poco,  
la tierra oye embelesada

cómo está llorando sus primeros verdes lo recién  
nacido. Más tarde mantea la brisa, la gama total de  
amarillos sobre los trigales.

El volcán inactivo duerme tanto

que se encuentra de sábanas cubierto. Su cúspide alpinista  
se encara con las nubes sin un solo gesto de humo agresivo.

Mas de pronto en su seno,

donde está calentándose la cólera, hierve por fin el líquido  
hasta quemar las naves de su calma

e incendiar toda rienda y su costumbre de crear callejones sin salida  
frente al hambre de espacio.

El volcán antiaéreo

dispara contra un viento que discurre, apagando el motor hasta ser  
brisa, como un ave disuelta en aleteo, y que baja planeando  
el lugar y la forma en que pararse. Al dar en él, lo daña, le  
avería su cielo, lo derrumba.

Poco después, con lenguas

prestadas por el fuego,  
y en un charco de aceite coagulado,  
en la tierra está el aire lamiendo sus heridas.  
Del volcán se deshíela la iracundia de un fuego que evapora  
todas sus semejanzas con el agua, salvo la de arrastrar  
ademane<sup>s</sup> de río por el cauce.  
Ante la orden que gritan los declives que el monte en su redor va  
barajando, la lava sin cesar el paso aprieta.  
Y abajo, en la ciudad deshabitada, se hospeda *ya* la víspera del  
humo.

Sabiéndolos las piedras maternales  
de toda la maleza de cosas y de bestias, hubo un griego que dio a  
los elementos el nombre de "raíces":  
el agua es la raíz  
no sólo del océano  
que le calma al suicida  
su impostergable sed de muerte, ahogándolo; también del mar de  
lágrimas,  
sin una sola playa de entereza,  
que brota ante esas muertes por que sabe que con ellas se trata de  
silencios mayores. El fuego es la raíz de no sé cuantas  
octavas de fulgor  
que van de la luciérnaga al incendio; también lo es de la cólera  
azul negra con que cargo mi pluma  
cuando grito llamando a alzar el puño por que *sé* que la pólvora  
enemiga  
no se humedece nunca con las lágrimas. El aire no es tan sólo la  
raigambre  
del huracán que estalla en la arboleda el carnaval nervioso de lo  
verde,  
también lo es de la danza  
bilingüe que traduce a las pupilas  
el idioma vibrátil del oído.  
La tierra es la raíz de las raíces,  
abuela del perfume que atmósfera las flores. Y lo es también del polvo  
que somos y al que vamos,  
el cual, cuando con lágrimas se riega, que llora el cocodrilo  
de nuestro ser bestial,  
enlodada nos deja la conducta.

Cuando el cirio vital chisporrotee sus pensamientos últimos y  
muera, cuando al pulmón, Eolo de mi entraña, se le niegue una  
ráfaga de oxígeno, cuando ya ni siquiera  
podamos anegarnos  
en ningún mar de dudas,  
cuando la tierra abrace nuestro polvo como la madre pródiga

por el hijo esperada,  
habrán de desglosarse las "raíces", las piedras angulares de un  
castillo ganado en realidad por sus fantasmas.

Somos trozos del mundo, átomos de infinito, sucesos de razón que  
aunque vislumbran por encima del hombro del cerebro  
el mundo de animales,  
no pueden ocultar los reiterados  
movimientos de cola del instinto.

Los estados de angustia  
que tiene algunas veces la materia.

**LA BESTIADA**

**MAR A LA ESPALDA**

No sólo expira en la costa,  
en los ojos que el marino desembarca  
o en el capitán anciano zozobante en una amnesia, también muere a  
las orillas  
de cada uno de sus peces,  
que van por él como huecos arrepentidos del agua.

En el oleaje (que arriba  
a la playa a toda vela, y en la resaca después  
torna con cansados remos) salta hacia tierra la  
vida. Como aquella polvareda  
que con sólo transformar su estado de ánimo  
es caminante o camino, coacervados, trilobites o  
medusas  
son a un tiempo pie y peldaño, tren de albúmina  
que cada vez que se para  
hace bajar del convoy las estaciones  
sucesivas del trayecto.

Al final, a los humanos, frente al canto del oxígeno, se les hace aire la  
boca; nacen como una amenaza para la atmósfera entera;  
sienten sus manos y empuñan el tacto recién nacido;  
los sentidos deletrean su virginidad cada uno. Cuentan sus primeros  
pasos como sus primeros bienes, y en la rueda del asombro  
la vista les teje el mundo.

Los animales, que dejan  
la placenta colectiva del océano,  
en sus gestos y actitudes, nos descubren  
que lo cargan en los hombros todavía:  
se levanta hacia la luna  
la marea del aullido  
—con que el lobo aguza más el peñasco en que se  
yergue—;  
el cangrejo, con el hilo de su prisa, ensarta los agujeros de  
la arena; como un agrot escafuente sobresale la

jirafa en el zoológico con su surtidor de carne  
que salpica admiración por todos lados.  
El caracol que ha obtenido poder de síntesis tal  
que convierte los oídos  
en dos costas sorprendidas, es un Arca de Noé  
donde podría salvarse  
todo el mar si algún diluvio de tierra se desatara.  
En sus entrañas se escucha amenazante  
una canción de sirenas;  
mas por suerte la escuchamos amarados a los  
mástiles de su mínimo tamaño.

Ante el calor del peligro  
lar ardillas se evaporan hacia los más altos sitios, a la altura en que  
florece  
en el árbol la confianza; tras de levar las pezuñas  
—como anclas en que la tierra y su firmeza se encajama hasta el  
navío—se balancea el jinete  
al reposo arrepentido de su trote;  
mas la tempestad se afirma, grita sus rayos el fúete, y  
atraviesa la llanura  
la belleza desbocada del caballo,  
hasta que adorna los belfos con las flores fatigadas de su espuma.  
Como toma de conciencia de su origen,  
se vio el hombre requerido a rehacer, por intermedio del  
mayor músico galo,  
la estructura musical del mar entero.  
Como si un barco de pronto bajo sus plantas se hundiera, sol  
mediante o bajo el claro de luna, nos desplegó un  
fantástico mar nuestro donde se halla sumergida la  
catedral de la Atlántida. Se nos antena el oído.  
Atraviesa la tortuga de un adagio.  
Y el auditorio traduce,  
con lágrimas, lo que escucha.

A lo largo de la selva, los árboles, apacibles  
—si el huracán se desdice en una brisa  
o coléricos —si estalla en desbandada  
sus elefantes aéreos por la fronda—,  
son solamente comparsas. Se tiene que ser un simio, un antílope o  
un hombre para actuar dentro del drama  
hasta que la muerte acierta a bajar su guillotina,  
el telón final que cae  
como párpado de todos.

Aquí, donde no pretenden los leones y jaguares velarse en la madriguera

de lo manso,  
en que las uñas en ristre, añadiéndole centímetros al  
pavor que las circunda,  
hacen florecer sus patas en erizos  
de artillería pesada  
frente a cualquier contrincante,  
las fieras tienen su puesto, en un árbol genealógico,  
donde el aire de familia  
deshoja sus más visibles diferencias,  
y la savia, como un dios sin inventiva,  
hace metáforas burdas:  
¿no es verdad que aunque su cuerpo encarcela distinciones con  
el corcel, de la cebra se fuga la analogía con el potro  
por la puerta mal cerrada del relincho?  
¿Acaso la lagartija  
—inquiet a costra del árbol—no es resumen del lagarto,  
su destrucción en astillas? ¿No son los azotadores sino  
erizos en pañales?  
¿No es verdad que el hipocampo,  
con sus arneses de lama, con una ola  
sobre el cuello, como rienda  
en que el flujo y el reflujo reaparecen,  
es un caballo que lleva a todo el mar de jinete? ¿No insinúa la libélula,  
como ideograma del ave,  
¿No salen del caracol,  
con sus contráctiles cuernos, toros tímidos? ¿No rompe a andar en el  
gato,  
como una bola de nieve que se expande, el maullar hasta volverse  
ese rugido  
que le va helando la sangre a su contorno? ¿Dejan de ser antropoides  
los humanos aunque ocupen mejor sitio que los monos para ver el  
universo?

## LA LIBERTAD INDOMITA, LO VERDE.

**MIENTRAS** el lobo muerde su gruñido y sus dientes afila en la amenaza para rodear de púas su guardia;

mientras ensaya el ave de rapiña otro modo de ser de la  
guadaña, el desplome imprevisto  
del último segundo de la presa, el paso que la víctima  
ambulante tiene que dar, al fin,  
a la inmovilidad de su camino;  
mientras vibra el fracaso  
del silencio a mitad de una melena, y el corazón de simios y de  
cabras se derrama en latidos,

pues los primeros pasos de una fuga se dan siempre en el  
pecho;

mientras baja el venado para beberse el río  
—un venado tan joven  
que aún no riega el tiempo la semilla que se esconde en la frente--

-  
mientras deja  
que su doble en el agua suba a la superficie para calmar la sed que  
sufre de aire, o paladear un sorbo  
de la sed de su hermano;

en tanto que se pierden a los ojos desbordados relinchos por el  
valle, antes de que la rienda, sobre el cuello, les inscriba millares  
de caminos;

mientras busca un safari de melómanos  
la música de fondo  
de una prometedora cacería:  
los gritos animales,  
como una grabación de los gemidos  
con que el dolor orquesta los infiernos; pequeños clavicordios  
emplumados;  
los aullidos anónimos que tienden  
su serpentina acústica en las ramas;

la jungla se alza indómita,  
no hay látigo que la haga parque manso, ni que animal doméstico  
la vuelva.

Prehistoria del zoológico,  
en ella no hay más jaula  
que la pata del tigre lastimada, la fatiga del puma,  
el síncope cardiaco de los cisnes.

Tras los previos disparos silenciosos que hace la puntería, la  
escopeta  
incrusta en la epidermis de su blanco —del jaguar y el bisonte,  
del áspid que en la cola está de fiesta  
relojes detenidos para siempre o hace de la cojera  
(callejón sin salida de la víctima) la primera prisión,  
donde se advierte que está la libertad ya fracturada.

El león llena la selva, se prolonga de la cola al extremo  
del rugido. Su medida: kilómetros  
de pavor en la jungla.  
Mas lo vuelve la pólvora  
solamente el cachorro decreciente  
de un gruñir que se va desvaneciendo.  
Hasta que el león extiende por el campo  
una alfombra pisada por la muerte.

## QUE EL VEGETAL VIOLENTO SE ARRODILLE

LA selva y su avanzada en el villorrio  
—todo jardín que está sin jardinero—  
hacen que el hombre piense que ya es hora  
de largarle a la jungla  
el domador fuetazo de una senda.  
¡Que el vegetal violento se arrodille  
e incline la cerviz sobre el regazo  
de la conformidad!  
Pero sólo persigue el cazador  
que su arma deletree  
sus gránulos de pólvora;  
que si lanza la muerte, que sea al menudeo;  
quier e hacer concesiones a la tregua;  
re huye las heridas que pudo es en  
aflojarle las riendas a la sangre  
que coagularse ansía;  
pretende que las trampas,  
los rincones hipócritas,  
prosigan bostezando  
su reducido número de víctimas.  
Está contra la idea que agresive  
un diluvio a la selva,  
y llegue hasta Noé para inundarle  
todo nuevo astillero, toda astilla  
donde quieran salvarse,  
por pares, los microbios.  
No sueña que se arras e con la jungla,  
sólo piensa enjaularla:  
que ya no trisque el ciervo ante los ojos  
como un mero accidente del paisaje  
(que con presteza busca el más cercano  
vestido del temor, el esc ondite ).  
Que ten ga una pre sen cia ine lud ible  
como la idea fija de una jaula.

## VIGILIA ENVENENADA

EN la cacería,  
los hombres armados  
andan en voz baja,  
sortean las hojas,  
no pisan el ruido:  
no quieren calzar  
pasos que rechinen  
con sus nuevas huellas.

No carga ya el rifle  
cartuchos de pólvora,  
los últimos granos  
del reloj de arena.  
Hoy los cazadores  
mezclan con narcóticos  
las balas que arrojan,  
y matan de su ño  
tan sólo las fieras.  
Las balas reparten  
sus noches privadas  
en cuerpos distintos;  
dejan sobre el césped  
las bestias dormidas,  
hasta que mañana,  
las que no pudieron  
tomar, en su fuga,  
la puerta trasera  
del temor, despierten,  
dentro de sus jaulas,  
a su pesadilla.

## PARQUE MANSO

1

CON las fauces mordidas  
por el bozal, llegaron  
a la selva enrejada.  
Se reservó a cada una  
el cúbico grillete de un espacio  
para no permitirle  
desenvainar la cólera,  
ni dormir, tras la lucha,  
a pierna y vida sueltas.

2

Como árbol que reniega de su propia raigambre  
el venado recorre su libertad negada.  
Con cuatro jardineros se transplanta  
de un rincón hacia el otro.  
Cuando echa las raíces del cansancio  
sobre un lugar cualquiera, adivinamos  
que la tierra se llena de hojarasca

3

Ayer cuando el leopardo se escurría  
por el desfiladero del peligro,  
lo salvaba seguro, recitando  
todos los silogismos de su argucia.  
Sin más ardid ahora que su sueño,  
arruinado de selva, miserable,  
para comprar el césped del pasado,  
no tiene más monedas que sus ojos.  
Pero después de despertar:  
recupera miradas que perdiese  
en la vegetación de su nostalgia.

Mas su agresividad sigue dormida,  
está narcotizada por la cárcel,  
se diría coraje envenenado

por su arrepentimiento.

4

Para poder cargarlo  
en una sola pata  
liviano debe ser  
el sueño del flamenco.

5

Un recluso se fuga  
cuando, desde la cebra, dan un salto  
las pezuñas sonoras del relincho  
que saltan los barrotes redundantes,  
el pleonasma de hierro,  
y se ponen en medio de los campos,  
a pacer, entusiastas, la libertad ganada.

6

Péndulo del reloj de su fastidio,  
el simio balancea su trapecio.  
Cuando aprecia el rugido de los leones  
busca por todas partes una liana  
para asir a dos manos, fuertemente,  
la línea de la vida.

Cuando lo miro, pienso  
que el final de un camino está observando  
a su tramo inicial.

7

¡Tristes de esfiñe! ¡Novios de la palmera casta!  
Guillermo Valencia.

No lejos, los camellos  
parecen recordar la vieja arena  
—hormiguero de gránulos calientes  
que amedrenta los pies—, la vieja mancha  
de sol que recorrían

sin tener más oasis que sus sombras.

8

Las bestias, apresadas,  
fugaya no infunden pavor, ni nos obligan  
a quebrar la alcancía de latidos  
tratando de comprar algo de calma  
o a deshacer los pies en nuestras huellas.

La jaula les impide  
recubrir ya sus garras  
con el guante agresivo del zarpazo.

Ante la tribu de ojos  
pasean su belleza inofensiva,  
y realizan, midiendo sus prisiones, el trabajo forzado del presidio.

La cárcel les suprime el duelo a muerte, en que todas llevaban, de  
padrino, su respectiva cólera,  
hasta que una obtenía, con el golpe de estado de sus músculos, el  
triumfo.

El hombre ha cercenado de las fieras, no la animalidad, sino tan  
sólo la rapiña contráctil de las uñas  
y el resorte agresivo de su salto.

La razón no es su tierra prometida, ni el dolor de cabeza que  
corona a todo ser consciente.

Al zoológico vamos  
para vivir mejor la diferencia  
que creemos tener con nuestro origen, aunque a continuación la  
festejemos a fuerza de gruñidos.

9

Las bestias no perecen en nosotros. Nuestros cuerpos no cargan el  
cadáver de un lobo, de un antílope o un buitre. No somos la victoria,  
el nuevo mundo. Somos nuestro pasado: las criaturas que espectran  
sus aullidos por la jungla,  
o husmean solamente,  
tras de la cerradura de su jaula,  
el olor que desprende la libertad externa.

## ***FELINA***

"pasaré por la seda de sus manchas  
[oscuras  
suavizantes halagos y caricias piadosas".  
E. González Martínez.

**EL** gato (patas blancas, cuerpo oscuro) es un trozo de noche enharinada. Se sabe guarecer tras la alambrada de púas en la cual se halla seguro.

En la lengua está el mar que lo hace puro (por eso, como un pez, se halla escamada). Y la cola, en un círculo acosada, es un pobre ratón siempre en apuro.

Encima de las bardas, su maullido se eleva hasta arañarnos el oído dando forma de música al desvelo.

Por el ronrón, que mide su alegría, por su piel y su astucia, yo querría premiarlo con caricias de mi abuelo.

## **EL CABALLO DE LA TRISTE FIGURA**

**CABALLO** de metal que al aire vuelas la crin de mi cabello, tu estampida

no sabe galopar porque es debida a la circulación de mis espuelas.

Desnudo hasta de carne, nos revelas que sólo tu esqueleto anda con vida. Dos niquelados frenos son tu brida, de algún desbocamiento centinelas.

Pobre caballo mío sin pastura, de tu pasado ser sólo perdura  
la voraz inquietud por lo distante.

Potro que, sin poesía, vas y vienes, del gallardo bufar sólo retienes la engolada corneta discordante.

## GUERRA CIVIL HOMBRE ADENTRO

LA bestia de mis sentidos

aúlla, dentro de mí,  
su quinteto de exigencias. Su alimento  
va de la copa embriagada por su propio contenido, del migajón y  
su nube que a la boca  
le hace bajar todo un cielo,  
del beso en que tú pareces la mejor de mis palabras, hasta el vello de  
tu sexo,  
lo primero que sin luz está en la alcoba,  
donde el secreto de carne  
(que la mujer nos confía siempre al último)  
es el más oculto pliegue de tu vestido de novia.

A la caza de la fiera  
voy adentro de mí mismo. La enemiga  
se atrinchera tras las uñas; se halla a punto de arrojarme su iracunda  
zoología.  
Se desliza por la rama de su astucia  
aguardando que madure ahí el momento  
de acribillarme a zarpazos.  
Mas desde abajo resuelvo  
que he de enrejar, entre heridas, la ganada  
mansedumbre  
de la fiera con mi látigo.

Soy el escenario entonces  
de una lucha cuerpo a cuerpo con mi lobo. La palabra y el  
gruñido se revuelcan.  
Con la cólera, timón de mis puñales,  
voy acechando a mi buitres, diciéndole vulnerable, acercándolo a la  
duda,  
a la tierra movediza  
donde no crece otra flor que la derrota.

Guerra civil en mi pecho.  
Se me ha cuarteado la entraña.  
Se me ha llenado de bocas  
que gritan ya la inminencia del derrumbe. Para hacer que  
saboree mi suicidio  
se me convierte en veneno la saliva. Minada está la  
conciencia  
y hay peligro de pisar un mal recuerdo...

Mas he de lograr el triunfo  
después de blandir la astucia zigzagueante de mi látigo. He de tener a

pan y agua,  
y entre rejas mis impulsos. Haré que dentro de  
mí  
la entraña se me arrodille.

## LAS BESTIAS EXTERIORES

No estoy contra el deseo,  
paladar de mis cinco  
sentidos. Me complace el que mis manos  
mediten el amor con las caricias  
más lentas, tras lo cual la cuenca de su palma  
se amnesia en el recuerdo de los senos.  
No soy un moralista:  
los puentes levadizos que llevan a mi lecho en general no se hallan  
levantados,  
y sé cómo esfumar entre las sábanas  
la soledad, la atmósfera  
que está en torno de nuestros pr on om br es pe rs on al es .  
Cargo escasos prejuicios  
y me resulta fácil obtener una cita  
—"nos veremos mañana por la noche,  
te aguardo en nuestro beso"  
para que nuestra piel despierte algunas horas,  
reviva en un paréntesis sin tiempo  
(al centro eternizado  
entre los dos instantes del tic tac)  
y rompa la anestesia en que el tacto sufría  
su infinidad de párpados cerrados.

Mas no quiero seguir siendo un recluso, ni vivir apretado por las  
barras  
de dulzura metálica  
que trazan en mi cuerpo tus caricias.

Aunque eleven al cubo  
la bestia vigilante,  
no podrá retener me en este infierno la trinidad de perros policías.

Hay que vencer la fiera  
que formó su cubil dentro del cuerpo, narcotizar sus músculos,  
poner a mis sentidos cinco trampas en distintos lugares de mí mismo.

Hay que atar esta hiena a su derrota. Pero como las cuerdas  
son barrotes aún improvisados, que carecen de la actitud

severa de lo sólido, debo hacer una jaula  
de hierro insobornable.

He de lograr cazarla;  
colgar, como trofeo, de mi muro  
sus últimos gruñidos. Debo salir triunfante  
para poder vencer las otras bestias,  
las que hacen una jungla de todo lo que pisan,  
la manada que irrumpe por la plaza  
de alguna capital de nuestra América,  
a la protesta en punto,  
a la hora en que los hombres son puños en voz alta. Vencer al uniforme  
que se llega  
disparando su carga de llanto obligatorio,  
la lluvia torrencial  
de balas invisibles y en reversa  
que abren los culatazos.

Hacia el final del mitin,  
la muerte solicita la palabra; a su agonía caen los  
heridos,  
se salen en la sangre de sus cuerpos.  
El pulso está en sus últimos compases.

## INTERLUDIO DE NATURALEZA Y MUERTE

TRAS de la zoología, la botánica suelda labio con labio a la violencia  
para que no se agriete ya el silencio.

Las flores son la paz, el armisticio, las incontables formas con que  
sabe marchitarse el recuerdo de la furia.

Un pelotón de rosas,  
con su perfume al hombro,  
conquista mi jardín; pero lo invade armado de inocencia hasta los  
dientes. Las flores ascienden por los escalones  
del propio perfume. El *huele de noche*  
aduce un aroma  
con eterno insomnio. Mientras que la *rosa* prende a flor  
de labio su aromada sílaba, minúsculos *nardos* exhalan  
perfume  
que les queda grande.

La flor de la *bugambilia*, que capulla sobre el muro  
su mariposa morada, inmóvil, está aguardando que le llegue  
la segunda pincelada del violeta, clavada en el alfiler de su

no ser mariposa. Y los *girasoles*  
—algunos marchitos de tanto insolarse—no son otra cosa  
que unas *margaritas* dichas en voz alta.

Cuando amanece con frío, el sol, al salir, atiza  
el fuego de los *claveles*.

El crepitar de sus rojos  
crece al punto en que echa abajo la abulia de los  
pintores.

La *amapola* hiere un lugar del aire. Coagula  
los tintes mejores del rojo.

Pastora de las miradas, la belleza las conduce  
a escanciar de la amapola pétalos de vino tinto.

Sobre el dolor —un pueblo de alfileres  
atacando la herida—, la amapola  
(donde el rojo se encuentra de par en par abierto) hinca en una  
epidermis sus raíces  
y escurre cada pétalo en la carne,  
porque el campo, de pronto, se rotura  
en campo de batalla, tierra que ha consentido cultivar otra cosa.  
Tan sólo un epitafio permanece con vida en  
cada tumba.

## II

EN los frutos, letras que  
hacen la palabra del  
huerto, la boca halla en los  
sabores diversos estados  
de alma de la lengua,  
maquillaje vario  
que asume el almíbar,  
una geometría para el apetito.

Aún no se trata del huerto apretado que el  
frutero brinda,  
*con* el mismo gesto con que el  
ramo yergue  
la idea, resumen, álgebra de  
aromas del jardín entero.

Vuelan a las ramas bandadas de  
manos que prueban si el fruto se halla  
duro o suave con el paladar  
primero del tacto. Y también las

aves acosan los frutos:  
sumando agujeros se forma la nada. Los  
pájaros cruzan el árbol al modo que lo  
hace el verano: dejan que las ramas se  
queden meciendo tan sólo la ausencia del  
antiguo fruto.

Entre *platanares*

—que de mi apetito se hallan  
injertados—nada me entusiasma más  
que si descubro plátanos meñiques.

En la parra, la *uva* redondea la parte  
donde nace el ave que en el  
frágil nido de la copa aprende a  
decir las alas  
con que se nos sube.

El *mango*, en su hueso, se hace de una lengua  
para saborearse.

Canario frutal  
vuela hacia la boca batiendo  
las alas  
de un sabor perfecto. Todas las  
promesas de goce en el mango  
son indiscutibles,  
son de carne y hueso.

La sed que me nace frente a la  
*naranja* —que es de mi deseo  
la media naranja  
se me quiebra en gajos.

Las *peras*, que se hallan a un  
pezón tan sólo de alzarse en tu  
pecho, quizás sustituyan, en el  
paraíso  
que invente yo un día, a  
aquellas manzanas virtuosas en  
donde los gusanos rojos del  
rubor pululan.

Con su dura cáscara—lo cual  
le permite  
guardar su secreto, tras la inexistencia  
de una boca—, cierra su panal  
de sangre la granada.

Pienso

que si, con un dedo, alguien desprendiera de  
su ser lo inocuo, su candor de fruto,  
para enviarla lejos,  
caería, sin duda,  
en el sitio exacto  
donde un cementerio  
debe inaugurarse.

### III

la golondrina de escritura hebrea  
Gorostiza.

ANTE la forma  
de los gujarros,  
trepo los ojos  
hacia las ramas  
viendo si un nido  
se halla ladeado.

Resulta inútil que el ave  
salve su huevo —primera  
de las jaulas que lo matan—  
porque alguien, tarde o temprano,  
le pondrá las alas rotas  
de otra jaula. Mas el pájaro (el *turpial* o la  
*calandria*), aunque encerrado se muera,  
no da el brazo de sus trinos a torcer.

La cárcel pa ut ad a le obliga, jaula  
hasta del pico, a hallarse cantando sin  
fin.

Cuando escucho cómo el *tordo* hace añicos  
el silencio,  
me dan ganas de que anide en la bolsa de mi  
blusa. Y que suelte desde ahí  
todo el canto que aprisiona sin que nada se le  
quede en el tintero.

Cuando alguien se hace al árbol, el frondaje; al sentir la presencia del  
extraño  
pone el grito de un pájaro en el cielo. Sin ver que el *centzontle*  
puede  
prolongar hacia el espacio  
cualquier rama con sus alas,  
trata el niño de aprehenderlo;  
mas en su intento, se cae  
desde el árbol hasta el llanto.

A ya no ser un pájaro se niega con su suave caer de tibio copo, la pluma de un *jilguero*.

La algazara de niños se diría el derrumbe general de las aves.

Como astilla de pájaro que enjaula el propio vuelo a ratos en un punto cualquiera del espacio, el *colibrí* indecisa su trayecto, para hacernos mirar su flor aérea, su puñado de luz motorizada.

Los pulmones de la cólera, transforman el aire en viento que quiere apagar la llama del *canario* que se encuentra chisporroteando de trinos.

Cuando el *canario* enmudece buscarle un canto equivale a buscar alguna aguja en el pajar de su cuerpo.

Después de que el estanque se derrama en el sediento *mirlo*, en círculos concéntricos, el ave  
suelta el mojado canto que tiritita.

Ya de noche, la luna cuelga arriba su jaula de palomas apretadas. Pero todo es inútil. A la luz las nubes amordazan; muchedumbres de cuervos cierran filas y la boca del lobo que bosteza resulta ser un claro de este bosque.

Todo es paz, cuando un ave, con sus trinos blindados, su propulsión a muerte, hace nacer el cielo, lo levanta para dejar caer, entre nosotros, su inesperada carga de sepulcros.

## LA AURORA ACRIBILLADA

FLORECEN los rincones en la noche. Las estrellas, que quieren consolarla por su viudez del día,  
dan las once, la hora en que el silencio da su golpe de estado.

El algodón reclama su sitio en los oídos. Prohibamos que rechinen las palabras. Hablemos de puntitas.

Nace el alba arrojando tarascadas de luz y barriendo en las calles los mendrugos de noche que perviven.

Reconstruye los ojos en la cara,  
y riega a manos llenas  
el nombre de las cosas.

El lejano rebaño de motores  
bombardea primero la sorpresa.

Hace de las pupilas  
la parte en que nos duele más el mundo. A su mirada, el ojo se despierta  
como herida que se abre.

La desesperación es hombre adentro una enterrada viva.

Por crecer entre escombros de cuerpos masacrados, de pies que son ahora

las huellas de un viajero,  
de cuencas oculares que hacen marcos  
de retratos perdidos,  
de manos que eternizan ademanes,  
hasta la flor decide marchitarse.

Para acudir puntuales a la cita  
que han hecho con el polvo,  
igual cambian las bombas las viviendas humildes  
por rebaños de ruinas,  
que animan el fantasma del derrumbe  
en todos los castillos.

La defensa antiaérea,  
guardiana de la ley de gravedad, nido de aves de presa,  
pretende dar al cielo nuevamente su pretérito rango de campiña  
en que llegaba, al trote de su ritmo, a pastar el pegaso  
del poema; pero sólo dispara su fracaso:  
proyectiles que llevan la pólvora mojada  
de la peor puntería.

Con cabezas que asumen la forma de sus cascos, saltando ante la vista

su electrónica ausencia de cerebro,  
siendo cada persona sólo un cuartel de ideas,  
el ejército ataca. Máuseres con olfato  
pretenden conjugar las escopetas  
y los perros de caza.  
Los soldados atacan a sorpresa calada.  
En lugar de paredes,  
se yergue la ciudad en paredones.

Como dándole el triunfo,  
toda ruina alza en hombros la ceniza. Para no ser pisa da por  
los tanques la hierba ya no crece.

## AUN MUERDEN LAS FIERAS SU GRUÑIDO

No somos el sepulcro de las fieras. No es posible ocultar  
que en lo más alto de los cuerpos, los ilusorios límites con  
nuestra procedencia se enmarañan. Es cierto que decimos:

"aquel mide un gruñido más que el otro"; pero hasta aquel que  
busca

disfrazar en la música

—la alcándara de trinos,  
la más bella manera de negar el silencio—sus gruñidos de siempre,  
¿no nos revela un eco  
de la arbórea existencia del pasado,  
cuando se le deshoja, en lo agresivo, la vida cotidiana?

Ahora el animal, no sólo arroja la guerra de bacterias  
en que se movilizan los convoyes del cáncer, las brigadas  
de la tuberculosis—que en los pétreos pulmones del paciente  
anticipan la lápida mortuoria—, la escuadra del bestiario  
que microbia los aires  
y abre el fuego venéreo contra todo, también la más pesada  
artillería, cargada con telúricos temblores, que arroja de repente  
sus finales de mundo momentáneos. El submarino lanza tiburones  
que van, la libertad como su anzuelo, al incendio más próximo.

La estrategia de guerra  
es la astucia del zorro doctorada;  
la audacia del jaguar  
que prende en el peñasco la inminencia del derrumbe de espinas.

Nuestra mente pulimos,  
aceitamos la lógica, llenamos los muros de la cárcel  
de los más convincentes silogismos; pero firmamos una

declaración de guerra al enemigo, y damos libre curso a una legión de polillas que va hacia la bandera

en que el color de todo chovinismo se mezcla y desvanece.

## RESEÑA DEL RENCOR CONTEMPORÁNEO

AHORA no se trata

del veneno inocente de la víbora,  
veneno que desea  
ser el talón de Aquiles de la fuga  
de aquel a quien ataca;  
pero muda de piel cuando le hallamos  
el eficaz antídoto,  
el águila que muerde su ponzoña.

Ni de la ingenua garrucha que blanden los leopardos como una de esas bombas

en que la muerte corre por la mecha invisible del tiempo,  
para desordenarlo todo;  
pero que sólo débiles arañas  
desliza por el mundo.

No se trata de la honda,  
el iracundo nido de las piedras, ni de la cerbatana que  
dispara venenosos suspiros.

Tampoco de la flecha,  
renglón donde está escrita la agonía, ni del arco, su fábrica  
de cielo,  
ni del odio, su músculo de siempre. La flecha es una idea  
demasiado delgada  
para hacer eficaz el infortunio.

No se trata tampoco del revólver, de la muerte  
manuable;

no es la vieja pistola que se muere  
por mostrar que cada una de sus balas oculta en su interior todo un  
valorio; no es aquella que grita  
que el bozal de la funda le desprendan; pero que sólo siega  
pronombres personales y conjuga la muerte en singular.

Se trata hoy del ejército que lleva al hombro el haz de rifles  
de la ametralladora, y en el cinturón revólveres que entonan sólo  
tiros de gracia.

Se trata de la chispa,

el óvulo de luz ya fecundado  
hasta quemar la choza.  
También del lanzallamas  
que mira en el incendio  
su niñez y sus juegos infantiles,  
o el siniestro que observa al lanzallamas como su juventud, su  
inexperien cia, su primera pasión por la ceniza.

Hoy se trata del napalm,  
donde un sol amaestra do, envileci do, se desboca en la carne  
y en un collar de pus las úlceras ensarta.

De los acorazados,  
las olas imperiales del océano,  
que al más pequeño indicio de salud, su lepra desembarcan.

Y se trata del átomo,  
de las llagas caníbales que forman  
las heridas sin fondo,  
de bocas que pronuncian,  
como último vocablo, su lengua gangrenada.

Hiroshima: se trata de aquel día que saturó los aires para siempre  
de un odio radioactivo.

Y se trata, Vietnam,  
de la peste de botas extranjeras que pretenden diezmarte,  
transformar en el mapa  
tu nombre en camposanto del oriente, como si entre tu pueblo no se  
hallara la colección más bella de testículos que registra la historia.

EN PRIMERA PERSONA

ACTA DE NACIMIENTO

Yo, señores, nací con la herencia de no sé cuántos líricos genes. De poetas soy hijo, soy nieto. Genealógicas ramas maduran la presencia de varios plumajes en que un cántico fénix transmigra.

Como estoy hace tiempo cantando, más aún, desde que era mi abuelo o mi padre yo mismo, quería a las hojas en blanco y anémicas transfusiones de tinta donarles al través de venosos renglones, y lograr que se alzara un poema sobre el día en que advine a mis ojos, a mis piernas, mis brazos, mi sueño, y aumenté, con mi grano de arena, las preguntas de toda mi tribu.

Si nací hacia el final de los veintes, cada cinco de octubre celebro el cumpleaños que sufre mi angustia. Pero sé que hubo un día lejano en que yo era un proyecto, una sombra —ideal, no de carne y de beso— que después fecundaron a oscuras los viriles espermatozoides del tacto.

En los ojos se me hizo un pupitre de preguntas. Y abrió su cuaderno ignorante mi frente, tendió su inocencia de página en blanco de una sien a otra sien, su propósito de archivar sus primeros asombros: no sé quién en mi cuna una tarde, balanceando a dos manos mi mundo, me ciuló sus miradas atentas y le dio, al parpadear, a mis ojos su primera lección astronómica. Ni sé quién, la sonaja agitando, me condujo al estreno del ruido, y enseñó, con tal larva de música, a mi oído sus pasos primeros.

Vi la luz en lo oscuro. Las doce. Madre mía, engendraste un fantasma que al tomar de tal modo conciencia de sí propio se muere de miedo.

Se temió que naciera asfixiado, que mi cuerpo viviente cargara a

la espalda nonatos pulmones,  
que, a un descuido, me diera la puerta giratoria del ser, la salida  
en lugar de obsequiarme la entrada. Mas, partera de manos gasosas,  
en mi auxilio la atmósfera vino, e inició mi pulmón su primera  
bocanada de ser y de tiempo.  
En el viaje hacia mí, fui marino que abandona su mar de placenta;  
animal proveniente del agua, desembarco mi ser en la vida,  
y, Colón de mí mismo, me palpo, piso tierra, mi arcilla animada,  
nuevo mundo por fin descubierto.

## MI MUNDO

RECIÉN  
nacido,  
era tan minúsculo  
que su completo inventario  
cabía en  
la cuna  
de mi ojo.  
Lo hacían:  
las caras  
que sobre mi lecho  
pasaban su plenilunio  
de curiosidad,  
la lámpara enferma  
que de vez en cuando  
lanzaba estornudos  
de luz,  
y la sonaja,  
con su andadera de estrépito,  
cuidando  
que no fuera a rezagarse  
mi oído.  
Comenzó a crecer  
en las miradas  
que desbordaron  
el vientre de mi miopía.  
Antes de que yo naciera  
se hallaba dentro del seno materno  
de su infinitud.  
Y a un año  
de distancia de mi nada pretérita,  
aprendió a dar sus primeros

pasos  
de camino.

## EL ENTIERRO DEL ÁNGEL CUSTODIO

Sé muy bien que jugar era nuestro único mandamiento. Pessoa.

TRAS de mi nacimiento,

saltando con mis células, creciendo, pude ascender al  
punto

en que oyendo las voces del camino, los murmurios  
finísimos de un polvo que empezó ya a medirme la  
jornada, me solté a caminar de muy pequeño. Recibiendo  
regalos de estatura

cada vez que un cumpleaños celebraba, estuve mucho tiempo  
sin aprender a hablar, hasta que un día pude al fin colocar  
los explosivos de mi primer vocablo en el recinto de todo  
mi silencio y desde entonces hablo hasta por los codos de mi  
pluma.

Para espigar mi sueño  
mis padres pretendían arroparme  
con canciones de cuna;  
mas yo era tan melómano que todas,  
me acababan meciendo irremediablemente en el  
insomnio.

Poco antes del ocaso  
me aguardaban los cuentos,  
que escuchaba embebido  
sin que me pestañeara la atención,  
hasta que me volvía  
a escuchar de la almohada “había una vez”  
y entregarme al pausado parpadeo  
del acto de dormir y despertar.

Á veces me sentía  
triste, sin protección, como si hubiera  
asistido al entierro  
de mi ángel de la guarda.  
Otras veces me hallaba tan alegre  
que me iba a repartir a domicilio pedazos de alborada,  
poemas de Neruda,  
alcancías repletas de miradas

para que fueran rotas al momento en que brota el crepúsculo.  
Si estaba fastidiado,  
no sabiendo qué hacer del tiempo vivo, sacaba de mi caja de juguetes  
la espada de madera, las canicas, alguna vez un oso  
del tamaño de Dios,  
a quien le dije todo, en la confianza  
de que la indiscreción no es de peluche, o también el cuaderno, mi  
perpetuo astillero de naves que bogaban con su tripulación hecha  
de tinta, o fábrica de aviones  
que arrojados al aire,  
en propulsión de mano,  
hacían que planeara la belleza hasta que aterrizaba a la mitad  
exacta de mi júbilo;  
tomaba los soldados, las batallas, el trompo y su mareada cantinela,  
los coches de latón, las travesuras. Mas debo confesar que las sacaba con  
temor, porque nunca olvidaré  
que al nacer asfixiado, la primera de todas mis maldades,  
me dio la comadrona  
mi cuota de nalgadas correctivas.

Cuando el viejo maestro  
—que en mi palma medía, con su regla, cualquier incumplimiento— me  
arrojaba a la tarde leprosa de una eterna  
tarea, me sentía desterrado,  
teniendo por grilletes los rincones  
de la alcoba de estudio en que lloraba de la pluma a los ojos,  
en un país de verbos, capitales,  
y la raíz cuadrada de mi tedio,  
país de la aritmética y su exacta sustracción estadística del hombre.

Mejor era ir al parque,  
colocarse a la sombra de algún juego, sorprenderle sus nidos al fastidio  
y cambiar municiones y agonías.  
O llamar a aquel hombre que iba con su majada  
de algodones de azúcar —como nubes que nos hacían lluvia ya la boca  
y ataba sus corderos de colores  
cada uno de una estaca  
para ser trasquilados a mordidas.

Cuando cumplí dos lustros  
dejé de musitar esas palabras  
que se hallan de rodillas,  
como primera piedra de algún templo; comprendí que la fe no es otra  
cosa que clavar en la tierra un espejismo, para que nunca pueda  
evaporarse al calor de los pies que traen consigo la esperanza insolada.  
A partir de ese instante  
no pude ya creer en otro mundo: adentro de mi cráneo, los milagros

de Jesucristo fueron también crucificados; y no entendí hasta entonces que no hay en las obleas más deidades que el envidioso dios de la cajeta o que el agua potable es el agua bendita ciertamente. Llegué a esa conclusión jugando a las vencidas con la duda, hasta que ya después, sobre mi torre, a campanada en cuello repicando, llamé, con cierto gozo, a misa negra, y tuvo el Anticristo de la nada su más seguro fiel en mi persona.

Yo ignoraba, de niño, que son sábanas lo que tan sólo batan al volar las cigüeñas.

Pero la pubertad, con mi nodriza, provocaron en mí la resuelta erección de un nuevo mundo. No pude conformarme, desde entonces, con brindar mis caricias al estanque donde algunas mujeres se bañaran, y buscar codicioso, a toda mano, el rebaño de senos del oleaje.

En fin, entre las fotos de mi álbum familiar, una conserva, ilustración perfecta de esa época, de los frecuentemente extravertidos senos de mi niñera. La más dulce lección de geometría que en mi vida he tenido, se la debo a que ella, cierta tarde, tacto a tacto, pasó a confidencial sus caderas al más pequeño Enrique.

## Á RENGLÓN SEGUIDO

TODO estaba igual. Un perro rodeaba con ladridos de alta tensión su jardín.

Un hombre, en su cuarto de hotel, apuntaba con una pistola la sien del oxígeno, mientras en la mesa dejaba un pedazo de piel, una carta. Una niña huía de un grueso abejorro que era como un átomo

de tigre en el campo. Otra se espinaaba con lo empalagoso de la rubia flor

que el panal cosecha. Todo igual se hallaba. La duda de un fraile dejaba averiado el motor de un ángel o a mitad del templo zozobrar hacía

la nave encallada. Muchos, en la radio oían a tientas, por no tropezarse, música inaudita. Otros, al dejar una exposición

de pinturas, eran ojos arrasados de miradas. Todo resultaba idéntico.

Alguien se encontraba tras de una atractiva mujer por la calle. Su imaginación, un anti-gusano de seda, la hacía deambular desnuda. Deseaba comprarle tan sólo un puñado de dulce fatiga.

Pero de repente todo se transforma. Hasta la palabra jodido se llena de flores minúsculas. Y entre las mandíbulas de los alacranes pueden discernirse ramitas de hierba. El trino de un pájaro carpintero huele el más puro sándalo. Todo es diferente.

Dos que están peleando, dándole en la madre a sus hermanos, miran sorprendidos que sus cuatro puños se esponjan y empiezan a aletear un ser nuevo de palomas. Todo se subvierte. Y es porque la arcilla de pronto descubre el amor primero y a renglón seguido toma corazón de todas las cosas que le están pasando.

## MI TEMPORADA EN EL CÁNCER

en medio de una calle de miradas Villaurrutia.

CUANDO la conocí, ella creía aún en los espectros  
y en sus cuerpos formados con las células del temor que en su  
torno van creando. Poseía un reloj que se paraba en punto de  
las doce,  
conjugando en eterno  
de indicativo el miedo producido. Tenía un cuarto  
negro (en la confianza de poder manejar a sus antojos la  
rectángula aurora de la puerta),  
para que, a la negrura acostumbrándose, lograra al fin cortar  
a las garras nocturnas su armamento.

Aunque estaba su fe desarrapada de Dios, se hallaba aún  
vestida del harapo de un fantasma; creía, a pies juntillas,  
en demonios y espíritus, fragmentos y jirones de un  
Dios descuartizado.  
Era politeísta.  
Al estallar su iglesia en mil pedazos se le volvieron ídolos  
las piedras.

A nuestra relación en un principio la imaginó  
platónica y al beso la estación terminal de mis avances  
con la ausencia de un lecho más de audacia. Creía que en un dios  
hermafrodita —al que le dio de lote en el olimpo no sé cuántas  
hectáreas de creencia— se habían nuestras ánimas citado,  
más allá de los sexos, donde Onán de sus propias primicias se  
reiría; pero el dios tropezó con mi deseo,  
para el que no hay barreras ni tampoco mujer de nuestro prójimo  
vedada, y quedó dividido  
haciéndola mujer y haciéndome hombre.

Asustada de amor,  
temblando desde el cuerpo hasta el deseo, aceptó que no había mejor  
sitio  
para hacer que los dos nos ocultáramos del mundo que debajo de las  
sábanas. Al revés de la estatua de Bernini  
(la santa que se hallaba desposada con Cristo hasta el orgasmo),  
desde que la hice mía,  
primera comunión de nuestros cuerpos, su éxtasis amoroso lo era  
místico.

Nuestra guerrilla urbana  
colocó por las calles, en los sótanos, en alguna colonia del peligro

o en uno de los barrios estratégicos del orden existente,  
nuestros más amorosos explosivos.

El amor, en su lucha clandestina, originaba que ella, temerosa,  
creyera perseguidos nuestros besos por armados guardianes del  
sistema, que iban, desde sus canes, olfateando nuestro rastro  
amoroso...

Mas de repente hicieron explosión todas nuestras caricias. Nuestros  
besos —la colección de instantes  
en que súbitamente conseguíamos borrar toda frontera  
fueron, entre cenizas, los escombros que a barrer empezamos.

Imposible nos resultó sentirnos bajo el techo  
nómada de un amor oculto siempre. E inútil resultó desde ese instante  
acercarme a la almohada, preguntando por el sueño, salida de  
emergencia de la mansión en llamas.

O creer que un resquicio telefónico —el puñado de números  
de la combinación *de* mi esperanza—entre los dos se abría.

Era un punto final tan agresivo,  
un cortar por lo enfermo tan sin dudas que, por favor, callemos, ya no  
insistan en que esté recitando  
las estrofas completas de aquel cáncer que fincó su temor en mi  
memoria, en el índice inútil de lo muerto.

# CRÓNICA DE UN SECRETO DICHO A VOCES

## I

### ÁDAN Y EVA

"Y serán una sola carne"...

Génesis.

CUANDO bajas los ojos, sé que enfrente  
adviertes cómo cae una manzana;  
el sendero, al decírtela cercana,  
se erige en tentación y es tu serpiente.  
La manzana (y tu cuerpo) con el diente  
te miro desnudar, mientras se ufana  
tu instinto de mujer y de gitana  
por robarme lo niño astutamente.

Todos mis pensamientos, desde ahora,  
tienen piel de mujer; pero, paciente,  
sin vivir el reloj hora tras hora,

siento que te decides y me grita  
la aceptación en medio de tu frente.  
Haremos en tu cuerpo nuestra cita.

## II

### SONETO A MI LOCURA

LA camisa de fuerza me convierte en tormenta amainada, furia rota,  
turbulencia en remanso y en derrota, preso de medio cuerpo y media  
muerte.

Mortaja en que el impulso se revierte en el arder por dentro, cuando  
nota que en esta celda y traje se me acota el salir de las manos a  
tenerte.

Marco en que mi demencia es domeñada, salto desde el gruñido hasta  
el lenguaje, de la guerra a la paz crucificada.

Nada puede, no obstante, la cordura: dentro del manicomio de este traje  
vivo la desnudez de mi locura

### III

## EL TREN

Manchó la soñadora transparencia  
de la tarde infinita el tren lejano  
aullando de dolor hacia la ausencia.

J. Herrera y Reissig.

A punto de ser viento, y ser coraje sobre rieles, aúllas, tren  
hambriento: sólo podrá calmarte el alimento  
del espacio ingerido en el paisaje.

¿Cuántos metros nos compra este pasaje? ¿Del adiós al  
saludo, del tormento de la separación, hasta el contento de  
arribar a unos ojos, fin del viaje?

Manejas nuestras vidas como quieres, inundas los espacios  
con placeres o cubres de dolor la geografía.

Oh fábrica de ausencias sin regresos, me obligas a medir,  
ya sin sus besos, en un lecho sin fin mi soltería.

### IV

## LA VETA

PENETRO en mi epidermis; el tejido de la piel se desangra; rasgo y  
muerdo hasta hallar la osamenta de un recuerdo, el vestigio de un  
nombre envejecido.

Sigo al fondo de mí, y estoy perdido. Ya no sé de salidas, ni es ya  
cuerdo saberme el laberinto en que me pierdo y soñar con un paso  
arrepentido.

Cuando llego hasta el fondo, sólo veo que ya no soy al fin mi propio  
reos ni siquiera una culpa ensimismada.

En la postrera alcoba de mí mismo donde ya el corazón se me hace  
abismo, nada soy sino tú, que no eres nada.

## V

### METAMORFOSIS

ERAS, dentro de mí, de carne y hueso. Duplicada en mi ser, yo te vivía. Negando la distancia, se podía vivir tu boca y revivir tu beso.

Mas hube que limar barras de preso: borrar tus manos, ojos y alegría, desdibujar tu piel y todavía prender fuego a las naves del regreso.

Tus hombros se esfumaron de mi mente; tu cuerpo, diluido, se me plasma como ausencia total bajo mi frente. Soledad. Negra alcoba en que me quedo con la vaga silueta de un fantasma recortado al tamaño de mi miedo.

### EN PIE DE CANTO

De la más alta ventana de mi casa  
digo adiós con mi pañuelo  
a mis versos que van hacia los hombres.  
Pessoa.

#### *I*

*Cuatro contras.*

#### *1*

ESTOY contra  
una poesía sin fondos.

#### *2*

Contra las palabras amordazadas de sentido.

#### *3*

Contra el que,  
pretendiendo convertir el sentido de su poema

en un trébol de cuatro hojas,  
acaba encerrándolo  
en una de las cajas fuertes  
de la Atlántida.

4

Contra aquellos  
que no hacen otra cosa que versificar el habla de la Torre de Babel.

## I I

### *Culteranismos.*

1

**H**AY terms impenetrables casi a la poesía.

2

Freno es gallardo pero va sin potro.

3

Sé que invariablemente  
todo poeta puro,  
de snuda una mujer  
sólo para besarla,  
para tener con ella  
la ingenua relación  
sexual de una caricia.  
Y sé que si a una hermana  
Marica se insinúa  
detrás de alguna puerta,  
es sólo para hallar,  
como la nueva forma  
de su masturbación,  
un coito de juguete.

4

Mi pluma, en su *Astronómica* —donde la eternidad es la primera  
persona del reparto  
en campos de zafiros pace estrellas.

III

*Cretense*

No quiero poemas laberinto donde se pierda  
hasta ese rayo de luz —desmadejada rendija—que es el hilo  
de Ariadna.

IV

*En la esquina*

POEMAS hay vacíos  
que a su lector demandan:  
por el amor de Dios  
regáleme una entraña.

V

QUE en tu poema sobre el ave  
el murmullo de éste suene de otro modo: que sea un trino  
de otro costal.

VI

DESCONFÍO

de las estrofas  
que tienen como personaje central la niebla londinense.

VII

QUE en tu poema sobre el ave  
el murmullo de éste suene de otro modo:

que sea un trino  
de otro costal.

## VIII

### *De la fecundidad*

1 NVITO a usted y a su familia a la Sala Manuel M.  
Ponce de su propio interés cultural, para asistir a la lectura  
de la epopeya  
de mi último hai kai.

## IX

### *Tres recomendaciones*

1

QUE hasta un mal fisonomista  
me reconozca en mis poemas.

2

Que llegue a poder usar  
en lugar de tarjetas  
poemas de identidad.

3

Que junto al papel  
donde nuevas estrofas se incuban,  
haya siempre otro,  
arrugado,  
dando consejo al recién nacido  
con las arrugas,  
labios de su experiencia.

## X

### *Renovarse o morir.*

DESCONFÍO de todo

"nada hay nuevo bajo el sol"  
que sale de los labios  
de un miembro de número  
de cualquier conservaturismo literario.

X I

*Bíblica*

HAZ una obra compleja, rica,  
Y tras el séptimo día  
y ver que tu obra es buena,  
ponte,  
acurrucado en el recuerdo de Dios,  
a descansar.

XII

*Hojas del árbol.*

DESEO hacer de la poesía un árbol que,  
desnudo,  
contrayendo nupcias con el invierno,  
nos revele que el frondaje adjetivo  
no se anda por las ramas  
y que  
en el papel hecho de árbol  
—donde ya de éste no queda  
'sino el nombre de hoja  
se escuche cómo inmolan mis pies  
la hojarasca de la retórica.

XIII

QUE la moraleja,  
para volverla interior,  
sea devorada  
por los animales de mis fábulas.

XIV

EL rípi o  
es una forma musical del silencio.

X V

*Educación vial*

QUE se cuide el poeta  
del embotellamiento de metáforas.

XVI  
FELINA

*A mi mismo.*

SÉ que te estás relamiendo y poniéndote las botas  
con tu nueva ratonera de metáforas.

XVII

S I escogiera mis lectores sin duda que  
omitiría los que son analfabetas de la lectura  
entre líneas.

XVIII

Cómo me gustaría  
echar a vuelo siempre la campana de un título preciso  
y elocuente para llamar a verso.

XIX

cuando la vi cuando la vid cuando la vida.

Villaurrutia.

1

ESTOY contra los poetas  
infantiles  
que se entretienen sólo con un juego  
de palabras.

Pero no soporto  
 aquellos poemas que,  
 de los pies a la cabeza.  
 No tienen ni pies ni cabeza.

## XX

*Acto de fe*

1

No quiero que mi poema se tire a la bartola.

2

Quiero ser tan realista  
 que la cúpula de mis más tenebrosos poemas se me llene  
 de murciélagos.

3

Que mis versos sean  
 un golpe de estado contra el orden existente.

4

Inauguraré el estilo  
 de poemas pecho tierra.

5

Que la Embajada norteamericana nunca les de la  
 visa.

6

Quiero que mi poesía, Tlatelolco,  
 se iracunde a dos pies.

7

Haré que mi poema no se lave los puños  
 de todo lo que pasa.

Sé que no debo escribir versos como: "el dos de octubre de 1968 en el pabellón nacional apareció un zopilote devorando una serpiente".

Pero soy muy indiscreto.

Qué pretensión:  
que en Lecumberri hubiera una crujía llena de los poemas  
que desde el dos de octubre se me ocurren.

## XXI

**UANA GRAMÁTICA IRACUNDA**

**QUE** las letras aguarden  
la manada de grutas de la noche  
para hacer su reunión conspirativa.  
Que vayan por las calles, en estrofas,  
cogidas de las manos,  
en manifestaciones de combate.  
Que tomen las palabras en el bosque  
instrucción militar.  
Que lancen la consigna  
de huelga general a boca llena.  
Que se vaya hacia el monte la guerrilla  
de mis mejores versos.  
Que sepan los sujetos y adjetivos  
preparar con maestría la celada.  
Que disparen las frases antiaéreas.  
Y entre los matorrales se dispersen  
—como trampas que invitan  
con lengua de corderos  
a la boca del lobo

venenosas metáforas que aguardan  
que mis más estratégicos epítetos  
den el golpe de estado.  
Que no tenga cuartetos la poesía,  
que tenga barricadas. Que el poema,  
vociferante forma de mi puño,  
ponga el verso en la llaga.

## 13 EPITALAMIOS

Un hombre está mirando a una mujer...  
y la mira a dos manos. . .  
Vallejo.

### I

MURIÓ la indiferencia,  
cuando el beso de gracia  
hice estallar al fin, a quemacarne.

### II

NNUESTRA primera cita fue en el punto del espacio que atrajo  
la punta de tu lengua hacia la punta de la mía.

### III

Tu pudor cabecea hasta dormirse  
si mis manos se insomnían en tus senos.

### IV

Y me surgió por fin el nuevo oído capaz de percibir  
la voz afrodisíaca de tu lecho.

### V

LA súplica, palabra arrodillada, envolvía mi lengua  
en la apretada red de la saliva  
que pescaba en sí misma un parecido perfecto con la sábana.

## VI

AL ser todo deseo, caigo en cuenta que mi ángel de la guarda ensaya una erección inesperada de malos pensamientos.

## VII

DERROTADO el corpiño,  
tu estatua fue esculpiéndole a mis dedos  
su escultura de goce.  
Y el pudor se durmió cuando a dos senos para la madrugada, te atreviste  
a mirar, hacia abajo, cómo erguía  
desde mí, nuevamente,  
su pico la cigüeña.

## VIII

CREÍ que inexpugnable fortaleza timidaba tu vientre;  
pero una extraña forma de mirarme y un movimiento rápido, me  
dieron conciencia repentina  
de que estabas cubierta por la mano de parra de mi avance.

## IX

A partir de ese entonces en mis manos se halló la idea fija de tu  
cuerpo.

## X

LAS caricias se animan; mas los besos toman el organismo de  
tortuga  
de la cámara lenta,  
mientras se desvanecen  
los ángeles custodios de tu nalga.

## XI

EN mi mano aletea tu corpiño.

## XII

Tu deseo por mí  
entre tus prendas íntimas descubro.

## XIII

Y tu ropa interior, sobre la silla, hacía blancamente un  
comentario de mi cantar victoria.  
Yo inicié en ese instante el inventario de mi botín de guerra:

una espalda en que el tacto se me escurre, como inmovilidad que se derrite; dos hombros en los cuales lo perfecto se sube para ver sobre ellos mismos todo su derredor; senos que dejan mi boca secamente sin palabras, mi tintero sin alas o sin plumas. Un sexo en fin que incita a tocar en las puertas de otro mundo con los aldabonazos del orgasmo.

## PLIEGOS DE TESTAMENTO

UN día preguntaste ¿cómo hacer

un artista de mí? ¿cómo graduarme

de dios? ¿cómo crear los dos primeros sonidos o colores o metáforas

al centro de un Edén que me improvise el tronido sublime de mis dedos?

Á la zaga del clásico, respondo:

*habla primeramente con los muertos* (considera esta máxima, tu máxima

de cabecera), húndete en las obras

que se hallen empastadas por la fama; mas no dejes de hacerlo en las que enhebran sencillos sentimientos a la rústica;

haz la autopsia al cadáver del cuaderno de todos los artistas

olvidados y analiza qué glóbulos cargaba la placenta de tinta

de sus versos; hojéale el cerebro a los poetas; nace con cada

prólogo y oblígate, leyéndote entre líneas a ti mismo, a intercalar

la página ilustrada de tu meditación entre hoja y hoja. Ladrón

de exposiciones, memoriza las pinceladas óptimas de Rubens, y el

dibujo intachable, el esqueleto de la forma rolliza en que se

expresa; pensando en el cincel, el verdadero pedestal en que yacen las

estatuas, colecciona ademanes de Praxiteles o de Augusto Rodin.

Que tus oídos se doctoren en Schubert o Stravinsky. Que

guardes, al dormir, bajo la almohada melodías de Brahms, arias *de*

Verdi o Preludios de Bach; oye la fuga nuestra de cada día;

forma parte de millares de oídos feligreses que comprenden la

innúmera familia de la fecundidad del viejo músico.

*Tras de hablar con los muertos, habla ahora con los vivos.* Rehuye al

que se muestre de tanto en mudecer de sgañitado. Rechaza la

actitud de estar bebiéndole tan sólo los silencios a los otros;

incítalos a hablar o, provocándolos, súbeles el volumen y

no temas descubrirte agarrado a las solapas de alguna discusión acalorada.

Un buen conversador es el que sabe intercambiar pedazos de sí mismo con los demás. Exige, cuando ofrezcas transfusión de latidos a otro pecho, que tu prójimo esté, como tú mismo, en la sinceridad sintonizado. Sal a la plaza pública, y alíate a las piedras que gruñen ya en la mano del que está contra el orden existente. Busca a los oradores y aquilata sus barrocos pulmones enmarcados en un ballet completo de ademanes; sal en busca también del silencioso, del que gusta cruzarse de palabras, del que, al cerrar la boca, abre un resquicio del asilo de mudos del silencio.

Oye igual el sermón de la montaña que el que pudiera darse sobre un grano de tierra. Sé locuaz y no permitas, mordiéndote el silencio, que tu lengua se quede en la mudez, arrinconada.

*Tras de hablar con los vivos, hay que hacerlo después contigo solo; que medites*  
—al meditar la mente paladea su propio pensamiento— las preguntas y respuestas que hilvanes: soliloquio cortado en dos mitades por el diálogo, en la conatural esquizofrenia que está bajo del óseo manicomio del cráneo en que vivimos; que, melómano de ti mismo, auscultes el monólogo de tu vida en el pecho, la partita para corazón solo; que conjugues intelecto y pasión y que los hagas vibrar a doble cuerda; que tu mano le encuentre las clavijas a la vida y afine tu conducta cotidiana, que, si al correr, se caen de tus bolsas multitud de corcheas, y en tu pulso se adivina la sangre del metrónomo, no olvides mi deseo: ver tus manos en el conservatorio del esfuerzo. Después de dialogar contigo mismo, ya podrás ofrecernos con el dúo de tus manos orfebres (que han cumplido mayoría de edad en la paciencia) un recital entero de tus sueños, piezas que al terminar incluyan siempre la cadencia perfecta del aplauso.

## II

MATORRAL de pinceladas, ensortijo en tu cabeza el color castaño oscuro que aparece, ante el temor de que mi lienzo lo

olvide, erizado de belleza.

En la paleta, que extiende su gradación de adjetivos, quiero aguardar, con la caña de mi pincel, a que piquen los matices de tu cutis.

Para hacerme del color adecuado a tu epidermis formo un palomar de presa de cada una de mis manos. No consiento que el pincel, con sus palabras, desdiga la blanca voz de mi lienzo que me describe tu frente desde una sien hasta la otra, para que ahí tú despliegues el mural de lo que piensas. Quiero dar a mi pincel el don de telepatía, y que repita en la tela, y al óleo, tus pensamientos.

Antes de insinuar tus cejas, su perfecta curvatura, pongo a mi mano pintura de aprendiz en la canasta de limones o en el nido que después de un plenilunio de miel, está rebosante de las crías que los pájaros fueron trazando a compás, bajo el esférico influjo de los duchazos de luna.

Aunque sé que, cuando duermes, únicamente lo bello permanece con insomnio, voy a pintar esos párpados que alzan vuelo en tus pestañas, para alumbrar unos ojos que me salvan del naufragio o me dejan por lo menos a merced entre las olas de tiburones de seda.

Formo después tu nariz, recta, con mano segura, pues sabe que entre el olfato y el perfume ella aparece como la línea más corta, el atajo entre dos puntos que le supieron confiar su amor a la geometría.

Tras de llevar al pincel a murmurar, en voz baja, y en minúsculas, tu boca, y al ver cómo saboreas entre tus labios el gozo, más que a ti quiero tener de modelo tu sonrisa, como quien logra captar la maja niña desnuda a la mitad de tu rostro.

Al terminar, en mi tela, se esboza el pagano rostro de tu beldad, las facciones que harían precipitarse a cualquier ángel perfecto desde su cómoda gloria al bártro de la envidia.

\* \* \*

Hija mía: la mujer, en el poema, aparece deslizándose sus diez dedos por el arpa *de* la gracia. Rodeada de arrodillados cerebros, la poesía es el santuario donde ella es armada diosa. Entre líneas se adivina como la mujer de guarda del poeta.

Pe ro to do es di fe re nt e cuando se tiene n

los pies muy bien puestos en la prosa.  
En la ciudad de Toboso, Dulcinea  
va subiendo, paso a paso, por la escalera  
interior que surca la fantasía;  
mas de pronto da un traspiés  
hasta caer en los sótanos  
de alguna Aldonsa Lorenzo

\* \* \*

Medita: mientras existen ciertas manos por los colores del ocio  
tapizadas, las hay que empuñan sus grietas, en gu antan do  
telarañas de dolor, como surcos de la frente sudorosa del arado.  
Pero todas,  
hasta la dama que curva  
su dedo meñique izquierdo  
para colgar la elegancia,  
respiran el aire aquel que en la mazmorra cumple su prisión perpetua  
con un oxígeno enfermo y demacrado, y una débil luz que sufre  
su condena a pan y agua sentenciada,  
a breves charcos de sol  
y a mendrugos de la luna.

\* \* \*

Hay señores que comienzan a contar  
las hectáreas de su orgullo en sus mujeres. Al igual que la silla o  
que la mesa, el bargueño o la repisa,  
algunas son como muebles de una casa, ropero en cuyos cajones  
sus deseos se les van apolillando.

Mas si una de ellas se niega  
a cumplir algún deseo de su dueño, él se le queda mirando,  
el cielo estrena rumores,  
hasta hacer que ella se aleje, oh mujer venida a  
perros,  
la obediencia entre las piernas.

\* \* \*

Voy a tratar, hija mía, de mojar este pincel en mi esfuerzo  
por tratar de comprenderte. Diría en primer lugar  
que, al mirar la podredumbre circundante, piensas que ya no

es posible  
ni deseable disfrazarla  
con ningún golpe de pecho perfumado. Abominas al  
hipócrita, al pequeño,  
al que es tan poquita cosa  
que, cuando llora, derrama  
lágrimas de lagartija.

Desprecias al masoquista que ante un dolor promisorio se le hacen  
los ojos agua. Y te repugna el que busca sintonizar en el prójimo  
la estación de los aullidos.  
obligado a levantar su cosecha de cicuta.

Sé que en antes y después del che Guevara divides tu calendario.  
Te encoleriza el tartufo,  
el que atornilla a Jesús en la punta de su lengua, como cúpula de todo lo  
que dice,  
y va rodando en sus manos la camándula  
de los peores pensamientos. Amas al que sin  
engaños se resuelve a colocar  
sus sueños sobre la mesa.

Frente al asco y sus variadas galerías,  
a tu huerto te retiras,  
silenciosa, a meditar:  
pero allá en tu fuego interno  
estás en actividad  
hasta el día que decidas que las manos de tu lava ayuden a la semilla de  
otro mundo  
que es el caos, levantando  
la escultura del incendio.

\* \* \*

Aborreces al que se halla  
despierto a las altas horas de la envidia. Y ante la mentira, sueñas  
que algodones eternicen esos dedos que, con ademán cartujo,  
a los oídos elevas.  
Te enferma que el basurero  
algunas flores recite,  
margaritas para el cerdo que es él mismo, o que aquel que sólo  
piensa en alacranes diga gatos enredados  
en la bola del estambre de su gracia.  
Sé que admiras al que es fiel a lo que piensa, aunque a la larga se viese  
obligado a levantar su cosecha de cicuta.

Sé que en antes y después del che Guevara divides tu calendario.  
Te encoleriza el tartufo,  
el que atornilla a Jesús en la punta de su lengua, como cúpula de todo lo  
que dice,

y va rodando en sus manos la camándula  
de los peores pensamientos. Amas al que sin  
engaños se resuelve a colocar  
sus sueños sobre la mesa.

Frente al asco y sus variadas galerías,  
a tu huerto te retiras,  
silenciosa, a meditar:  
pero allá en tu fuego interno  
estás en actividad  
hasta el día que decidas que las manos de tu lava ayuden a la semilla de  
otro mundo  
que es el caos, levantando  
la escultura del incendio.

\* \* \*

Aborreces al que se halla  
despierto a las altas horas de la envidia. Y ante la mentira, sueñas  
que algodones eternicen esos dedos que, con ademán cartujo,  
a los oídos elevas.  
Te enferma que el basurero  
algunas flores recite,  
margaritas para el cerdo que es él mismo, o que aquel que sólo  
piensa en alacranes diga gatos enredados  
en la bola del estambre de su gracia.  
Sé que admiras al que es fiel a lo que piensa, aunque a la larga se viese

Ante tantos escorpiones, no se trata  
que desde una soledad, que se convierte a la línea  
guerrillera, te defiendas.  
O que apuestes tu metralla en un pronombre personal. Tu  
rebeldía no puede ser solamente un yo que en forma de puño  
se rebel a, ni sueñes con que una gota,  
que más que iracundia es lágrima, desencadene  
diluvios.

Pon, mi amor, junto a los puños y las balas de los esclavos, tus  
piedras femeninas, y carga con tu coraje los cañones más tiernos de  
que dispongas.

### III

Qué angustia siento al advertir que vienes heridas y sangrando las  
rodillas de la desobediencia,  
y que sobre la rama tu descuido maduró hasta volverse una  
caída. Pero el regaño queda amordazado, como el pararse en seco  
de un arrollo, al oír que preguntan tus nueve años por lo que tú  
podrías ser mañana.

¿Que qué podrías ser ?

Podrías ser el médico que lleva dentro del maletín ignoro cuántas  
veladas de café y anatomía , para salirle al paso a la fatiga  
de los latidos pálidos, producto  
de un corazón que incluye leucocitos en sus palpitaciones; y  
podrías  
ir sembrando en el vientre o las espaldas del enfermo preguntas  
para diagnosticar  
qué sombra está cruzando por su entraña.

Aliado de Cranach o de Picasso,  
si fueras oculista, devendrías  
la enfermedad más grave  
que contraer pudieran las tinieblas. Y la noche, maltrecha,  
tendría que esconderse en uno que otro rincón para lamerse las  
heridas.

Para segar también los desvaríos  
que encarnan surrealismos en la mente, psiquiatra, enyesarías  
las almas fracturadas, las neuronas que pierden la cabeza.

¿Que qué serás de grande?

Podrías ser filósofo y sufrir  
jaqueca metafísica.  
Buscando luz más luz en Spinoza,  
Parménides o Hegel,  
podrías encontrar únicamente,  
tras de quemarte tanto las pestañas,  
los negros kilovatios de la noche.  
Pero también podrías descubrir,  
con pupilas de aumento, con miradas  
de contacto infinitas, los raudales  
de luz medicinal, a donde puedes  
hacer que se sumerja la miopía.

¿Qué desearías tú? ¿Ser el poeta

que tiene la maestría  
de hallar una palabra que perfuma  
todo un libro ? ¿la voz  
que coloca en la mano mendicante  
de un vocablo la joya de un epíteto ?

Tus poemas podrían ser tan altos  
que hicieran alpinista la lectura,  
y desde ahí, en el pináculo del verso,

brindaran, al que arribe  
con su pulmón a cuestras y jadeando  
su anhelo de aire puro,  
un recital de oxígeno.  
Poeta, instalarías  
trampas para cazar  
las mejores metáforas.  
Y después dejarías que cayeran  
de tu fronda los versos ya maduros  
para ser picoteados ...

¿Que qué podrías ser?

Quizás el arquitecto que conspira, desde que la obra cumple  
sus primeros adobes, contra el frío  
que los cuerpos intentan sacudirse

a fuerza del temblor que los domina. Al alzar las viviendas  
dejarías

por fin desmoronada a la intemperie y hablando solo al viento.

¿Qué podrías ser tú? Tal vez un músico que en toda pieza creara  
algún concierto para emoción de público y orquesta. Si, director,  
sabrías orquestar el supremo homicidio del silencio exaltando las  
notas

a las proximidades en que el grito vomita por completo sus  
entrañas de sonidos o haciendo del conjunto solamente un  
pianísimo de cola, música tan pequeña  
que con sólo una astilla de batuta podría dirigirse.

¿Qué has de ser cuando crezcas? Biólogo, estudiarías

los gérmenes primarios, las millas de misterio en un solo milímetro  
de vida. Al ver la evolución de las especies animales, sabrías  
por qué el hombre se duerme de un lirón toda la noche. Frente a  
los rascacielos de la mente, si eres naturalista, no podrías dejar en  
el olvido la química del sótano, las raíces de cieno  
de todo ser fantástico que viva tomando cucharadas de  
ambrosía.

¿Qué habrás de ser de grande?

¿Serás quizás pintor? Tu talento podría inducir a los  
ciegos

al suicidio, si tu dibujo fuese  
tu huella digital desmadejada  
y al color le otorgaras carta abierta.

¿Serás acaso geómetra,

poeta que trabaja

con el piso más alto del cerebro? Mas así aprenderías

la forma en que se debe  
desenredar un punto para hacer toda la geometría.

¿Que cuál será mañana  
tu profesión? Es cierto,  
si de la astronomía yo te hablara, que se halla sin cesar echando  
leña a nuestra pequeñez.  
Pero si eres astrónomo podrías  
tomar el infinito por los cuernos,  
y advertir en seguida bajo el cráneo cómo el todo se encuentra en una  
parte.

Puedes ser lo que quieras, inscribirte  
en el grado primero de cualquier decisión: puedes ser  
un orfebre,  
trabajar en las minas, en el campo  
o en cualquier dependencia del sudor de la frente; pero  
sé antes que nada  
el capitán severo que no deja que encalle su navío  
en cualquiera motín que le desplieguen sus sentidos a bordo.  
Puedes ser lo que quieras; mas prométeme para serlo, una cosa:  
nunca, en ningún momento, nunca, nunca tendrás tu dignidad arrodillada  
frente a aquel que alimenta su estatura con todos los centímetros que  
pierden  
aquellos que se humillan,  
ni estarás con tu puesto en el mercado a la espera de que alguien  
te compre la conciencia.

## CONCORDANCIA

UNA actitud contraria se reparte  
por tus brazos: en tanto que el derecho  
se convierte en mi cómplice (y me ha hecho  
pensar que, contra ti, puedo alcanzarte),

el otro está contigo, tiene el arte  
de hablar su indiferencia ante mi acecho,  
y al cerrarme la puerta de tu lecho  
es un brazo enemigo y de tu parte.

La esperanza, en el brazo camarada,  
lucha a brazo partido; pero ¿nada  
puede hacer contra el otro y sus rechazos?

Sólo podré tomarte prisionera  
(y también, claro está, mi carcelera)  
cuando hacia mí concuerden tus dos brazos.

## EL PÉNDULO

Ha triunfado otro ay. Vallejo.

No he de decirlo todo; pero creo que hay que sacar a veces los  
trapitos al menos a la luna.

Explicar

que al momento  
de encontrarme

haciendo el inventario de mis llagas, me regalas presentes  
imprevistos como el radar que opera detectando el vuelo de los  
ángeles,

o el elefante aquel, color de niño,  
que juega pisoteando las cajas de pandora. Relatar  
que al hallarme feliz,

calculando

los millones de células  
de tu cuerpo,

de que soy propietario;  
feliz hasta creer

que debiera amarrarme a una sirena al escuchar el canto de los  
mástiles, entonces me regalas un desierto y me robas el agua,  
haces que me circulen hormigas por las venas, que mi cuerpo se  
vuelva el paraíso donde nace  
la primera pareja de alacranes,

que mis órganos gruñan convertidos cada uno en una bestia  
diferente. Pero entonces  
caminas a tu armario  
y tomas el estuche donde guardas la mejor  
de todas las caricias.

Y otra vez en la luz, sin parpadeos,  
sin un solo relámpago de sombra, a  
dos manos tomado del orgasmo.  
Hasta que de repente me conduces  
a tu nueva mansión edificada en  
un fraccionamiento construido a  
mitad del carajo.

En el flujo y reflujo de este péndulo (que en su incostancia  
empuja mi corazón metálico de izquierda a derecha en la entraña)  
navego exactamente en el sentido contrario al que olfatea el viejo  
lobo de mar de toda brújula.

¿He de ser prisionero  
de este vaivén sin fin hasta el instante en que ya la agonía  
desanude  
la luz de mis pestañas y epitafie el recuerdo  
mi irremediable ausencia que se inicia? No sé. Pero al llegar a estos  
renglones abandono la pluma porque ayer, habiendo ya fletado un  
carro de mudanza para todos los sueños  
que me fueron creciendo aquí a tu lado, todo cambió de pronto y  
corro hacia tus ojos desempacando besos y caricias.

## ENTRE REJAS

ESTE espacio arrojado al calabozo

¿de qué delito es reo?

¿del beso que se obtiene con restarlo? ¿del lecho desgarrado del divorcio

o del mal tercio eterno

que le hace a los amantes?

Al contraer los presos

el incurable mal de la cadena

perpetua, sobreviven hambrientos de intemperie,

nostálgicos del aire

que en propulsión de ráfagas deambula.

Son presos que se obsequian, de cumpleaños, ilusorias salidas.

Como cada mañana,

el sol, al sacudirlos, les desliza

el diario ramillete de los cinco sentidos,

saben que es su conciencia en la mazmorra una enterrada viva.

Como nunca

sueñan entonces darse

el duchazo sin fin de un medio ambiente generoso de oxígeno y de estrellas.

Si padecen insomnio,

extravían la llave

con que en veces se escapan de su encierro. Pero hay quien,

doctorado ya en rincones, no puede ni siquiera conquistar,

con la fianza del sueño, la salida.

Y, quien sin ser culpable,

va de un extremo al otro de la espera

del metálico indulto de la llave.

Cada vez que se encierra a un inocente deja Dios de existir más todavía.

Cierto que puede haber sandalias libres

de hacerse a todo rumbo

y sacudirse al término del viaje polvo de geografía.

Puede haber unos pies que ya no sufran

las eternas fronteras, bajo cero para que todo paso se congele. Pueden

coleccionarse pasaportes hasta obtener el don de ubicuidad o llevar en

el fardo

la embrollada madeja

de todos los caminos existentes;

pero también existen, pecho adentro, prisiones personales y llaves

desdentadas de la oportunidad de abrir su puerta.  
Hay hombres enclaustrados  
en la prisión perpetua de la envidia, en donde el bien ajeno  
constituye la monarquía absoluta del veneno, y hay quien vive  
a mitad  
de las cuatro paredes de algún odio, y todo su proyecto de  
fugarse  
se reduce a vivir en la rendija  
la astilla del amor que existe afuera.  
Hay quien se halla en los plomos de Venecia de sí mismo. Se trata  
de una cárcel que va con todo y preso,  
prófuga del inmueble sedentario.  
Así puede el amor también ser cárcel, tener directamente  
encadenados su dulcísimo buitre y mis entrañas. Y entonces en  
la celda de sí propio alguien somete al yo  
a las peores torturas carcelarias.

## II

DESDE el instante mismo en que me echaste grilletes, no miradas, soy  
tu esclavo.  
Cada beso le da vuelta a la llave.  
Cada abrazo le agranda  
el grosor a la puerta.  
La "querencia de amor" llega a obsequiarme su colección completa de  
ponzoñas.

Sufro los cuatro muros de las lamentaciones.

Pensar que yo quería  
ser "El Señor" de tu alma y de tu cuerpo,  
disfrutar para siempre  
la propiedad privada de tu tacto.  
Mas no puedo ignorar lo que me pasa ni acudir al ingenuo  
suicidio de los párpados cerrados.  
Haré un poco de historia.  
Yo quería saber a qué atenerme,  
no dar un beso en falso. Porque no hay nada peor que creer  
que uno tiene la dirección del júbilo,  
y al extender los brazos hacia un cuerpo abrazar solamente su rechazo.  
Pero tú me aceptaste y me trajiste durante mucho tiempo, por la  
calle  
de la dulzura. Yo iba, con mi gozo, salvando los peñales  
siempre de dos en dos. Corría a canto abierto;  
contento, cabizalto.

Teníamos cada uno

la mitad, en la palma,  
de un mapa cuyas líneas  
insinuaban promesas. Las unimos para dar con el lecho y su  
tesoro. A mis besos, pequeños e inocentes, para que maduraran y  
crecieran les diste de tu pecho.  
Medité en el placer cuando tu vientre se convirtió en la sombra  
del deseo y se durmió la sábana  
en todas sus arrugas.  
En fin, tras de aceptarme celebramos de nuestro punto muerto las  
exequias.  
Mas fuimos invadidos de alacranes. Nos lanzamos el uno contra el otro  
luchando cuerpo a cuerpo, beso a beso, hasta llegar a ser coito de  
erizos.

Yo jugué en realidad con el castillo  
de naipes de tus besos.  
Mas, espera; repara en que la barca  
de nuestro amor peligra: mira cómo hace llanto. Y es que tú no me  
puedes comprender,  
no logras ver la cara  
oculta de mis lágrimas.

No obstante, desde lo alto de mi faro  
te llamo a grandes luces. Para que te halle, grita,  
que no te esconda el trébol de cuatro hojas del silencio. No dudo  
que volvámos a vernos, que alguno de los dos a mediados de  
angustia busque al otro.  
Al recibir mi carta,  
que no confié al instinto  
de orientación de un sello de correos,  
sino que puse ayer entre tus manos,  
te habrás seguramente preguntado  
¿qué parte de su cuerpo es la epidermis  
de esta carta ?

La verdad es que soy tu prisionero (y mi debilidad en su  
banquillo de acusado debiera eternizarse) y lo soy en tal  
forma  
que cuando mi cabeza  
despierta en las mañanas a mi angustia,  
la siento pesadilla  
de la almohada. No puedo salir de mi prisión.  
Únicamente  
con mi muerte cada una de tus llaves se verá dominada por la  
anemia. Sólo si me conmutan  
el castigo presente por la nada.  
La rienda es para mí sólo un ornato sobre el cuello del potro.

Debería, ya sé,  
horadar las paredes de la palabra cárcel, subir, hasta quitármelo,  
por todos los peldaños de mi traje de franjas. Pero no puedo nada, si  
me dices  
que te vas a extrañarme, que no puedes... Por el amor de dos no  
digas eso.  
Piensa que en cada enojo nos marchamos en sentido contrario  
a dos nudos por hora en la garganta.

Si me arrancas tu amor, ya no pretendas a fuerza de amistad  
indemnizarme. Compañeros de celda son los celos. Ojalá fueran sólo  
producidos  
por el Yago de alguna transitoria frivolidad tenida. Pero temo  
que a lo lejos te cites con mi cáncer y que caigas en brazos  
del tropel de mandíbulas que arroja la lepra en mi epidermis.

Tu ausencia no me libra de la cárcel. Como un ojo sin lágrimas me  
observa, carente de piedad, la cerradura. La llave del deseo de  
escaparme se me pierde en el piso del desgano. ¿Quiero en verdad  
salir? ¿Soy prisionero también quizás ahora de la abulia de  
abandonar mi islote?  
¿Quiero salir o no? Siento mi mente como si fuera un cielo  
despejado donde la única nube es el cerebro.

Me hallo en un corazón  
sin salida. Y el odio  
que de común me embarga  
por todo amor que olvide el universo (y reduzca países, continentes,  
al minúsculo mapa del abrazo)  
no logra liberarme de estas rejas, por más que me resultan  
cada vez más incómodos tus senos porque Vietnam existe.

## CELOS

TRAS de saberlo, apuro los venenos de la imaginación, que me  
proyecta un diálogo de manos y de senos, mientras acá una herida se me  
infecta.

Cuando siembras de cielo los ajenos brazos de mi rival, mi recolecta  
consiste en el infierno y se me insecta aquí este corazón venido a  
menos.

Va en mis venas la cólera en asalto con sus glóbulos negros, y el

aullido es el mismo dolor, pero más alto.

Mientras se va quedando tu lujuria sin un solo botón, con mi alarido yo obtengo acá el orgasmo de la furia.

## MI MUERTE

la larva hila donde nacían lágrimas.  
Valery.

Como fue en alta calle, yo no hice con la muerte el amor en el lecho. No fui un largo dolor acostado, arropándose llagas caníbales que a través de la carne se daban en silencio a gritar por la muerte. Nunca quise que, enfermo, la lástima se inclinara a los pies de mi cáncer y cual sastre piadoso me hiciera un "pobre hombre" al tamaño del cuerpo, ni asumir mi cubil de tal modo que tan sólo podría dejarlo desollando mis miembros de sábanas.

Fallecí en pie de furia. La calle contempló el estertor que empuñaran en su lucha postrema mis manos que exhalaban por fin toda fuerza convirtiendo en cadáver los últimos ademanes blandidos. Mi escudo—que al metal protector añadiera la aleación de algún ángel custodio—abdicó, de pugnar fatigado, a favor de su ausencia. Y entonces una bala (la noche en mi busca' se aprendió de memoria las señas de este rojo habitante del pecho.

Malherido, aspirando la atmósfera, le di el golpe por fin a la asfixia. Se me fue poco a poco nublando todo el tacto. Me moví; mas con ello expulsé de mi cuerpo, de golpe, un reguero de instantes y tuve la hemorragia de todo mi tiempo. Asustadas hormigas de oxígeno se fugaron de mí en borboto nes.

En la calle caí. Fue en la esquina de *Furor* y *Emboscada*. La cuota de latidos que exige el descanso fui pagando en el polvo al contado. Al morir, en mi oído bajaron dos finísimos párpados, hechos de la espalda que carga la

música, de los gritos que lanza la piedra que se ve desprovista de poros.

Y al llegar la agonía —San Pedro de la Nada— mi parte de atmósfera se asfixió al extraviar sus pulmones.

¿Alguien teme que me haga un espectro y en inversa razón a la lámpara me aparezca o me pierda en la alcoba? No lo sé; mas de pronto a mi cuerpo se le mira ciñendo un sudario (vestimenta inicial de fantasma).

Aunque ignoro si soy, fallecido, una parte (su entraña) del féretro, o al revés, si el cajón es la carne que me cubre, mi piel de madera, sé en verdad que la caja mortuoria —como lo es el ahogarse al pirata— se le abrió a mi fatiga canosa como un cofre que se halla colmado del tesoro sin fin de la nada.

Se eterniza en mis ojos —que pierden el sentido— la póstuma imagen,  
la mirada que al último anduve,  
y en que no parpadeaba ya el tiempo. Se diría que un cine detuvo  
su secuencia en un punto cualquiera, como un tiempo que cae de bruces,  
un presente en el cual descarrila su convoy impaciente el gerundio.

Plañideras sin voz y tan sólo  
sollozando su luz insistente,  
a mi orilla se ven, *desvelándose*, grandes cirios que me hacen la guardia. En sus tazas, los deudos dan sorbos, al sentir cabecear su tristeza,  
del ardiente dulzor de su luto,  
al que niegan la luz condensada  
que pudiera rendirles al sueño.

Más allá de mi cuerpo se agita  
el dolor de mis deudos, el réquiem elevado a mis células muertas.  
De este lado del cuerpo, la Atlántida de mi pulso, anestesia sin límites y mi tacto por fin de molido. Más allá de mi caja, se mira que el dolor ha encallado en el llanto; mas también, merodeando mis restos, los chacales del morbo que viven de mi propio cadáver. Me amputan mis amigos, defectos, errores, mi conducta dudosa y cada uno se dispone a llorar a la margen del engaño inventado por ellos.

Cuando fui desterrado a la tierra, cuando fui yo a mi Nada Promisa,  
y empezó a agusanarse de olvidos  
mi recuerdo en la mente del prójimo, con el  
fango, también me cayeron paletadas de frases  
luctuosas, y ante todos se fue bosquejando de  
saliva una espléndida estatua.

Y lo mismo que son los gusanos a la carne, serán los olvidos al  
recuerdo y sus ruinas futuras. Mas también los gusanos hincaron su  
apetito en algunas metáforas que se hallaban aún en mi frente. Y el  
final de un poema fue a dar a la cueva voraz de una larva.

Fallecí sin testar, de propósito, porque cuál de mis  
deudos querría escuchar: a mi hermano destino mis  
mejores imágenes; lego  
a mis hijos los versos pareados y a mis padres  
letrillas y coplas. Además, si algo tengo en un  
Banco es mi cuenta de sueños corrientes.

Un yo póstumo siempre sería  
si mi ser reencarnara en memoria (monumento de adobes mentales) y  
no fuese de grietas cargado como red con que pesca la amnesia  
aleteantes vocablos eternos; pero cómo ignorar el segundo en que todo  
cronómetro sufra un infarto de polvo y arroje los jirones de ser que me  
resten a la fosa común del olvido.

**AQUÍ, CON MIS HERMANOS**

Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los  
[sesos. . .

Manuscrito Anónimo de Tlatelolco (1528).

Para Ramón Martínez Ocaranza.

1

QUIERO hojear el pasado de mi patria  
a través de los siglos y advertir  
que sufrieron en este mismo valle  
—hablará por mi raza la materia—,  
los más distintos pueblos y culturas,  
como recolectados por los dioses  
en su gran variedad de estados de alma.  
Religiones al margen de la pila  
bautismal y su charco precedente  
—reliquia que alguien trajo al Nuevo Mundo—  
del Jordán que bañaba otras creencias.  
De la belleza fósiles, se yerguen  
(como si se encontrase recobrando  
el país la memoria en varias zonas)  
las ruinas, templos e ídolos de un mundo,  
con vocación de Atlántida, perdido.

Si cerramos los ojos y le damos  
carta abierta al espíritu, es posible  
adivinar la vida cotidiana  
de esa gente, la guerra dicha en náhuatl  
o tarascó, la muerte dicha en hombre;  
el tianquis rebovente de productos:  
el águila cazada diestramente  
con todo y su mirar a vuelo de ave;  
los huevos de rapiña de los buitres;  
la enconchada tortugaprevisora  
de que el cielo averiado decidiera  
la precipitación de un aerolito;  
la fresca succulencia de la trucha,

de sí misma pregón en el mercado,  
que arrancaba de golpe las espigas  
a toda indiferencia inapetente.

Si cerramos los ojos, entrevemos  
también el campesino que confía,  
semillando esperanzas en la gleba,  
que Tlaloc Labrador sea propicio  
y la fruta se abrigue con la cáscara  
del gusto colectivo apenas abre  
su alacena de almíbar.

A pesar del cacao, la mazorca,  
la vainilla que juzgan los pulmones  
atmósfera quizás del paraíso,  
el aire en su mejor estado de ánimo;  
a pesar de sus trenos, su *icnocuicatl*,  
las lágrimas aztecas en el rostro  
de aquel al que obligaron a calzar  
dos tercetos de Dante,  
o del pulque curado de tristeza;  
pese a la chirimoya  
—como seda que sabe a lo que siempre  
si tuviera sabor, ella sabría—  
a pesar de los templos y palacios,  
del muestrario sin fin de cajas fuertes  
que esconden sorprendentes ademanes  
de tenochcas, mixtecas, otomíes,  
donde el dios principal, el rey de reyes,  
era la geometría;  
pese a los brazaletes y collares  
de perlas o ensartadas burbujas de la leche,  
era un pueblo que estaba  
en la primera infancia de sus siglos,  
en la cuna aritmética de un tramo  
con las arcas pletóricas de rumbos  
hacia el futuro abiertos, en contraste  
con las huellas, el ábaco  
que hacía a la memoria  
aprender a contar lo que en un punto  
se es ido y acabado.

¿El caballero tigre qué podía,  
con sus uñas y dientes, con su cuento  
de terror, frente al trote

del blindado corcel que se internaba,  
tomando su pastura de kilómetros,  
desde la humeante forma en que las naves  
reafirmaron el mar, hasta el objeto  
tras el que su ambición, rica en kilates,  
corría desbocada? ¿Qué podía  
la inocente defensa del indígena  
(la flecha que cargaba, de veneno,  
su extremo acicular únicamente)  
contra los arcabuces europeos  
que cambiaban la pólvora por sangre,  
como espejos por oro,  
o contra las espadas que al blandir  
la más monstruosa, tosca manecilla de tiempo, convertían  
toda diestra en siniestra?

Fueron el sacrificio y la barbarie  
—arrancar corazones de los pechos,  
pero antes desprenderle al corazón  
la serie amedrentada de latidos—  
deshechos por la tropa y aplastados  
por esa extraña máquina que empleaba  
sangre por combustible para andar.

Venía el español,  
con un Cristo ceceante y con un Ángelus  
rezado en cante jondo.

Soltaba desde un púlpito su incienso  
mientras citaba al oro y a la plata  
a sus bolsas de azufre.

Pulsó la idolatría  
con la misma mirada con que el hombre  
arroja hacia el pretérito los simios  
hasta hacer que se queden de la cola  
de su genealogía, suspendidos  
de una rama distinta;  
olvidando a su Cristo  
cuando le lastimaban algún puño  
velozmente mostraba siempre el otro.  
Con fardos atestados de medievo,  
frente al miope salvaje presumía  
de sus ojos feudales, que le daban  
sin duda más hectáreas de horizonte.

## II

CON vitrales que adentran al rebaño  
pastorales de luz, con el granito  
que encarna ya en las cúpulas el grito  
del hombre al que le duele su tamaño;

con piedras apiñadas en peldaño  
tratando de decir el infinito,  
con pilas en que cruza aire bendito  
cuando están llenas sólo de su engaño;  
la catedral reposa en los escombros  
de un pretérito que hoy carga en los hombros  
los adobes tenochcas bautizados:

pero la arqueología del misterio  
hallará, al escarbar, el cementerio  
de dioses con los pies carbonizados.

## III

TODA una galería de virreyes,  
como una exposición de enfermedades,  
se adueñó de la rosa de los vientos  
manuable del timón, mientras la nave  
cortaba en dos el mar de la colonia.

Cada uno se creía

viejo lobo de sal para el que el viaje  
más largo era un cordero inofensivo;  
mas llevaba la nave hacia el naufragio  
sin poseer más costa en su esperanza  
que arenas movedizas.

Navegaba en verdad hacia Dolores  
donde recién nacida se escuchaba,  
llorosa de campanas, la insurgencia.

De las Casas, Zumárraga, Sahagún,  
pensando en su Maestro, recordaron  
que Cristo poseyó como primeros  
apóstoles sus manos.

Pretendían que el indio y sus recientes

conquistadores fueran  
a un tiempo al cristianismo convertidos.  
Su lucha: devolver a sus hermanos  
la humana calidad que les había  
saqueado el invasor, hasta dejarlos  
a una razón rebelde  
de poder confundirse con las bestias.

Tata Vasco hasta fue la primera  
de un pueblo donde orfebres y mineros  
y el que siembra preguntas  
para colmar después con las respuestas  
los huecos del frutero o los vergeles  
de los más exigentes apetitos,  
tuvieron que pagar  
los diezmos y primicias  
de una cuota de amor para su prójimo.

Pero la inquisición alzó cabeza  
y dejó que corriese  
el rugir en latín de sus dictámenes:  
mandó que se formaran  
multitud de pequeños calabozos  
donde cupiesen sólo los cerebros,  
o levantar sus piras ortodoxas  
creyendo erróneamente que es posible  
disuadir pensamientos, reducirlos  
a un poco de ceniza con jaqueca.

Cuando abusa de la india el español,  
cuando España con México se acuesta,  
el placer ya es mestizo.  
Y lo cortés no quita lo cuauhtémoc.

El carcelero hispano vio a su preso  
fugarse de la cárcel, con la llave  
en llamas de la lucha  
que, tras de abrir el fuego al enemigo,  
le cerró todo paso a la corona.

Y se volvió a tomar al mar en serio.

Hidalgo del amor por otra patria,  
allende los deseos libertarios,  
cada vez fue el enojo más violento  
hasta hacer un guerrero del rebelde.

Fueron los insurgen tes entregá ndose  
su verdad de relevos, su incansable  
cora zón, en el pech o tran sfor mado  
en una tropa entera de latidos.

Cometieron errores, y sus manos  
barajaron algunos ademanes  
vacilantes, confusos  
que llegaron a estar agusanados  
por cierta timidez, indecisión  
en que al tender los dedos a un propósito,  
vivían el muñón de su impotencia;  
pero, sin arredrarse,  
a la historia alistaron en las filas  
de la tropa insurgente y se ciñeron  
por sandalias dos veces  
el vocablo adelante.

En el sitio de Cuautla, el enemigo  
logró cantar victoria  
cuando estaban pletóricas tan sólo  
las bodegas del hambre. Y el soldado  
(tras de que el heroísmo fue el pan nuestro  
de todos los segundos) des per tó  
del sueño de mamón, hasta la sue la  
con la que se camina en la vigilia.

#### IV

EN medio del silencio, el de repente  
del grillo. Y en las aguas, el anzu elo  
en que pican los ojos y el anhelo de hallarse en alto *lago*  
barcamente.

Hay en Chapultepec (en un ambiente  
recóndito, sin luz) bocas en celo,  
manos que están a tientas al deshiero  
del doncello pudor adolescente.

Al sentir la ciudad el verde lampo que interrumpe su estrépito, le  
place tener por corazón un día de campo.

Sólo un viento invasor se le encarama, lo pone a recordar y al aire le  
hace todas las hojas-héroes de la rama.

JUÁREZ resucitó las manos muertas e hizo que abandonaran su sepulcro de millares de hectáreas; mas la Iglesia halló en el mismo Banco donde Judas invirtió sus dineros, el subsidio para alzar, en el campo de batalla, la cosecha más pródiga de sangre. Mas entonces la tierra concentrada fue a dar a vivas manos. Y hubo Estados que algunos consiguieron encerrar en una de las bolsas de su traje, mientras, latifundistas de las almas, en tiendas especiales, mantenían a raya a sus esclavos.

Aunque el francés halló con Zaragoza, la horma de su mal paso, pudo abrirle las puertas al monarca que traía una doble locura: la de ser emperador de México y aquella que se hallaba amasándole a su esposa el cerebro hasta darle las más raras formas imaginables.

Cada una de las tropas no entendía el lenguaje que la otra utilizaba: las dos para entenderse echaron lengua del violento esperanto de la pólvora.

Al ser Maximiliano fusilado por órdenes de Juárez, sonó la hora de pasar por las armas todo intento de una nueva conquista, y buscarle la sien a tal idea sin brindarle más gracia que la bala final, tras el tiro y aparte precedente.

En el centro del Bosque, a partir de ese día, se vislumbra un Castillo amueblado de fantasmas.

Como fue el dos de abril un gran caudillo —que envolvió su estrategia en la bandera blanca del enemigo las condecoraciones le pendían como gotas de sol de todo el pecho, por toda distinción acríbilado. Ascendió por los triunfos, los peldaños que se deben salvar para ubicarse sobre ese pedestal donde la muerte se encuentra maniatada por la gloria. Mas presidente ya, se le subieron las copas de poder, e imaginaba que también era el tiempo su vasallo, tras de gozar el cielo por seis lustros.

Después de Cananea, Río Blanco

y del puño que es siempre la primera piedra de la conciencia proletaria, se soltó, incontenible, trazando sus trayectos serpentinos, la fiesta de las balas.

Y la muerte  
le buscaba a los máuseres el pecho  
para condecorarlos.

## VI

AL igual que Obregón y que Carranza,  
Madero fue un catrín, y aunque sus manos  
se hallaban enmieladas  
de buenas intenciones, carecía  
de las hectáreas de ánimo esenciales  
para la comprensión del campesino,  
como si hubiera sido el habitante  
siempre de una ciudad amurallada.  
Era como esa gente que imagina  
apuntalar el orden que se agrieta,  
con la estaca de un sueño.  
Ni siquiera al principio se atrevía  
a insinuar el más débil *Ipiranga*.

En cambio era Zapata  
un puñado de polvo enamorado.  
Y la eterna fijeza de sus ojos  
no era sino el vehículo elocuente  
para la idea fija  
de que todos los sueños de Madero,  
Carranza o cualquier otro, de un gobierno  
fincado solamente en el sufragio,  
se vendrán siempre a tierra...

## VII

ERAN la Valentina y la Adelita  
un par de soldaduras  
a quienes las guitarras y sus hilos  
telegráficos daban  
el don de ubicuidad.

En cualquier campamento,

cuando estaban rendidos a la siesta  
los fatigados rifles, las mujeres  
tendían las tortillas, les marcaban  
las líneas de la vida en ambos lados.  
Para servir de fondo a tantas lunas  
usaban un comal anochecido.  
Y el soplador tenía el movimiento  
de un rostro que negaba  
la existencia del frío en la tortilla,  
del frío reaccionario.

## VIII

AL volverse una cárcel todo México,  
fundó Flores Magón —el único héroe  
a la altura del arte proletario—  
su fábrica de llaves y su escuela  
de dignidad armada,  
de amor en pie de lucha,  
de conciencia naciente que utiliza  
jirones de overol como pañales.

Después de haber llevado el aguardiente  
a sentarse en la silla  
presidencial, las manos  
se repasaba Huerta comprendiendo  
que una decena trágica cargaban.

Contra el usurpador, el campesino  
de nueva mecha abrió las explosiones  
y hoguero los espíritus alzando  
los gatillos patrióticos dormidos.  
Los revolucionarios combatieron  
el poder emanado  
del sufragio efectivo de la pólvora  
y el tiro de desgracia  
que en el charco de infamias  
decía que el poder ejecutivo  
se encontraba del lado de la muerte.

Con Obregón y Calles, ya la cinta  
presidencial se había convertido  
en la mitad civil de una canana.  
Mas su jacobinismo troglodita  
provocó la cruzada de huaraches,

hombres que iban tan sólo a la refriega  
cuando sus cantimploras se encontraban  
llenas de agua bendita.

Cárdenas añadió nuevas estrofas  
—sin redactar aún— al himno patrio.  
Fomentó el sentimiento de lo nuestro,  
cuando expropió —apretando la mordida  
del águila en la piel de la serpiente —  
los pozos petroleros del espíritu.  
Rechazó la actitud del demagogo  
que pone a venta México  
tara reando el Huapango de Moncayo;  
y cambió la tenencia del oxígeno  
hasta hacer que no viva ya el labriego  
allá en el rancho grande, donde siempre  
había una rancherita  
pasada por las armas amorosas  
del patrón de la hacienda.

Pero en tiempos de Cárdenas  
tomaron el poder las chimeneas,  
y el smog, en pañales, comenzó  
a mostrarnos la alquimia  
que transmuta el carbón deshilachado  
del humo por el oro.  
Y entonces, donde quiera, aparecieron  
las más doradas cunas —el embrión  
del palacio que forman  
adobes aristócratas—  
para nacer ahí la iniciativa  
privada de sentido humanitario.

A través de los siglos se precisa  
reconocer a México.  
Mas hay que hacer conciencia:  
nunca haremos su historia  
con sólo concertar nuestros relojes  
en la hora nacional, en donde el águila  
y la serpiente bailan el minué  
de la cursilería,  
o el cantante ranchero va poniéndonos  
la carne de gallina, frente al gallo  
que dice su inminencia en todo instante.

## IX

Un niño corre  
arrastrando una lágrima.

Blas de Otero.  
y el overol azul del cielo...  
Novo.

Yo nací al term<sup>i</sup>nar los años veinte.  
Vi la luz a la sombra del caudillo.  
Y por lo que conozco, quiero aquí  
aullar estos poemas a la luna.

No quiero alzar mi canto  
a la patria impecable, entre algodones,  
sin una sola errata chovinista  
ni el pecado bilingüe que cargaba  
Malinche entre sus piernas.

Voy a aguzar mi lengua en alaridos  
preñados francamente  
de mi cabrona patria, mi caraja.

La patria que nos dejan los de arriba,  
la que, de pabellón, tiene un harapo  
—como el traje preciso de un leproso—  
y un buitres que devora,  
sobre un corral de tunas,  
la lombriz, el renglón  
donde el sistema actual escribe el asco.

Prefiero la verdad, la desvergüenza,  
la que, con el cinismo, se desnuda  
hasta la carne viva.

¡Qué pequeña Grandeza Mexicana  
(ciudad de los palacios y pocilgas) aquella que descubre,  
en medio del rebaño de tugurios,  
hombres que tienen frío hasta en sus piojos, mientras está su entraña,  
sus órganos internos tiritando!

Y si somos testigos  
de México a través de sus angustias  
—no cronistas que estén versificando  
la realidad presente con los ripios

de la acomodaticia tinta empleada—  
vemos que Jaramillo  
muere zapatamente en el lugar  
que habita la ignominia,  
como pródigo infante de la tierra  
que torna hacia la madre.  
Vallejo y mi amadísimo Revueltas  
se encuentran en los sótanos de México,  
allá en el almacén en donde el régimen  
arroja la salud y la hace víctima  
del claustro, del más lento  
verdugo imaginado por los hombres.  
Genaro ha sucumbido. Pero se halla  
en la misma guerrilla de ultratumba  
de Emiliano y Rubén, en la guerrilla  
que se encuentra expropiando nuevamente  
la indecisión privada del labriego  
hasta formar comunas de venganza.

¿Cómo olvidar que a fines del cincuenta  
se le descarriló al sistema un día  
su mayor sindicato,  
que vistió la esperanza de overoles,  
e hizo que los martillos  
miraran a las hoces de reajo?

¿Cómo olvidar que ayer,  
cuando México obtuvo  
su medalla en masacres,  
tuvo lugar un mitin,  
una concentración de niños héroes,  
que se volvió de pronto una asamblea  
de balas, de quejidos y silencios,  
en que al final la sangre solamente  
tomaba la palabra?

¿Y olvidar el desquicio calendario  
que en el año primero del setenta,  
levantó nuevamente, en pleno junio,  
entre el nueve y el once, el dos de octubre  
mientras entraba en tratos la sorpresa  
con los sepultureros?

Oh mi patria cabrona: ya mi pueblo  
comienza a desconfiar, porque comprende  
que resulta imposible mantener  
perpetuas catedrales de confianza  
a la mitad de un zócalo de dudas.

## EL QUÍNTUPLE BALAR DE MIS SENTIDOS

Para Luis Mendoza Bolio

### I

*Con los ojos a cuestas.*

Por la tarde vendrá Claude Monet  
a comer cosas azules y eléctricas.

Pellicer.

H AY hombres que se encogen hasta ser solamente una mirada. Con sus ojos a cuestas, si una flor enfrente de ellos envejece, si sufre un corto circuito vegetal, guardan luto de párpados cerrados.

Los vuelven a abrir cuando el azul hace de las suyas en el cielo o sienten pasar de corto un floribrí aleteando su amnesia de raíces. Son hombres a los que nada indigna más que imaginarse al coleccionista de mariposas en la faena de clavar la muerte en sus miradas de lujo.

Ruysdael o Velasco son sus días de campo, la forma de paisaje que su alma asume a veces. Y cuando al término de la exposición de picassos, utrillos o riveras aparece la puerta de salida, están seguros de que tras los fuegos de artificio torna a imperar la noche.

Son los mismos que, al acabar un ocaso que luciera el mejor de los elencos, corren a que se les haga un tatuaje del crepúsculo en el pecho.

Saben que ver bien es problema, no del oculista, sino de los pintores. Confiesan que antes de gozar a una mujer, con viene, para abrir ojos, tenérselas que ver con la Maja de Goya. No ignoran que hay quienes, casi tan miopes como esas manos que sólo alcanzan a tocar su propio tacto, tienen miradas-Murillo, y quienes, educados en las "Escuelas para linceos" de las exposiciones han conquistado ya miradas-Greco.

Aman ver, en el ballet, cómo grita el escenario la belleza de

puntas, y guardan, para lo demás, una ceguera desorbitada.

Temen perder la vista con los años. Vivir —han comprendido— es ascender, ascender hasta arribar al mal de montaña de la vejez. Temen que los ojos sean presa de la larva de la ceguera, que adelanta el más allá compuesto de gusanos y coloca frente a las pupilas enfermizos van goghs y tintoretos, tamayos que han perdido ya su torre al jugar con la sombra.

Rehuyen los cardillos ojicidas, temerosos de hallarse condenados a hurgar siempre las entrañas de un lobo; pero saben que hay ciertas luces —ojos que incomodan, miradas-laser, portazos anímicos— que sólo dejan de molestar si se llevan puestos lentes oscuros, ceguera.

Saben que en un mal pintor el lienzo es el sustantivo y la pintura un accidente; pero no olvidan que al color, hecho de tierra, el gran artista le dice antes de emplearlo: "polvo eres y en cielo te convertirás".

## II

### *Los juegos de la atmósfera.*

HAY quien lleva a pasear al jardín, más que a sus ojos u oídos, a su olfato. Sale en persecución de las flores erizadas de perfume y desdeña las que se encuentran calvas de aroma, aunque, en su refulgencia, hayan dejado anémicas ignoro qué paletas de pintor.

Sus amores: aspirar los eucaliptos que se adueñan del ambiente hasta dejar sin claros de fragancia el bosque; retener en el tórax un instante la selva en su conjunto o advertir sobre el ocote, aunque se halle apagado, una perfumareda que se yergue.

De vuelta ya a su casa le encanta que lo salga a recibir la esencia espiritual de la vainilla, que llena de su postre atmosférico los aires; y se queda fascinado cuando puede mordisquear el olor de pan caliente o cuando una gota de perfume se esparce por la alcoba de toda su capacidad de goce.

¿Y sus odios? A su olfato le mortifica el amoníaco y su aroma estridente, las probetas que ensayan inéditos olores, flores que se marchitan con todo y olor, "perfumes" que ponen en las sienas la corona de espinas de la jaqueca y ese olor que es el único fantasma que se levanta siempre del cadáver.

### III

#### *Catador de alegrías.*

Todo gazzate está con mal de gota... Quevedo.

HAY quien hace su religión bajo la cúpula del paladar, y busca que en el barco ebrio se le reserve un camarote.

Catador de alegrías, descorcha la embriaguez. Da rienda suelta al gusto añejo por el vino tinto que sabe al primer ocaso del que fueron testigos Adán y Eva, a la pieza de música que Van Gogh hubiera escrito o a la posibilidad de suicidarse en el infierno.

Si come una merluza, o pulpos en su noche, les da, de compañía, el vino blanco, segundo mar del pez o los moluscos. Si ingiere la ensalada y su gota de selva comestible, le da, como pareja, esa sangre liviana del rosado.

Envidia al sacerdote que cuida en su viñedo las uvas (o novicias del futuro vino de la parroquia) que, al rosario de sorbos terminan por hacerle que se le suba el cielo.

Descorcha la embriaguez, sin acordarse de la cruda de cada oído. Le da por la franqueza y en palabras el alma se le astilla. Aletea palmadas en los hombros de todos sus afectos y en ocasiones larga el pájaro del júbilo a picotear la axila de la muchacha adusta; desliza sus caricias, rápidas y nerviosas, que van, en militancia reservada, en busca de unos senos, hasta que las paredes de la orgía amanezcan de tacto salpicadas.

Si gusta del merengue, de los trozos de espuma que el mar hace de azúcar, si de la gelatina, que tiembla incertidumbres de estatua sin reposo; si gusta de la nata, remanso de lo líquido, y del infierno celestial del chile. Si ama estrenar el día con un café con leche, mestizo, entre los labios o el sabor agridulce, de naranja, que tienen los primeros momentos matutinos, nada le gusta más que apurar el alcohol y sentir en el cráneo que todos los deseos rompen fila.

Descorcha la embriaguez, sin acordarse de la cruda de ser que habrá mañana. Algo quiere olvidar —un amor, una duda— sin advertir que siempre la memoria, en medio del placer, resulta abstemia.

## I V

### *La música y el silencio de las esferas.*

H Ay quien es todo oídos. Y gusta, en la mañana, ser tes tigo del concierto en sol mayor del día que amanece, mientras la madrugada sintoniza un gallo que dispara sus raudales de luz contra la noche. O prestar atención a ese *rubato* que sobrecoge al tranquilo riachuelo en un declive, cuando la catarata mira sobre su hombro de orquesta al clavecín pretérito en que andaba.

Es el que, cuando una bella voz enmudece, sabe que da lugar a un silencio desafinado; pero también que podrían ofrecerse recitales a base de los silencios que nacen al esfumarse los ruidos.

Le repugnan los gises que escriben en falsete los chirridos que surcan la pizarra de su irritación.

Pero le place recoger los caracoles (grabadoras del mar) y comparar las diferencias en que lo interpretan los distintos océanos. Tiene un oído tan refinado que gusta sobre todo de ese apócope de la orquesta que es el cuarteto de cuerdas. En fin, su finísimo oído se deleita con el ápice de Euterpe de cualquier caja de música en que una canción de cuna es la pieza adecuada para mecer su propia miniatura.

Sabe que Bach fue el primer ataque serio contra la sordera del hombre.

## V

### *El tacto a la mano*

"¡Venturoso el villano que tal agosto ha  
hecho del trigo de tu pecho!"

Lope de Vega.

LA soltería en el lecho esboza las caricias en extraños ademanes. Se sufre la impotencia sexual del ausentarse la mujer amada. Insensible, sin el tacto a la mano, él siente que, en tal partida, ella su piel entera se ha llevado para dejarle sólo carne viva, recuerdo.

Aunque está contra la corrupción —trata de albinas, besos leporinos, peregrinaciones a la tumba del Marqués de Sade— sabe que carga en la bolsa los doscientos pesos de una buena epidermis; pero no desconoce que su cama, cuando la amada se halla ausente, no puede calentarse ni atizándole con otros cuerpos.

Recuerda cuando arrellenaba su sien en los lugares más cómodos de ella, cuando dejaba que la frente se le fuera a pique en su regazo.

Cuando en el beso hallaba la semilla de dulcísimos insomnios sin un solo gallo de inquietud, cuando ella se devanaba los senos por complacerlo.

Dice: "quiero volver a besarte a quemarropa, acariciarte a matar. Quiero que se durazne tu cutis a mi tacto, y que sólo tú seas quien conozca las obras completas de mi lujuria".

Sueña reanudar el diálogo para espigar aquellas palabras que llevaban siempre un beso como última letra. Nada quiere de amores platónicos, sólo besos contantes y sonantes.

No puede olvidar que cuando ella estaba a punto de desnudarse, él decía: ¡ojos a la obra! Ni tampoco sus senos embarazados de llamadas al tacto, sus piernas que hacen del celibato un manicomio o sus caderas que se mueven ya en la cuna del niño que podrían concebir. Al arroparle, entonces, la pasión, recuerda la vez primera: su amor a primera boca.

## V I

### *El reloj del cielo,*

CADA sentido acarrea su cuota de placer hacia la orgía, Cada sentido busca su propio orgasmo. La bacanal es la hora—dada por un cucú degenerado— en que se abren las puertas de todas las jaulas. Los cinco sentidos embriagados se suben a la azotea del mareo.

El placer tiene de pronto el don de ubicuidad. En el ambiente: globos que retienen la respiración hasta volverse rojos. La rueda de confeti y su segundo circular eterno. Efímeras galaxias de Bengala. Serpentina que cruzan por el aire como lianas del jardín en cuatro patas de la selva.

Cada hombre pone sus cinco sentidos en tocar a la mujer más próxima. Cómo seguir siendo monógamo si se tienen cinco sentidos.

## V I I

### *Dos cuerpos conjugando el verbo amar.*

¡ Qué bello oficio el tuyo, de desvestirte y alumbrar la  
sala!  
Sabines.

M AS para llegar al goce humano, hay que amaestrar la orgía y alfabetizar los sentidos. Llevar hasta el corral del intelecto la manada de instintos. Ponerle a los gruñidos el callejón sin salida del bozal. Convertir el placer en diferencia con las bestias, porque no es lo mismo retozar en el césped cuando el reloj del cielo da la carne, que

encontrar en el lecho, cuando se pierden nuestros límites, la primera palabra que dice el infinito.

## VIII

### *La carne de San Esteban.*

PERO frente a la orgía, está el martirio. Las torturas en carne el racimo de pruebas racionales que un dios podría dar de la inexistencia del hombre. El dolor de la tortura, con su corte de aullidos, sólo puede abdicar a favor de la muerte. Entonces, hasta el peor de los venenos tendría recibimientos de manjar. Vidrio molido o cicuta serían ternas llaves, espe ranzas tintineando en el llavero. Nadie puede amputar los testículos eternos del luchador castrado.

TRES COMPARTIMIENTOS  
DEL ESPÍRITU

FRUTOS DE AGRIDULZURA

1

*En el odisiato.*

CADA quien respira su escorpión en la atmósfera.

2

*Sin pelos en la pluma.*

El que no suelta lo que piensa se queda chupando  
el sabor iracundo de lo amargo.

3

*Misantropía*

A veces procuro que se me vean  
mis puños de pocos amigos.

4

*Yo, este terrorista.*

El peligro vendrá  
cuando le halle el gatillo a esta mentada de madre.

5

*Doctor honoris causa en las ponzoñas.*

Por odiaación espontánea llega un puñal a mi mano.

6

*Romanticismo.*

Ante la posibilidad de perderte  
tengo la carne en un hilo

Amor, qué bien puestos se hallan  
mis pies en el aire

Mas te encuentras condenado a muerte:  
Tienes los besos contados

Me surgió sin embargo  
un amor a última vista.

7

Si llegas a alterarte... , yo dispongo  
del becuadro de un beso.

8

*Incertidumbre.*

Es que es un alma de dos filos.

9

*Pornografía.*

No se me fue una sola de tus células.

10

*Por favor.*

No te pongas ya tus moños de castidad.

1 1

*Imprevisión*

No esperé nunca  
el golpe bajo de esa mirada.

12

Al verme tan frágil, sabes  
que si yo me recibiera  
en mis estudios, sería  
de Licenciado Vidriera.

1 3

*Puntos suspensivos.*

El peligro de naufragio  
sobreviene en alta lágrima

Y me quedo perplejo  
sin una decisión pavimentada

Mejor, reconciliémonos.  
Borrón y boca nueva.

# CARTA DE NAVEGACION

## I

EL hombre  
no ignora  
que en el punto exacto  
donde se bifurca  
su senda,  
levanta  
su choza  
la angustia.

Escribo  
del hombre,  
el salón de espera  
del polvo,  
del hombre  
que carga  
neuronas  
de duda  
sobre la corteza  
de su pensamiento.

Pero si tomamos  
del suelo un guijarro,  
sentimos  
compactarse en él  
la amnesia  
de todas  
las encrucijadas  
y que entre sus poros  
no hay uno  
que sea,  
la oficina  
central de los cinco  
sentidos.

Hay días  
de arbitrarias flores,  
y veces

en que,  
si el sol no existiera,  
podría  
decirse  
que las altas horas  
nocturnas  
—ca ns ad as  
de l l a r g o  
metraje  
de su oscuridad—  
*deciden*  
la aurora.

Si no hubiera rayos,  
también se diría  
que el cielo nocturno  
opta por el alba,  
por el gallo rápido  
de un día imprevisto,  
cuando, sin la luna,  
todo es un convoy  
de ruedas abúlicas  
en medio del túnel.  
Pero existe el sol  
y también los rayos:  
la materia exhala,  
en su eternamente  
renovada Biblia,  
su *fiat lux* de todos  
los días:  
manjar de fotones  
que al ojo embarnece  
hasta que lo deja  
ya desorbitado.

En redor, las cosas  
se mueven  
en la línea recta  
que frente a ellas traza  
la ley con su dedo  
para hipnotizarles  
la menor idea  
de que se desvíen.

Cierto que las bestias  
caminan  
por impulso propio:

cierto que a mi perro  
lo atraigo a mi lado  
con la aguda liana  
que lanza el silbido.  
Muy cierto  
que los camarones  
nunca se distraen  
pues saben  
que, con pestañear,  
hacen que conciba  
grandes esperanzas  
la corriente. Ciertamente  
que los simios  
tienen un semáforo  
vegetal:  
se paran,  
si ven  
que el manzano enciende  
su fruto  
y pasan  
de largo  
cuando lo hallan verde. Mas la voluntad en ellos  
se encuentra  
tan sólo en esbozo, se la halla  
tan en su prehistoria  
que no hay quien pretenda dictarle  
normas de conducta al pez que se siente, dentro de la  
ausencia de reales  
opciones,  
cual pez en el agua, o al burro  
que rebuzna el grado preciso  
que en la evolución de los animales  
le está reservado.  
Es verdad que el hombre (que puede  
dar en su trayecto un talón de Aquiles en falso)  
con frecuencia lleva al pie los cordones de una  
encrucijada.

Mas aunque el motín a bordo  
de sus sentimientos,  
le estruende en el alma, su timón a veces  
tiene que asumir, una línea recta que avance  
sabiendo  
que las anteojeras hacen de un propósito la línea más  
corta  
que hay entre dos puntos.

Es falso que el hombre se encuentre al garete en  
medio del llanto (y esté a la deriva  
la aguja y su olfato de rumbos)  
porque hasta ese leño que deja el naufragio, trae a la  
esperanza como tripulante.

## II

EN la voluntad, de mástil, atar mi cuerpo debiera  
para poder resistir,  
del canto de las sirenas,  
ese mar de sentimientos  
que sus dos-formas-en-una necesariamente tienen  
que crear en quien lo escucha.

De qué me sirve tener (caballeriza de rumbos) en las manos esta  
brújula si los controles no asumo.

Como aguja en un pajar  
la voluntad en mí se halla,  
Atlántida personal  
al centro de un mar de lágrimas.

Hacer de mí lo que quieras  
tu llanto posibilita,  
en ese piélago acabo  
por ser hombre a la deriva.

Cuando sé que es tu caballo  
de Troya mi corazón,  
cuando hallarte significa  
que he perdido la razón,  
para prescindir de ti  
me tendré que sujetar  
una camisa de fuerza,  
de fuerza de voluntad.

## III

EL que la voluntad de pronto pierde  
es como el que una brújula ha extraviado

y asimismo, con ella,  
la posibilidad de descubrirla.

#### IV

PARLAMENTARIAMENTE,  
por medio del sufragio de cada una  
de las partes del cuerpo,  
no podrá salir la voluntad  
electa como jefe de gobierno  
de uno mismo.

Más bien se necesita  
que dé un golpe de estado  
y, con el corazón bajo sus plantas,  
aprenda sus primeros  
pasos de dictadura.

#### V

LA fuerza de voluntad  
es como un perro sabueso  
al que se le hubiera dado  
a olfatear el porvenir.

#### VI

EL indeciso ve cómo contrae  
la epidemia de glóbulos  
blancos su voluntad, la ve atacada  
por la fiebre incolora de la anemia.

Tendrá que definirse.

Puede ser derrotado  
y no poder domar ya ni a su sangre,  
u obligará a la fiera  
a dejarle a sus plantas de domador  
los últimos rugidos.

Vence la voluntad  
cuando el látigo gruñe  
más vigorosamente que las bestias.

# NEURONERÍAS

Y de tanto pensar, no tengo boca.

Vallejo.

1

MÁS vale Heráclito en mano  
que Parménides volando.

2

Jenófanes halló  
que las deidades calzan pies de barro,  
pies que están por su propia zancadilla  
acompañados siempre.

3

Imposible dormir, tras el pirrónico  
infarto que sufriera  
mi dogma de la guarda.

4

*Neoplatónica.*  
¿Será de Platón tal vez  
Plotino la primera emanación?

5

El que a buen árbol de Porfirio se arrima  
buena lógica lo cobija.

6

Regla sin excepciones:  
cuando está toda Iglesia discutiendo  
con su Giordano Bruno, siempre acaba  
argumentando hogueras...

7

No es posible engañarse: en el dualismo  
de Renato Descartes,  
la sustancia pensante,  
que no la corporal, es la que lleva

siempre los pantalones.

8

Spinoza logró ver,  
a vuelo de sustancia,  
la identidad del cuerpo y el espíritu

9

El único defecto  
de la filosofía de Leibniz,  
oh Pangloss,  
es que las mónadas,  
no pueden celebrar haber construido  
el mejor de los mundos posibles,  
echando la casa por las ventanas.

10

Berkeley  
acabó considerando la miopía  
como su metafísica.

11

*Agnosticismo.*

En David Hume, el sujeto  
y el objeto fueron víctimas  
del dramático destino  
de Abelardo y Eloísa.

12

Desde el comienzo mismo de su *Crítica*,  
pone Kant a bailar frente a nosotros  
su danza de abanicos al noúmeno.

13

A Kant, la cosa en sí  
(que aunque existe, resulta incognoscible)  
se le fue convirtiendo en cosa en no.

14

Kant diagnosticó  
el derrame cerebral que padecían  
todas las pruebas de la existencia  
de Dios.

15

¿Que cómo se precisa  
clasificar a Fichte?  
Es el iniciador del idealismo  
neurálgico, el momento en que se logra  
la jaqueca de sí absolutamente.

16

Tras de su juventud, en que *luciera*  
uno que otro ademán de Prometeo,  
se fue mirando en Schelling  
una filosofía ya encorvada,  
un súbito agrietarse de la lógica  
y por diversos flancos  
un desmoronamiento de neuronas...

17

Hegel, casi tan complejo como el mundo.

18

*Feuerbachiana.*

Hace mucho tiempo,  
como veinte siglos, que el hombre escogió  
convertirse en dios  
p a r a r e d i m i r  
finalmente al cielo.

19

Lógicamente, el filósofo  
materialista vulgar,

creo defender su doctrina  
con argumentos de peso  
y con ideas brillantes.

20

*Filosofía dialéctica.*

Espera da sol dad ura  
del eterno quebradero  
de cabeza.

21

Como la realidad , con el crepúsculo,  
con la sangre o un etcétera de cosas  
donde encarna el color de carne viva,  
le hablaba rojamente a su sensorio,  
Husserl quiso embestir la utilizando  
los cuernos de un paréntesis.

22

*Orteguiana.*

Tú eres tú y mi circunstancia.

23

Entre los yerros lógicos mayores,  
junto a las peticiones de principio,  
los sofismas que dan gato por liebre  
o los paralogismos, sobresale  
el círculo vicioso  
de Viena.

## ARISTOTÉLICA

**TE** amo con los principios esenciales  
que aprendí de la lógica: primero,  
con el de *identidad*: en ti me espero,  
y salgo a despedirme cuando sales.

Después, como seguimos desiguales  
no obstante ser idénticos, prefiero  
marchar paz en el hombro, porque quiero  
la *no contradicción* a ser rivales.

Con un *tercero excluido*, nuestro pacto:  
quiero ser el *señor*, el que detente  
el total monopolio de tu tacto.

Pero los más perfectos silogismos  
no podrán disfrazar nunca a mi mente  
este ilógico amor en que vivimos.

EN CIERTO GRIS SENTIDO

I

*Preludio a la palabra.*

CUANDO cumpla la luz su mayoría de edad en el  
deslumbramiento, y en su incendio madure la  
impotencia del agua;  
cuando extiendan los rayos su infinito canario incandescente  
y a su lado la antigua luz del cirio,  
desvelando lecturas todavía,  
termine en resplandor, luz demacrada,  
niebla con antifaz de rayos pobres,  
será entonces momento de recitar el río  
y aprender de memoria los mejores crepúsculos,  
me pondré a deletrear  
las frases que, ordenadas, constituyen la tarde,  
reviviré la rima  
—la música de cámara del verso  
para iniciar el índice  
y saber en qué páginas  
el silencio por fin fue derrotado.

Cuando sepamos la hora  
por la gradual ceguera en que caemos,  
y extravíen los ojos  
sus alas poco a poco en lo invisible  
hasta identificarse con su jaula,  
cuando, expropiando leguas de horizonte,  
las tinieblas enluten la mirada,  
frente al espacio muerto,  
y la noche no admita la más débil  
infracción de luciérnagas,  
será entonces la hora  
de tomar la palabra  
para decir los labios de los versos,  
mostrar mi colección de consonantes

y escribir un poema como el viento  
del cual nunca he sabido  
si al correr se halla en verso o se halla en prosa.

Cuando el rayo de luz,  
con todo el siglo xx en las entrañas,  
ya no sepa llorar su propia muerte  
sobre algún candelabro envejecido.  
Cuando ya no podamos  
argüir una lámpara votiva  
con nuestra vacilante fe pasada.  
Cuando sea la luz tan vigorosa  
que el ojo se encandile  
y aunque tenga los párpados abiertos  
los tendrá al propio tiempo ya cerrados,  
será entonces el día  
de sustraer un hilo del tintero  
para hilarlo en la rueca  
y ahogar desde los versos  
la curva numerada de la muerte.

Cuando, al cerrar la luz, criemos los cuervos  
que nos saquen los ojos;  
cuando la sombra intacta al fin reniegue  
de todas sus estrellas,  
cuando el libro se apague  
con el punto final definitivo  
—y ensanchado a su noche irreversible—  
que es el cerrar las pastas;  
cuando oscurezcan todos los relojes,  
y aumente la estadística de amantes.  
Cuando sean los ojos que se cierran  
minúscula mazmorra en que me escondo,  
el sitio en que te ocultó hasta perderme,  
mi protección, mi noche de la guarda,  
y sean desterrados los relámpagos  
de todas las penumbra indecisas,  
habrá llegado entonces el minuto,  
después de amordazar los borradores,  
de tejer al poema la impudicia  
que abre en la piel sus poros,  
al unísono del hilado pudor de su vestido.

Cuando el rayo penetre la anochecida estancia  
para alterar el nombre de las cosas  
y traducir fantasmas en objetos;

cuando la luz eléctrica argumente  
que son ya provincianos los crepúsculos  
y el alba decorado de otro tiempo,  
y esculpa a voluntad, sobre la lámpara,  
todo el amanecer, la noche entera,  
habrá llegado entonces el momento  
de negarle al silencio voz y voto  
y soltarle las riendas a la tinta.

## II

### *La respuesta acosada.*

**LA** luz, hija del sol  
y pariente lejana de la luna  
¿es belleza que incendia los sentidos?  
¿pincel que pastorea los colores  
hacia el redil de formas, e imagina  
el sitio en que coinciden las mejores miradas ?  
¿El eco del insomnio que frente a la obra de arte  
prohíbe parpadear, quebrar el sueño

en un millar de astillas?  
La belleza ¿no es luz organizada?  
¿delirio de crayones?  
¿No son teas las manos de los mudos?  
¿Y la canción de un ciego  
la manera como abre una ventana?

O es la luz ¿la bondad que nos convence  
a leer entre líneas en cualquier enemigo  
la enturbiada presencia del hermano?  
¿que nos hace correr hacia las casas  
a encerrar las sonrisas infantiles  
en nuestra caja fuerte?  
La bondad, tan huidiza, con pies siempre dispuestos  
a sembrar soledades a su espalda,  
¿es un pez en que encarna lo inasible,  
algo que siempre encuentra entre mis dedos  
la primera palabra de su fuga?  
¿Deberé preguntarlo  
con la interrogación enmohecida  
de mi anzuelo? ¿Así podré saber  
si el pez, huracanado de temores,  
podrá abjurar del viento que lo empuja

a negar la existencia de las anclas?  
¿A sus propias aletas llegará a ser inmune?  
¿O mi pesca es tan sólo  
un canto de sirenas sorprendido  
en el panal salado de mis redes ?  
La luz ¿es la verdad que tras el sueño  
nos restriega los ojos  
para ahuyentar al fin nuestra miopía,  
y nos hace vivir  
el sinfín de sorpresas de los signos  
de admiración regados por el mundo?  
¿La verdad es lo doble, lo mellizo  
de las cosas ? ¿Espejo cuyo azogue  
es la curiosidad que siempre incita  
a transplantar las córneas a las manos,  
a ser con la penumbra irrespetuosos,  
y a que en sus escondrijos  
no deje de temblar todo secreto?  
La verdad ¿es la frase que rehuye  
las palabras anémicas que acaban  
por perder el sentido,  
hasta tornar a ser, tras de borrarse,  
una página en blanco o el momento  
anterior al primer llanto de tinta ?  
La verdad ¿son los labios  
que miden sus palabras con la regla  
de la infidelidad a la mentira?,  
¿a la turbia corriente del riachuelo  
que obliga a nuestra sed a arrepentirse?  
¿al agua que ha perdido la memoria  
de sus viejos desfiles de diamantes,  
y en donde nuestras manos  
su sed de hacer de vasos ya no sacian?

Y también ¿es la sombra la fealdad  
que pudre sobre el árbol (pintado torpemente  
a la mitad del lienzo) los frutos  
de nuestra atenta búsqueda del arte,  
las miradas ? El árbol  
que tuvo su semilla en el pincel  
¿revela que el pintor ha comenzado,  
a morir poco a poco por la mano derecha?  
La sombra ¿es la fealdad de esa poesía  
que marchita en el tallo de su primera lectura?,  
¿de la estatua deforme que levantan

no las eternas manos de un artista  
sino las manecillas de un cronómetro?  
¿De la música (sorda  
a todos los deseos del oído)  
que nos lleva a quejarnos  
contra la timidez de los silencios  
con que está salpicada?  
Transmigración de manos: la poesía,  
la escultura, la música  
¿son huellas digitales sublimadas?  
Y es, así, su fracaso  
¿nuestra deformidad que se desdobra?  
¿un numen jorobado?  
¿enfermedad sociable que a todos nos contagia?  
O es acaso la sombra  
¿la maldad que oscurece la conducta,  
deificando los párpados cerrados,  
hasta ya no admitir el nuevo día  
de algún remordimiento?  
¿La maldad que no quiere fe de erratas  
para poder con ella arrepentirse?

O la sombra tal vez ¿es la falacia  
que amuebla torpemente  
la alcoba del oído, colocando  
todas las cosas fuera de su sitio?  
¿la calumnia que adviene hacia la oreja  
como una herida de aire?  
¿la mentira que desordena el mundo,  
murmura que la vida es ya la muerte  
y los vientres matern os, los sepulcros  
en los cuales se entierra el nacimiento?  
¿O dice que el callarse de los muertos  
es tan sólo una pausa?

### III

*A un parpadeo de distancia.*

S I bien la luz encarna en la belleza  
para hacer el milagro del crepúsculo  
—aunque la crucifiquen enseguida  
los primeros atisbos de la noche

que en sus pies y sus manos introduc en  
la trinidad de clavos homicidas—  
también en la fealdad se la descubre  
como cuando la vista se devuelve  
al ciego en un infierno,  
o cruza por el campo de matanza,  
fusilado a su vez por las tinieblas,  
la antorcha con su faro navegante,  
o coloran el lienzo  
los peores ademanes del artista:  
amarillos, sin alas, que se caen  
hasta volverse blancos  
de nuestra indiferencia;  
rosados que, al correr tras de los rojos,  
sufren una cojera proveniente  
de que se les fractura hasta el camino;  
negros desanimados  
que ya no agregan, grises, una sola  
penumbra de insistencia.

Al encenderse luz en la fealdad  
como al tomar conciencia de la angustia  
¿se compadecerán de mí los párpados?  
¿gozaré la ceguera que clausura  
a la curiosidad, la más delgada  
de todas las rendijas ?

¿Mendigaré una sombra por las calles ?

La luz no está tan sólo en la laguna  
que toma a su reflejo —nubes, álamos—  
siempre al pie de la letra,  
o en la rama que irradia sus canarios  
al voltaje preciso en que otras aves  
resultan fulminadas,  
o en aquella luciérnaga que se halla  
sólo a un segundo-luz de nuestra mano,  
o, por fin, en el faro que se vive  
gritando a luz en cuello;  
la luz se halla asimismo en la belleza  
que goza la fealdad: en el incendio  
que no sólo consume la cabaña  
—las llamaradas lucen pasaporte

para todos los tipos de madera—  
sino también la abulia del bombero;  
en el mar proceloso que manta  
toda seguridad, y en que el naufragio  
asciende hacia las naves  
para ser capitán que se sumerge  
como el mástil moral de su navío.  
La sombra es la belleza: túnica que los cuerpos  
(sin cerán dose el tacto, desnu dándo se  
de toda re si st en ci a) se ab ot on an  
cuando el celo enc ast ill a a dos fan tas mas ;  
hora en la cual, murién dome de sue ño,  
mis sábanas tomando  
lecciones de sudario,  
logro ganar provincias a la muerte;  
tiniebla que, iniciada  
cuando el reloj de arena  
comienza a gotear gránulos negros,  
se encoge en cada alcoba  
donde la luz, amodorrada, duerme,  
pero también se amplía al infinito  
en los ojos cerrados;  
penumbra, tras los párpados, que siento  
convertirse en Virgilio que me orienta  
por entre pesadillas  
—sue ño s env ene nad os por el Bos co —  
hasta el sitio en que te hallas esperándome  
para ini ci ar los dos la tem por ada  
que escogimos pasar en la belleza.

\* \* \*

Por más que en la verdad la luz habite  
para que la mirada inquisidora  
conquiste día a día más centímetros,  
para que el microscopio  
no deje de saber  
si todo lo que se hace ojo de hormiga  
aún derrama lágrimas,  
otras veces la sombra es la verdad:  
la epidermis, de pie en su refulgencia,  
es por lo general sólo un engaño:  
las facciones postizas de las máscaras,  
con sus estados de ánimo prendidos  
sólo con alfileres,

caen con el telón de la denuncia,  
por que aunque el fingimiento  
sea, por un instante, otro bautizo  
que nos deja, de sal, entre los labios  
un nombre diferente,  
la verdad no es ahí, sino en el acta  
de ser que está en el fondo  
del vestuario completo *de* disfraces.  
Los gestos que enharina la comedia  
mueren con el redoble  
de los puntos finales del aplauso,  
porque el ser verdadero que en sí mismo  
tiene su apuntador, sólo se encuentra  
allá entre bambalinas.

Jugando al escondite con nosotros,  
escoge la verdad para esconderse  
siempre nuestra ceguera.  
La autopsia es el más sabio  
modo que poseemos  
de acercarnos al fondo de las cosas.  
El espejo no miente:  
el azogue barniza su reverso de sombra  
para hacer que soporte la honradez en la espalda.  
Hasta se necesita un cuarto oscuro  
(para que la verdad se a revealeda)  
cuando quiere el fotógrafo franquearse,  
decir la confidencia de un defecto  
que ni siquiera puede disfrazarse  
con la misericordia del retoque.

No siempre está la luz en la bondad,  
como encender al niño temeroso  
(en el cuarto enlutado  
por la germinación de todos los rincones)  
la luz de no creer en los fantasmas.  
La luz, en la maldad, hace igualmente  
de las suyas: al centro  
de una alcoba apagada,  
con un haz amaestrado hay un bandido  
que blande su linterna —con que guía  
gruñendo de fulgor, a su ceguera—  
porque sabe que toda caja fuerte  
requiere para abrirse que *la* sombra se esfume

pues en ello se encuentra el primer número  
de la combinación que la protege.

La sombra no es tan sólo  
la bondad de la gruta  
que protegió a los hombres primitivos  
del huracán de fauces enemigas  
y el rugir dinosaurio de los cielos,  
también es el espacio que le queda  
dentro del ataúd a los cadáveres  
que nos dejan acá, dizque en el día,  
llorando de tirón toda la angustia.

Luz y sombra lo mismo.  
Se hallan a un parpadeo de distancia.  
La luz no es sino sombra arrepentida,  
penumbra intoxicada  
por ingerir el cántico del gallo;  
fulgor apasionado hasta el incendio,  
o la errata —la luna— de la noche  
que lleva como trozo de ella misma  
sin cesar desvelado.

La tarde es una luz que cabecea.  
Y una luz en pañales, la que vemos  
envolviendo la niebla matutina  
como para regalo.  
La oscuridad enciende las estrellas.  
Cuervos que alzan el vuelo son tan sólo  
obstinación nocturna.  
Lo mismo el gato negro. Tan oscuro  
porque su propia sombra carga a costas,  
aunque, cuando anochece,  
se reduce a sus ojos y denuncia  
sus entrañas eléctricas.

Tras de pasar la noche con parpadeante insomnio  
—como añicos de luz que ingenuamente  
le llevan la contraria a su contorno—  
tendrían las luciérnagas, deseosas  
de proseguir mañana siendo iguales,  
que encender y apagar puntos oscuros.

En medio de este día luminoso  
hace gala el carbón de su herejía:  
habrá que conducirlo hacia la hoguera.  
Como se halla vendada la justicia

—con párpados de tela vigilantes  
de que no se despierten preferencias—  
las luces y las sombras se debaten  
en pugilato eterno, son la pugna  
que se halla en todas partes, el conflicto  
fratricida de abejas y caínes  
que hacen ya de los átomos  
el primer escenario  
del gruñido que emiten sus respectivos músculos,  
la lucha en que una cosa  
sólo logra avanzar,  
cuando ve en el obstáculo, la espuela  
del salto hacia adelante, la garrocha (cohetes cavernícolas,  
compacto combustible del brinco)  
que la hace transmutarse hacia otras formas  
y declarar ahí, siempre de nuevo,  
la guerra al enemigo que le nazca.  
Las trincheras son ley, y únicamente  
se garantiza así que no figure  
la existencia en la lista de las bajas.

**POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS**

1

**NO ES POSIBLE ENTRAR DOS VECES EN EL MISMO RÍO**

No es posible derramar dos veces el mismo lloro.

Los ojos peregrinan, con el tiempo bajo el brazo,  
hasta ser un asilo de dos niñas  
ancianas.

Centellean su eterna distinción con el pretérito,  
tomándole instantáneas a la nada  
cada vez que al pestañear nos dejan ver  
añicos de la muerte.

Eternamente nuevas, las lágrimas  
redondean segundos  
para hacer una clepsidra de aflicciones.  
Hasta es factible a veces  
oír el delicado tic tac del parpadeo.

Imposible vivir dos veces en la misma carne.  
Y esto lo sabe bien el que, aunque no es un anciano,  
sí es un hombre de cierta edad,  
entrado ya en nostalgias.  
Y también el que carga la inscripción en cada palma  
de tan prolongada línea de la vida  
que desborda la mano y se le enmaraña  
en todas las arrugas.

Las manos habitadas empiezan a inquietarse  
y su tranquilidad se les llena de hormigas.  
El viejo sólo empuña firmemente,  
como un pez apresado,  
un temblor incesante  
que resulta incapaz de sacudirse  
la pátina numérica del tiempo.

No es posible besar dos veces la misma boca:  
hasta Penélope,

que tejía su fidelidad todas las noches,  
que, al sustraer su cuerpo en mil maneras  
al tacto pretendiente,  
recorría asimismo su odisea,  
y obtenía en su lecho,  
abrazada a la ausencia de su esposo,  
el orgasmo espiritual de cumplir con la palabra empeñada,  
le entregó a Ulises,  
cuando éste pudo tornar al fin  
a la Itaca más íntima de la boca conyugal,  
diferentes labios, sonrisas extranjeras,  
senos acuñados en distintos moldes,  
piernas que envejecieron no sólo en las rodillas.

No podemos cantar dos veces la misma copla.  
Ni el disco se nos raya en algún punto,  
como una idea fija de sonidos,  
para trazar en él  
el signo circular  
de lo perpetuo.  
No es posible cantar la misma copla.

No es posible acariciar dos veces los mismos pechos.  
Ni acurrucamos en sus círculos  
pensando que nuestra eternidad  
tiene pezones.  
Si se exigiera hacer su biografía,  
desde el punto en que les ponen las manos del  
deseo  
sus corpiños de tacto,  
cuando hay alguien que sufre  
dos senos de temperatura,  
al día en que la leche se les curva  
y ponen en la encía de su niño  
la dentición licuada de lo blanco,  
tendría que decirse:  
cuando niña,  
a la mujer se le diluyen  
en la indistinción de sexos de su tórax;  
adolescente,  
salen en busca del tacto  
y abandonan  
*la* unidad de su pecho de pequeña  
a favor del dualismo que adivina  
que las caricias se hacen a dos manos.  
Cuando anciana, advendrá

un deshielo de senos  
como alforjas despojadas ya de todos los años por venir.  
Y eso nos hace ver  
que no es posible acariciar dos veces idéntico placer  
si sabemos  
que el tiempo está palpando la epidermis,  
esculpiendo su vejez a fuerza de caricias.

No podemos jugar dos veces al mismo juego.

Yo no pude lograrlo  
al jugar, cuando niño, al escondite,  
juego en que me escondía hasta perderme.  
Ni pude conseguirlo  
con aquella peonza que giraba en la palma de mi mano  
como una paloma en torbellino  
que picoteaba ahí su equilibrio.  
Ni lo alcancé tampoco  
cuando, en el ajedrez, que se rodea  
de una atmósfera que huele a pensamiento,  
advierto que de pronto  
soy un alfil más inteligente que tú,  
tiendo republi canas trampas a tu reina  
en el tablero de batalla,  
y salgo triunfante en una lucha  
en que la meditación  
fue mi pólvora.

El hombre que frente al reloj  
recuerda su trayecto,  
se lanza la memoria a las espaldas,  
se desanda a sí mismo hasta que advierte  
la raíz  
de esa flor de tic tac que es el presente,  
sabe que no podemos entrar dos veces en el mismo río.  
Nuevas aguas ahogan las pasadas,  
del pretérito oleaje ya no queda  
sino un débil recuerdo, en vías de esfumarse,  
prendido como náufrago a la astilla  
que perdura del barco sumergido.  
Dos veces no podemos.  
No existe una sola ancla, con su puñado de tierra firme,  
frente al fluir del tiempo  
y las cuentas de no acabar de su rosario.  
Y en el caso de haberla  
no sería dos veces la misma ancla,  
pues el reloj desborda

sólo momentos irrepetibles  
que dejan la grabación efímera en el viento  
de sus huellas digitales.  
No es posible entrar dos veces en el río  
porque, con sólo mojarse,  
mi cuerpo es unos segundos  
más viejo que antes era,  
y siento que, fugaz,  
la espuma a mi cabello lo deja encanecido.  
Dos veces no es posible entrar al agua  
aunque el reloj, mojado, se nos pare  
fingiendo una escultura de lo eterno.  
Ni es posible tampoco  
porque cuando después  
el baño se abandona,  
la arrugada vejez que hay en las yemas  
muestra que hemos sumergido las manos en el tiempo.

No es posible leer dos veces al mismo Heráclito.

## II

### *PANTA REI*

#### 1.

*Todo es nuevo bajo el sol.*

COMO una catedral que de repente  
se quedara encogida  
a alguno de sus rezos, hoy animal prehistórico  
es, en diminutivo, lagartija,  
camaleón o murciélago; mas hubo,  
ha mucho tiempo, un día  
en que, en la inmensidad del universo,  
resultaba una brizna el dinosaurio  
(como el mar que se estrecha hasta la gota  
que llorar le permite su perdido tamaño).  
Cachorro *de* mamut, el elefante  
se encuentra trasquilado por el tiempo;  
mas el mamut de ayer,

delante del inmenso  
conjunto de planetas y de soles,  
fue solamente un virus (que en los llanos  
del pasado enfermó  
la paz de la prehistoria con su paso).  
La mejor medicina para el mal de montaña  
del orgullo, es mirar hacia arriba,  
saber, con el auxilio de los soles  
y su celeste fábrica de insectos,  
nuestra medida exacta.

Son palabras mayores:  
un cosmos, que no llega  
a poder abarcarse, ni lanzando  
la palabra infinito, hacia su pesca.

Un sol, que se desplaza porque incendia  
todos sus puntos fijos.  
Un sol que —eterno día— no consiente  
que el viajero que es él quede dormido.

Una tierra, que sufre  
dando vueltas y vueltas a la noria de fuego;  
no sacando más agua que el sudor de los mares  
producto de su eterno movimiento.

Y un eclipse, que vemos  
a la mitad del día  
conjugando la noche en otro tiempo  
verbal...

La flor marchita  
su intención de volar; mas en el tallo  
posee un aleteo microscópico  
con que sabe crecer. También el árbol,  
para imitar al niño que lo escala,  
se encarama en sí mismo, conquista otro tamaño,  
hasta que al fin pronuncia sus aves en voz alta.

El riachuelo, ensillado por la prisa  
o con el casco enfermo del cansancio,  
no cesa de moverse:  
lo mismo si cojea, *rallentando*  
sus aguas hacia el trote, que si a las cataratas,  
les pica las espuelas  
y hace que les respingue la espuma encabritada.  
Corre el viento en la selva, va con su hacha

talando troncos, árboles.

La ley de gravedad estalla en lágrimas  
desde la nube aquella;  
parece que responde  
a la sed de ser lodo de la tierra.

Podemos sospechar la bocanada  
de trinos del canario.  
Pero triunfa el silencio: cada pájaro calla  
para oír a su hermano.  
Hasta la actividad de la cigarra,  
con sus bulbos fundidos,  
se concreta a escribir sobre las hojas  
tan sólo el jeroglífico  
del temblor. Las hormigas, que soportan  
ramas descomunales,  
sintiéndose mendrugos  
de elefantes,  
también llevan a cuestras nuestros ojos  
hasta llegar al polvo efervescente  
del hormiguero. Vuelan  
hacia el árbol de enfrente,  
por su color urgidos, varios loros  
y algunos, asustados, se deshojan.

Se desliza la flecha por el aire  
dejando sus espuelas en el arco.

Cuando estalla el ocaso, la mirada  
se evade hacia el confín, gaviotamente.

El ojo es en la costa un astillero  
de miradas que se hacen al océano.  
Ya las naves levantan el anzuelo  
con que en los puertos pescan  
su descanso.  
Y en su insomnio, se pasan  
toda la noche en vela.

Bajo el sol todo es nuevo. *Panta rei.*

Sólo hay una serpiente  
que logra devorarse el tiempo entero:  
la serpiente del cambio,  
la que muda la piel de su ser mismo  
allende los relojes,

la que vive, mordiéndose la cola,  
saboreando lo eterno.

La que se halla exigiéndonos  
como tributo siempre  
nuestra mensualidad  
de días, puntualmente.

Todo muere y renace,  
al don de ubicuidad de los fragmentos  
de Heráclito el oscuro.

2.

*Vida y obra del espacio.*

No es verdad que el espacio  
sirva como lugar en que se citan  
oquedades, rendijas, intersticios  
celebrando el congreso de la nada.  
No es el telón de fondo  
donde hay algo que salta y representa  
ademanos de ser, gestos de cuerpo.  
No es tampoco un vacío donde aflore,  
con el solo habitante de la asfíxia,  
el único rincón en que la historia  
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean  
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen,  
sumándole agujeros a su hueco,  
hasta la edad madura del abismo  
—donde está siempre el vértigo asomado—  
o hasta esbozar un ámbito que abarque  
desde tu boca abierta hasta los cráteres  
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito  
—logrado al presentar el pasaporte  
que goza de la visa de la entrega—  
extradita sus límites y acaba  
con el crónico mal del que adolecen  
las naciones, enfermas de frontera.  
Hay espacios ya graves: el derrumbe  
que amenaza la mina lo demuestra.  
Hay espacios que nacen, viven, crecen:

se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,  
a un paso ya muy niño de la muerte.  
Modelado de historia y de materia,  
el espacio requiere de su biógrafo  
que arroje las leyendas y lo trate  
como hermano de todos en el tiempo,  
nativo del gerundio y compatriota  
de todo lo que se halla,  
si olvidamos la efímera existencia,  
a una cuna tan sólo del sepulcro.

3.

*Cronos y sus disfraces.*

1

AQUÍ no hablaré  
del tiempo que se toma el manzano  
—que guarda en cada fruto  
la primera desnudez de todas las parejas—  
en ruborizarse,  
o en dejar, con su atractivo cutis,  
indefensa la dulzura;  
ni del instante que necesita el viento  
(cuando polemiza con la llama)  
para ganarle  
con el nuevo argumento de una ráfaga.

No voy a meditar  
en las estaciones que requiere la tierra  
para ilustrar a las semillas  
a insinuar sus uvas y a gritar sus sandías.

No dejaré constancia  
de los nueve meses que la madre hace suyos  
para obsequiarle un predio más a la angustia,  
ni del lapso que se tarda el fuego  
para mostrarle a la hoja de papel  
que, al no ser el ave fénix,  
se precipitaría en la nada  
al primer aleteo de ceniza.

No hablaré de los lustros que mi cuerpo  
se tomó hasta volverse el hombre actual  
que juega a recordarse a veces niño,

el niño que jugaba a ser este hombre.

No hablaré  
del tiempo que hacen suyo las abejas  
para llenar los tarros con su sol  
—sin otra cosa amarga  
que la lejanía de la boca—  
y despertar con él nuestro apetito.

No voy a destacar, en estas páginas,  
el tiempo que precisan las aves recién nacidas,  
con sus trinos nonatos,  
para orquestar el espacio  
y en que lleve el canario la luz cantante;  
ni el que se tome el sol,  
tras el boceto de la madrugada,  
para trazar el óleo matutino  
a la hora en que ya hay quórum de miradas despiertas.

Hablaré de otro tiempo:  
del drama, en los relojes, que no tiene  
de apuntador el mundo circundante.  
Hablaré del reloj, taller de citas,  
fábrica dedicada a recortar  
—y el tic tac no es otra cosa que el sonido  
*de sus tijeras*—  
la corriente del tiempo  
en una fila aritmética de instantes.  
Hablaré del minúsculo telar  
en que se borda el viento numerado.  
Del tiempo al menudeo.

2

Quiero hablar de mi despertador;  
del instante, en la madrugada,  
en que,  
convertido en metáfora del gallo,  
se pone a batir las alas de su ruido.

Y le busco torpemente la cresta del silencio.

3

Veamos. Es preciso  
mostrar que en el reloj la manecilla  
si bien la examinamos  
no es otra cosa  
que la astilla  
de una caja  
de muerto.

4

Y hablar  
de que, cuando mi brazo  
te rodea el talle,  
los segundos del reloj  
saltan  
ligeramente curvados.

5

Pobre reloj que cargo en la muñeca,  
aterido de tiempo.

6

Pido la palabra, para referirme  
a los relojes de arena  
cargados con polvo de desierto  
que van hacia el oasis de una cita.  
Relojes sin memoria  
sin alas en la arena que ha caído.

7

Si pido la palabra es porque sé  
que este reloj de arena  
se la pasa diciendo  
polvo eres  
y en polvo  
te convertirás.

8

También debo cantar a la clepsidra,  
con su tic tac ahogado

y un cuentagotas  
de segundero.

9

Y del reloj de sol,  
mencionaré que tiene  
la sombra

como su manecilla  
—adivinando a dónde  
dirige el día sus pasos  
y que, frente al desvelo sonoro de los otros,  
o al insomnio que se hace luz  
para estar en la luciérnaga,  
es el único  
que se duerme a la llegada de la noche.

10

Debo mencionar  
el reloj nuevo de la torre  
con cien horas de vuelo solamente.

Mientras cada persona  
goza, con su reloj, de todo el tiempo  
en propiedad privada,  
y el reloj de pared  
—ataúd donde yacen los despojos  
de supuestas firmezas—  
consiente que su tiempo se nos quede en familia,  
el reloj de la torre  
colectiviza el suyo:  
al obrero que pasa  
le pone entre las cosas que carga en su morral  
unas horas de descanso  
(horas de limpia tez, desholliadas),  
da con dolor la hora  
de que termine el juego de los niños  
y hace del enamorado  
que espera inútilmente a su pareja,  
el único árbol angustiado  
de todos los que se hallan *plantados* en el parque.

11  
Hablaré del cucú,  
segundo en altorrelieve.

El ave matemática que resta  
sin cesar mis instantes.

12  
Y de los celosos relojes que dan  
la hora a los amantes  
de tornar  
a sus pronombres personales.

13  
A veces no me importa  
la gula de cronófagos relojes;  
otras me siento rasguñado  
por la uña inexorable de alguna manecilla.  
Y me hiere la sirena de la fábrica,  
la llorona fabril que suelta la hora  
de seguirle sumando nuevos callos  
a las manos obreras.

14  
Cuando el reloj se para,  
cuando sufre un infarto,  
me imagino que el tiempo se coagula  
y se halla fracturado de pies  
y de muletas;  
mas no estoy en lo cierto:  
cuando cesa el reloj de palpar,  
cuando deja de pedir  
su sitio en una entraña,  
es inútil buscarle ojos al  
tiempo tratando de cerrárselos.

15  
Otras veces, mi deseo, mi impaciencia,  
la derrota posible de un corpiño,  
se queja  
de la impuntualidad de los relojes.

Confesaré que ahora caigo en cuenta  
 por qué me dijo un día un relojero  
 que siempre en las entrañas de un reloj,  
 entre las ruedecillas y resortes,  
 trabaja sin desmayos un gerundio.

## III

## CUANDO EL YO DA LA HORA

Un cóncavo minuto del espíritu...

Gorostiza.

## 1

AL convoy de la tarde  
 que discurre, despacio, hacia la noche,  
 le roba la carrera, cuesta arriba,  
 ese plano inclinado  
 donde la lentitud junta su banda  
 para asaltar los trenes.

La tarde, aunque de luz está en la inopia,  
 lleva un vagón cargado de puñales  
 para herir el crepúsculo.  
 Pero va lentamente,  
 a la quietud pisando los talones.  
 Su discurrir, su tiempo, se desliza  
 no como aquel reloj que hace disparos  
 de segundos en ráfaga,  
 ni como los latidos con que vive,  
 célula de robot, este cronómetro  
 que es mi buena memoria de pulsera,  
 sino como si hubiese  
 un diluvio de anemia en todas partes,  
 y muriera el afán de precipicio  
 que halla su camarote en el deshielo.

Mientras tanto, la espera de la amiga,  
 palpitando en el pecho de la ausencia,  
 me lleva a imaginarme  
 que los instantes van tan lentamente

porque gusta el reloj de saborearlos,  
que escogen ese paso de cortejo  
porque cruzan la senda intransitable  
de la propia cojera, y sólo tienen  
una brújula rota, masticada  
por la boca de lobo de la noche.

Mas al saberte cerca,  
el horario se vuelve minuterero  
(roe el ratón su forma de canguro)  
la tortuga reencarna en esa liebre  
que le da zancadillas al espacio,  
y el reloj (una copa  
donde crepita el tiempo efervescente)  
se transforma en panal donde el enjambre  
de segundos produce ya las mieles  
de nuestro encuentro próximo.

## 2

en las cumbres peladas del insomnio...  
Gorostiza.

El fuego sabe bien que es inflamable  
la hora final del día.  
Sabe bien que el crepúsculo,  
que engendra el humo espeso de la noche  
y hace cerrar los ojos,  
sobre un bosque de ocotes se encarama  
donde chisporrotean pinceladas  
de alta temperatura.

Anochece de golpe:  
no sé por qué de pronto  
los cuervos son conscientes de sí mismos,  
lo negro da un portazo a cualquier rayo  
que intenta penetrar en sus dominios  
y en el carbón no existe la chispa de una duda.

Medianoche. La brisa de azabache,  
los rincones alados,  
deviene tempestad con el auxilio  
del bostezo de lobos soñolientos.

Desde el reloj un tiempo desvelado

le da cuerda al insomnio.  
Su tic tac se acomoda  
al reloj subterráneo de mi pulso  
y a la llave que emplea  
su infinidad de gotas  
en medir el tamaño de la monotonía.  
No adolece de soplos,  
ni, cojera del ritmo, pierde el paso.  
No se atrasa, nostálgico de lo ido,  
ni echa a correr tampoco  
a unos pies devorados  
por el hambre angustiosa de una meta.

El reloj de la plaza  
no sólo se conforma  
con dejar los bolsillos del transeúnte  
llenos de campanadas,  
también con su llavero de sonidos  
salva alcobas y alcobas  
consciente de que se halla en cada llave  
el secreto, de par en par abierto,  
de talarle a los robles y a los cedros  
su obstinación de puerta.

Eterna se convierte la noche del insomne,  
la almohada se hace un fardo,  
sin fondo, de los sueños,  
la madrugada se hace una utopía  
que pide la existencia  
de una imaginación bien aceitada,  
una fe inquebrantable, de la misma  
pasta de la que enseña a las montañas  
a dar su primer paso.

Los instantes se alargan y embarnecen,  
y es en cámara lenta que un segundo agoniza,  
disponiendo del tiempo necesario  
para que se confiese arrepentido  
de producir la angustia.

Hasta el mismo reloj que hay en mi alcoba,  
se pone a cabecear y se adormece  
al vaivén acunado de su péndulo.  
El reloj y el insomnio se hacen uno.  
Es mi insomnio el que da de pronto la hora.

Las ojeras se asoman

a dar la bienvenida a la mañana.

3

Al quedar en la alcoba, solamente  
vestidos de penumbra,  
mueres a la mirada. Mas renaces  
al sentir mis caricias  
a dos senos por hora.  
Abandona la noche, como el tacto,  
timideces de tarde.  
El sol de hace un momento es ya tan débil  
que carece de luz para tener  
a su propio recuerdo iluminado.

El tic tac exaltado de un cucú  
nos arroja de pronto a la presencia  
de un reloj de pared.

Presidarios del tiempo, si intentamos  
fugamos de su cárcel, nos persiguen  
campanadas sabuesas  
que, con su buen olfato,  
huelen la libertad (para arrojarla  
de nuevo al calabozo)  
mientras hacen que el número de la hora  
carguemos otra vez a las espaldas.

Per o el lecho tritur a los relojes.  
Los dos somos ancianos, infinitos.  
Nuestra existencia data de dos sexos antes de nuestra era.  
Dialogando caricias,  
sabemos amaestrar minutos, horas,  
hasta que, con el día que se inicia,  
y en que derrota el gis a la pizarra,  
se van anocheciendo las luciérnagas.

4

Florecen en el parque madreselvas,  
rosas, claveles, nardos y una cita.  
La sembramos ayer y es de esperarse  
que la puntualidad, su jardinera,  
su abono cronométrico,  
la colme de presencias abrazadas,  
de ríos dactilares  
que en un lago de tacto desembocan.

Cuando corriendo voy  
hacia el imán de cuerpos del espacio,  
cuando sé que, nostalgia de lo idéntico,  
la cita nos espera, desconfío  
del reloj. Me imagino que se para.  
Le descorcho su tiempo, le doy cuerda.

Reloj que das lo mismo  
la hora de la derrota de unos párpados  
o el momento en que empiezan unos ojos  
a chillar sus miradas incipientes.  
Reloj que te colocan  
frente del paredón  
para que al sentenciado le dispare  
el último segundo  
o el instante de gracia.  
Escultura al ahora levantada,  
donde sólo al presente se da cuerda  
en tanto que el futuro y el pasado  
se derraman del vaso,  
hazte la celestina matemática  
que tiene por oficio  
robar entre los cuerpos el espacio.

## I V

### LOS MINUTOS ELÁSTICOS

MESES hay tan monótonos  
que los hombres celebran solamente  
sus cumpleaños de tedio.  
Hay lágrimas tan lentas  
que duran lo que su ojo.  
Furgones, de horas llenos, que discurren  
presos de mal de máquina;  
tiempo en que la rutina  
deja escapar en círculos viciosos  
su aburrimiento de humo.

Pero hay días que vuelan en una hora:  
días acelerados, impacientes  
de romper con el tiempo su contrato.  
Días en que la suela de la prisa,  
arena movediza que se calza,  
sueña en un par de puntos enhebrados

por uva premurosa línea recta.

Hay años que perduran sólo un día.

Somos de eso conscientes

en el frío invernal que hay en la noche.

Son un tiempo apretado: tiempo que se condensa

como si redujéramos

al tamaño de su último tic tac

un reloj con el golpe de un martillo.

Cuando ya no se puede

conservar la esperanza clandestina,

cuando se halla a la cólera un gatillo,

y una bomba descubre

el sótano de Aquiles

de la mansión del orden existente,

hay años que discurren en un día.

Cuando la calle da gritos de gente

y los pies se desbocan

en una desbandada de diez dedos,

cuando extiende la frente

su pequeña pancarta de iracundia.

Cuando, ya desarmados

del pacifismo lúgubre de antaño,

los rebeldes afirman, amorosos,

su negación de pólvora,

hay años que discurren en un día

su exhibición de ruinas, las primeras  
piedras del nuevo mundo.

Hay tortugas que duran una liebre.

Y es que en ninguna parte

crecen mejor los hombres, dejan de andar a gatas

con sus ideas, rompen

la ingenuidad —estado

perpetuamente niño de la mente —

que al desatarse en ellos la tormenta,

al resistir las hambres esquírolas, al rechazar las botas

pesimistas

—los pedazos de plomo sedentario—o al alzar la primera

cosecha de conciencia entre los surcos: maíces, subversivos, trigales

guerrilleros, algodones que humean

impaciencias de rifle.

A veces se precisa,

para que el hombre aprenda a abrir los ojos, mirar cómo el ejercicio

avanza y abre sombra contra mujeres y hombres desarmados,  
mientras el heroísmo nos perfila  
la artillería pesada de los pueblos.

## V

### Y BIEN Y MAL SON UNA COSA

Las estrellas entonces ennegrecen. Gorostiza

LAS horcas que estrangulan el oxígeno  
pero también acaban con el mal incurable  
de la espera del hombre sentenciado.

La agilidad geométrica del tigre para decir su víctima.

El cabello sedoso de la bruja,  
que es un remordimiento por el rostro, por la tez en que el tiempo  
arruga la belleza como si pretendiese arrojarla en un cesto.

El agua que, al remanso  
—lugar en que la prisa se le seca—, medita en su cascada,  
en el cercano síncope del suelo.

La cólera del mar en que tan sólo escapa del naufragio la poesía  
prendida de una tabla o transportada por la playa ambulante de su  
nado. (Viejo lobo de costa,  
del mar lo ignoro todo;  
pero la ira marítima despliega  
su concierto de sal, de viento y agua, donde nada calmado desafina  
ni puede consentirse  
que un espíritu de anda prevalezca).

La cigarra que borda  
su minúscula errata del silencio.

La imagen del reposo  
que mana a la mitad de la faena como el futuro oasis hacia el cual se  
nos camella el tiempo;  
pero también arena que nos falta para gozar el sitio en que la tierra,  
de sí misma inconforme,  
gusta que las palmeras se levanten en su arrepentimiento de desierto  
para ofrecer al hombre y su fatiga los dátiles oscuros de la sombra.  
Salteador de caminos, el cansancio  
que nos deja sin fuerzas,  
y que también nos lleva hasta el riachuelo donde el agua, su

cómplice, nos roba por lo menos la sed.

El rayo, que desciende

su brújula de luz, maná de rumbos, para hacerle caminos al viajero que extravió hasta sus pies en la jornada, y que salta hacia el árbol para quemarlo todo:

de la raíz al tronco y al ramaje,

del ramaje a los trinos

que rubrican las puntas de las ramas.

El aire que le brinda a los pulmones bocanadas de vida, y que es la muerte también para el pescado, su naufragio, el precio por haberse introducido en el mar que una red envenenara.

La lluvia, que en el campo

gusta de evaporarse, verdemente, en la germinación de la cosecha para dejar encinta los graneros, y nos veda salir de los hogares presos tras de los líquidos barrotos.

El viento que, con mies en polvorosa,

hace que los vilanos

se encuentren a la espera de la muerte

ya blanca la cabeza,

y que también obliga a los jazmines

a levantar la voz de su perfume.

Y el mal sintonizado sentimiento

de un dolor, de un dolor que nos complace.

## VI

### NEURONERÍAS 2

#### FRAGMENTOS INÉDITOS DE HERACLITO

1

BOTÍN de guerra es la paz.

2

¿Mas acaso no es la tregua  
un puñado de pólvora mojada?

3

La razón asistía a los eleatas: imposible es que Aquiles  
alcance a la tortuga.

Al hacerlo, serían  
un diferente Aquiles  
que alcanza a otra tortuga.

4

Nada es nuevo bajo el sol  
de que todo está cambiando.

5

Dios y Demonio, lo mismo:  
tras las premisas de incienso,  
la conclusión del azufre.

6

Identidad de contrarios  
en que cada polo tiene  
sus entrañas en el otro.

## VII

### LA MADRE DE TODAS LAS COSAS

LA guerra  
no está sólo en la pólvora  
dispuesta a bautizar  
las partes de un objeto  
con el nombre de añicos.

Ni en el arma incendiaria  
que repite,  
con la complicidad de lo inflamable, las feroces  
sandalias de Cuauhtémoc, los mejores ademanes de  
Prometeo,  
todo el canto inicial del poema de Dante.

No está sólo en los actos que permiten a los países  
imperiales  
recordar en monumentos

la carne de cañón desconocida.

Ni se encuentra tampoco  
en el pesebre del Anti-Cristo de la bomba atómica.

Se halla también la guerra  
ahí donde la paz y su grito de rompan filas ha llegado.

Yo, que soy un hombre de escudos tomar  
y mantengo a paz y agua los músculos,  
sé también de la pugna:  
cómo olvidar que ayer te derroté  
y volví con todos tus besos de prisioneros de guerra. Y cómo hacer  
a un lado cuando ganaste tú,  
y me diste mi parcela en un campo de matanza, me dejaste el  
corazón baldado  
y cargando sobre el pecho  
la condecoración de mis heridas.  
Yo, que soy un veterano de paz,  
sé que la guerra no está sólo  
en aquel que me mira  
con la anímica pólvora de su odio;  
también en el amor está la guerra.  
Yo, que vuelvo de ti, retorno  
con la herida de la boca  
cicatrizada por el silencio,  
con este cuerpo que es un rompecabezas de llagas  
y tuteándome con toda purulencia.

## LA GRAN MARCHA

1. *La niñez del camino,*

INQUIETUD en rama, los hombres rendían su existencia arbórea sobre el genealógico árbol de su origen. Aún no extraviaban sus umbilicales lianas de la fronda. No había madurado su amor por el suelo. Mas una ligera brisa de conciencia les fue deshojando la noción de ser parte del ramaje.

Un día cargaron su animalidad sobre cuatro patas hasta que, cansados, rompieron el techo, bajo y opresivo, de su propia jaula, y en dos pies irguieron cada uno su angustia.

Aún no lograban tallar su lengüaje de hombres, evitando la pronunciación de animales. Cierta que daban a luz una que otra idea del todo lampiña. —aunque no hubo nunca ninguna pareja que a su beso hallase sabor de manzana, sí hubo primitivos que habían pintado toda la rupestre cueva del cerebro—; pero sus palabras ocultaban sótanos donde los gruñidos de ayer conservaban el temblor sonoro de sus amenazas.

Todo era indigencia: ni siquiera habían llenado sus arcas de necesidades. El único avaro que existía entonces era el silencioso. Los hombres, desnudos, no tenían bolsas donde una distinta posición cargaran.

Les soltaron, nómadas, a sus pies las riendas para que a la espalda del recuerdo fueran poniendo paisajes, soles y experiencia.

Hasta que a la orilla de lagos y ríos dieron, fatigados, con el sitio exacto donde germinaba

la flor de la anemia.

Fueron como el huerto  
que nunca prescinde de las sedentarias raíces abajo, para que el  
frutero  
parta plaza a ser semejante a un cuerno de abundancia siempre.

La tierra, de todos: nadie poseía  
en su choza el tiesto de decir "mi tierra" ni a la cacería de cosas,  
tendía  
su red de pronombres posesivos nadie.

De pronto, las bestias sufren la epidemia de la caza humana. La  
forma prehistórica de desintegrar el átomo fue  
pulir una piedra de aspecto agresivo  
y abrirle a la muerte su primer ventana. Aunque prestas son a  
movilizar  
las bestias feroces convoyes de fauces,  
alejando de ellas la veterinaria  
paz que les conviene, muestran su impotencia frente a aquella forma de  
dardo y ponzoña que asume allá lejos la mente del hombre.

En su arpón antiguo tenía el indígena que usar la carnada de una  
insuperable buena puntería.  
Tras ello, esa fiebre de escamas moría con la paletada primera de  
oxígeno.

Decidió la tierra prestarle a los hombres su ayuda. La tierra que,  
fértil, tan sólo pedía el abono del esfuerzo humano  
y que en el sudor que anegó las frentes bautizó a los hombres como  
labradores, antes que en la arcilla de su mano dejan la primera  
siembra: de empeño, de ideas fijas de legumbres, de sueños que  
lucen un circulatorio sistema completo  
para hacer que en él discurren los jugos de todas las frutas.

Aunque se tratara del amanecer  
de inédita aurora, no era el paraíso  
al que una serpiente —cargando ponzoña de sabor a azúfre— dejó  
envenenado con su picadura.

De repente, cáncer en el intelecto,  
se les empezaron a multiplicar  
todas sus preguntas. Nació la escritura, la forma algebraica que  
tomó el espíritu, y sonó el instante  
en el cual la historia reunió los diez dedos de sus pies y pudo  
comenzar su ruta.

Era la gran marcha.

## 2. *A grillete partido.*

CUANDO el hombre total fue desgarrado, algunos se incautaron el cerebro  
y todo lo tiñeron con lo gris  
de su nueva materia,  
que permite advertir lo que hay de claro adentro de lo oscuro.

Hicieron ciencia, teatro, ingeniería: su mente respiró los silogismos  
de oxígeno en la atmósfera del cráneo. Demócrito, Aristóteles,  
Crisipo en su cabeza alzaron tal cosecha de músculos, que el cuerpo se les fue convirtiendo en un apéndice, una segunda sombra, pedestal de la perfecta estatua de su lógica.

A Euclides y Aristarco les sudaba tan sólo el pensamiento.  
Ya Meliso y Zenón tuvieron siempre a su propio cerebro, encallado en el cráneo,  
como la principal idea fija  
de las muchas por ellos frecuentadas en unión de Parménides.  
Si alguno tropezaba,  
no era con una piedra;  
más bien con un error abandonado a mitad del camino.

Pericles y Solón  
no fueron ingenieros que tuvieran sus manos de albañiles;  
siendo sólo cerebros advertían  
que toda enfermedad en su organismo era siempre una especie de jaqueca.  
Sófocles escribió su Edipo Rex  
encima de la espalda del esclavo.  
Todos los frutos griegos  
—Policleto y Arquíloco, Tucídides y Esopodevinieron posibles  
porque siempre los sótanos  
soportan en sus hombros los palacios.

Los más, en el reparto del hombre dividido,  
lograron obtener manos y cuerpo,  
y la naturaleza  
comenzó a ser esclava, y a serlo para siempre  
sin un solo Espartaco en su futuro.

Pese a ser todo manos, los ilotas, sin personalidad,  
como hombres sin facciones, carecían de huellas digitales,  
en la dura faena desgastadas.

Eran sólo instrumentos,

iguales al martillo que le dice  
al clavo que es lunar en la madera; iguales al serrucho  
que recitando está siempre una tabla de multiplicaciones;  
iguales a la hoz  
y su cuarto creciente de metal, que goza su niñez de  
guillotina en todas las mazorcas  
que alzan en el sembrado la cabeza.

Sólo cosas. Si enferma alguno de ellos, se le lleva al taller a  
repararlo;  
transfusiones de aceite se le ponen,  
y el tumor de un cerebro que pregunta debe siempre extirpársele.

La humanidad esclava,  
comenzó a emanciparse en el esclavo, en el que, con su esfuerzo,  
fue arrojando a la tierra  
su propia esclavitud.

Bajo tierra encontró  
los colores de todas las monedas. Y sus manos silvestres, cazadoras,  
alzaron en el campo y en el bosque la agropecuaria idea  
de clavar el trofeo de su caza  
en la estaca del sueño colectivo, ponerla a fuego lento y hambre  
rápida, y aderezar el plato  
con la vegetación de las legumbres.

Para rendir sus frutos, que hablaban en idiomas de sabor  
diferente,  
la tierra requería ser regada  
con el sudor que el cuerpo del esclavo dejaba en libertad en su faena.  
Iba la esclavitud desde los hombres hasta los mismos campos:  
solamente una que otra polvarada pudo manumitirse.

Algunos, que tenían  
bolsas agujeradas en su túnica, alcancías sin fondo de reserva, al  
no tener dinero  
no podían pagar con otra cosa que con lo que su mano tropezaba a  
través de sus bolsas:  
su epidermis, su ser, su independencia. Otros, los derrotados en  
combate, por sus propias heridas en asedio, sabían ya pasada por las  
armas,  
con sus días de atmósfera en el campo, la pasión de correr  
hacia los cuatro puntos cardinales de toda libertad.

Los esclavos dejaban por herencia a sus hijos sus celdas, su  
fatiga,  
un puñado de lustros de ser cosas

y hasta un circo romano algunas veces.

Pero hubo un día en que el sol emergió pronunciando discursos incendiarios.

Un gladiador enderezó su lucha contra su calabozo, debatiéndose a grillete partido.

Los hombres sólo manos

se trocaron en puños,

en manos que al fin son autoconscientes. A la voz de Espartaco, quien lucía gestos de sol que nace, penetraron en todas las mazmorras del imperio bocanadas de luz.

Espartaco sembró entre los rebeldes semillas de esperanza y fue muy abundante su cosecha de puños. Nunca fue pesimista, ni se le vio cantando la derrota. Hizo que en las orgías de los nobles —cuando los asistentes se quejaban del reducido número de manos que poseen los cuerpos el único invitado siempre ausente fuera la convicción de estar seguros.

Pero Craso avanzó, con sus legiones, hasta aprehender al líder; le adivinó las sienes a la aurora, y en ellas disparó.

Fue en el año primero antes de Cristo que dejó las cadenas de la vida mi Señor Espartaco.

### *3. El rencor acasillado,*

Poco después de advertirse que las sendas de los bárbaros llevaban todas a Roma, floreció el medioevo en todo: hasta en las ramas que sueltan un gorjeo gregoriano desde una pequeña hilera de pájaros suspensivos.

Para el nostálgico príncipe, carretada de bufones, alquimistas que lograban cambiar en el rostro el hierro de lo adusto por el oro de la risa tintineante.

Para aburridos señores, el derecho de pernada, la doncellez en especie que demandaban los amos por permitir que lo bello residiera en el condado, que acababa siempre siendo jardín de desfloraciones.

Después de muerto Jesús, hasta el lujo decidió convertirse al cristianismo. Jercas del Vaticano —del que ganaba salones cada vez más el Demonio—comenzaron a soñar camellos que atravesaban sin la joroba de alguna dificultad, por el ojo complaciente de

una aguja; mercaderes que en el templo sus puestos eternizaban. Como si hubiera tenido

por primera piedra a Judas en vez de a Pedro, la Iglesia talló, para el sentimiento de la nobleza, un Mesías con su peluca empolvada y manando en su suplicio sangre azul por todo el cuerpo. Entonces fueron lanzados a la pasión, al calvario conjunto de las cruzadas los hombres. Jefaturaba las huestes el rey aquel que desde el pecho rugía. Entonces fue la miseria, una miseria devota, que se extendió por el mundo con su convoy misionero. Pero el poder eclesiástico desde entonces ya lucía esa amnesia de pesebre que hasta ahora lo acompaña. Prometeos amarrados al risco de su parcela, los campesinos vivían devorados por el buitre de su cadena vasallal. El amo les permitía, poniéndolos en barbecho, reposar algunas veces, decorar la cabecera de su cama con los sueños del Paraíso inventado en las Sagradas Mentiras, doliéndose de que fuese su cansancio una sequía momentánea de la tierra. Pero cada peón llevaba, desde tiempo inmemorial, su rencor acasillado, como una tienda de raya donde el patrón algún día las tendría que pagar. Y no tarde, su venganza comenzó a manifestarse: nunca se hallaba una mano cautelosa que del monte de paja seca, vecino del palacio de los príncipes, de su orgía de confianza, retirara las luciérnagas que encarnan cortocircuitos. O frenara los halcones que se iban directamente, con la rapiña por pico, contra esa idea del duque, que encima de su cabeza sin cesar revoloteaba, de que se hallaba seguro.

Poco después la nobleza se encontró con el temor de que pudiera inventarse de pronto la guillotina.

La Corte de los Milagros era un mundo que pedía por amor de Dios un brazo con el que pedir limosna.

Y en un catorce de julio despertó un sol ciudadano. Hubo entonces muchedumbres que tomaron la bastilla de su propia indecisión. Se arremangaron la audacia. Y en el Sena de la sangre deramada por su lucha todo el régimen antiguo sucumbió dentro del torpe submarino de lo ahogado. Alguien encontró un oxígeno llamado la Marsellesa y millones de pulmones a coro lo festejaron. Muy difíciles momentos pasó la revolución. Noventa y tres pesadillas de repente la embargaron. La guillotina perdió, oh André Chenier, la cabeza. Pero, Colón colectivo, el pueblo halló en sus fusiles la cuna de un Nuevo Mundo, mientras estaba en el cesto de basura la Edad Media maltrucha, rota, arrugada, como buscando la forma de escaparse de sí misma.

4. *Los cuandos.*

1

*Libre concurrencia.*

CUANDO las bolsas se encuentran  
a dentelladas peleando.

2

*Monopolio.*

Cuando el pez grande  
se convierte en un acuario.

3

*Hombre de negocios.*

Cuando se le pide al sastré  
que le teja al pantalón  
una bolsa de valores.

4

*República.*

Cuando tiene ya el pueblo, la corona  
hasta la coronilla.

5

*Desocupación.*

Cuando en las cercanías de la fábrica  
se halla la mano de ocio  
llevando los poemas surrealistas  
de sus solicitudes de trabajo.

6

*Presentación.*

Cuando cada uno graba en su tarjeta  
de identidad —heraldo  
rectangular que anuncia la presencia

de su dueño— el estado  
de su cuenta bancaria.

7  
*Venganza.*

Cuando en la Casa Blanca, sorpresivamente,  
se escuchan pasos vietnamitas.

8  
*Salario.*

Cuando, con el sudor que se derrama,  
se pueden adquirir esos mendrugos,  
harapos y viviendas necesarios  
para poder de nuevo derramarlo.

9  
*Precio.*

Cuando todas las cosas en la tienda  
nos arrojan su guiño prostituto.

10  
*Y ganancia.*

Cuando el manco de esfuerzo  
tiene todo a la mano.

*5. Que los gruñidos queden en el cesto.*

ESE hombre que está laborando  
y riega también paletadas  
de sí al universo, no debe  
con un animal confundirse:  
sus manos, cargando manojos  
de sueños, se ven pastoreando  
la línea, la forma, la idea

que es molde de cada escultura,  
de cada obra propia que extiende  
su red a la pesca de todo,  
su red, hormiguero de anzuelos,  
su red con que asfixia lo extraño,  
por más que para ello le arroje  
tal pueblo de fosas nasales.

En cambio, si duerme, si come,  
si deja a su vaso tan sólo  
la parte de sólido líquido,  
si logra colmar, en el coito,  
su cuenca manual con mil cuerpos  
que sabe inventarle la amada,  
y sólo vestido de goce,  
le va desprendiendo al orgasmo  
la cáscara, tramo que resta  
para ir a la pulpa infinita,  
no sabe, neuronas en ristre,  
romper con su vida de bestia.

Mas puede la hormiga alejarse  
de sí, cada vez que reposa,  
y ser hacia el fin de semana  
de nuevo algo humano. La bestia  
(si Darwin, puntual, resucita  
en todo domingo) se esfuma,  
se vuelve lenguaje y es hombre;  
por más que no puede ocultar  
que carga su esencia zoológica,  
prosódicamente, en los hombros.

Se vuelven personas también  
aquellas que, incendio en las sábanas,  
hablando sin fin con los sexos,  
convierten su cama en Edén  
poblada por esa serpiente  
que enhebra los cuerpos desnudos  
y engendra el placer primogénito,  
hallazgo de células últimas.

Lo humano se vuelve bestial  
en todos aquellos que ocultan  
allá bajo tierra, en las minas,  
aun antes del fin, la existencia  
y ven que a su ser se le viene,

derrumbe de toda su atmósfera,  
encima la gruta caníbal;  
querrían hallar nuevamente  
la entrada, la veta de oxígeno:  
conjunto de topos que sienten  
la asfixia llegar a sus ojos.

También los labriegos devienen extraños de sí, como abejas a  
qui en e s se dejan tan sólo los tarros, de hiel rebo sant es, de ser  
despojados del rubio dulzor espigado y su forma de sólida miel  
monetaria.

Se tornan también animales aquellos a quienes, dormidos, reclama  
la insomne sirena  
que grita su tiempo y los hace que de sus casillas se salgan,  
furiosos, rebeldes, de prisa... La voz del silbato congrega, inmune  
a la noche, la aurora sin sol del trabajo. Y el hombre, que va a su  
taller en camino, se para de pronto en la ruta mirando a sus plantas la  
usina nerviosa *de* algún hormiguero —que muestra su cifra infinita  
de turnos—, y observa esta imagen, metáfora que hace la tierra, del  
sitio al que corren sus manos a armar, puntualmente, su propia fatiga a  
partir de las cinco.

Lo humano se torna zoológico, trabajo forzado: cada alma revela  
ademanos y gestos  
de esclavo o galeote. Las yemas se encuentran plagadas de astillas del  
remo esclavista, y el cómitre, blandiendo su látigo, enseña un áspid  
estricto, esencial que sólo conserva el veneno.

No obstante, las bestias de carga descargan su ser animales, al  
dar su señal la sirena,  
aullar nuevamente el minuto de ser eslabón encontrado.  
El hombre repara en los gritos que allá a la distancia su lecho  
arroja, mullido, a buscarlo.  
Y ahí van ¿el hombre? ¿la bestia? Los dos en un ser se  
trasladan, cada uno devora al vecino y cambian de modo  
constante —zig zag que se antoja aquel cuento de nunca acabar  
del destino— de sitio los dos en el cuerpo.

Mas cómo olvidar que posee  
dos puños de pólvora, hermano, que harán de la puerta cerrada,  
ejemplo de caos, derrota,  
un gesto infructuoso de celda, momento en que el cesto le cambia  
de nombre al tropel de gruñidos llamándolo sólo basura.

## 6. *Arma novísima.*

Los músculos cebados por la técnica. Puños hechos en serie por las fábricas. Capacidad de fuego que ya no es un infierno adolescente. Pilotos de experiencia —mil infamias de vuelo que manejan aviones fabricados con aleación de acero y genocidio. Marítimos motores —centenares de remos comprimidos; no sé cuántos millares de hipocampos de fuerza que reducen el mar a su deseo trocándolo en laguna, casi en un espejismo. Ejércitos que llegan taconeando su métrica homicida, con las botas que son el primer tramo de cualquiera agresión.

Pero el coloso tiene pies de barro. Más fuerte que Goliat, Aquiles se duplica en su organismo, y por ello presenta dos talones por igual vulnerables.

¿Qué puede el helicóptero —titánica libélula de guerra, luzbólico caballo del demonio que arroja desde el aire su estiércol incendiario en contra del cartucho primitivo que se halla teleguiado por el odio? ¿En contra de la ráfaga de furia que moderniza el arma ya anticuada? ¿Qué los paracaidistas y su caer de copos asesinos frente a pobres fusiles que llevan el furor de bayoneta? ¿Qué logran los ejércitos modernos, aunque sepan desintegrar el átomo, contra el arma novísima y de siempre de un pueblo decidido que combate desintegrando el ánimo enemigo? ¿De qué sirve invadir ciudades y comarcas, si los hombres, con su patria a media asta, le buscan a la cólera el gatillo y colocan su rabia pecho tierra?

## 7. *Pliego de la buena guerra.*

HAY guerras para hacer que los fusiles arrojen andanadas de grilletes y encojan la intemperie hasta el tamaño que sufre la mazmorra.

Guerras que hablan aún tartamudeando sus ametralladoras

sin lucir la fluidez del genocidio  
de mejor armamento.

Guerras con pretensión de encarcelarnos, de hacer de la derrota  
momentánea, la guerra arrodillada.  
Guerras que se imaginan  
que los brazos en alto de los presos anuncian las primeras  
barras de una prisión indefinida.

Amigas de una selva de pronombres en primera persona propietaria,  
hay guerras que nos dan  
en posesión privada los andrajos como una vestimenta hecha de  
llagas: guerras que perpetúan  
que los niños morenos se alimenten tan sólo de la sombra  
del seno de su madre,  
o que aún descarrilan  
un verdadero tren de vida mísero.

Mas también, al redoble de sus sueños, hay hombres que se lanzan a  
otras guerras, a púberes guerrillas muchas veces que, incubadas  
en bélicos pañales, dan sus primeros pasos.  
Amarran agujetas que más que de sus botas lo son de los caminos  
más heroicos. Comen, en su descanso,  
la misma decisión de ir adelante. Caminan con la paz por  
bayoneta,  
con todas las banderas por fin decoloradas. Dinamitan aquí dentro  
del cuerpo toda vacilación y cobardía  
aunque cada latido  
le pise los talones al que sigue.

Saben que en ocasiones es preciso  
un sueño de emergencia  
para escapar por él.

Son hombres que se dan las buenas muertes.

Presa de una jauría,  
muchedumbre de hocicos que persiguen a sus propias mordidas,  
en Bolivia encarnó su asesinato,  
en la cruz de su sueño,  
el que quiso vivir  
como animal salvaje,  
para encontrar al hombre.

## 8. *Crónica de los años*

ANTES de que en las sábanas se extravíaran sus límites  
y devorara el beso  
la dispersión innata  
que ofrecían sus bocas.

Antes de que el insomnio de los cinco sentidos, derrota de la  
almohada, los hiciera pasar  
toda la carne en vela. Antes de que en el beso —que hace  
efímera alcoba de toda la intemperie— descubrieran la sala  
de espera del milagro.

Antes de que las huellas digitales girasen  
remolinos de tacto,  
y estuvieran sus bocas a punto de abrazarse.

Antes de que llevaran al campo su propósito de hallar besos  
silvestres o caricias salvajes  
que muerden con dulzura.

Antes de su contacto sexual con el deseo; de que la margarita  
—los pétalos, su número— fuera ya una amenaza para la  
castidad  
que hasta entonces tenían, habían heredado  
la soledad, las cuatro paredes que la forman, el aire que se  
inspira en primera persona,  
y abierto a piedra y lodo el cúbico deseo  
de encontrar una puerta.

Antes, sus corazones, viéndose de reojo, yendo a la  
comisura de su mejor mirada, planeaban la manera de estar en  
compañía, de prohibir intersticios en medio de sus cuerpos, de  
no hacerle lugar a un ápice de espacio.

Hoy, en la noche oscura —tanto que hasta fundidas parecen las  
luciérnagas—, los dos son una carne. Países que deciden  
diluir sus fronteras,  
dejar de palpar  
por duplicado.

Tú que estás en el lecho con la mujer amada, como avaro  
acostado con toda su fortuna. Tú que estás en el lecho, minero  
sensorial,  
en pos del oro fino —donde tantos kilates y sus glóbulos rubios  
descubren su alcancía— ¿puedes imaginar te que la guerra se  
acerc a a derribar tu mina y dividir el nombre  
de los dos entre un número

infinito de añicos?

Los excitados máuseres

hallan en la masacre  
finalmente su orgasmo.

La guerra hace que rueden por el suelo virutas  
de besos, o de trozos de pieles abrazadas  
unos segundos antes. Si el ojo se luciera puede ver  
en las sombras —migajas que han quedado de la noche  
pretérita— muñones de caricias, vientres dinamitados  
al explotar los sexos.

### 9. *Ese día*

ESE día millones de bocas  
dispararon el canto que luce  
borradas las fronteras de todos  
los himnos nacionales. No lejos  
las manifestaciones que pusieron  
en la calle su tráfico de ira.  
Y en todas las banderas el rojo  
logró hacer así mismo su mitin  
sin que ningún temor destina  
su ventana al incendio que viene.

Alguien nos aconseja que hagamos,  
antes de que empuñemos la cólera,  
de cada corazón barricada.

Dice: "todo el poder para el sueño".  
Y ante cada rebelde que muere:  
"no cargar nuestras armas tan sólo  
de expansivas injurias". Y frente  
a la angustia (pan nuestro de cada  
muerte) : "se necesita, colegas, reclutar el valor; que se  
encuentren conspirando los puños y sean las verdaderas  
bombas de tiempo que ponga el terrorismo del alma para arrasar  
el orden vigente".

"Que tomen el poder los escombros".

## 10. *Las piedras insurrectas.*

TRAS la guerra, los sótanos  
—lugar adonde acuden  
a morir las luciérnagas—  
salvaron los peledaños hasta dar con los  
techos.

Las ventanas se hicieron a la calle,  
realizaron su salto suspendido;  
por el balcón entraron los jardines  
a sentar sus rosales en la sala.  
La bohardilla en el patio vociferaba trebejos.  
Los muros solicitan nuestros pasos  
y por la llave de agua  
se escurre nuestra sangre.

## 11. *Nuevas provincias del asombro*

Así como en la nube  
ayer era este arroyo solamente un proyecto,  
    hoy la mente del artesano toma forma de jícara,  
    joya, instrumento musical,  
antes de que, con el cincel o el mazo,  
ponga sueños a la obra.

Consciente más que nadie el zapatero  
de que los malos caminos le ponen zancadillas a la brújula  
(de ahí la superficie empedrada de su corteza cerebral)  
decide en cada par de ideas que va confeccionando  
    pavimentar todo sendero.

El relojero sabe que su cría,  
vista tras el monóculo  
    (el ojo proyectado a las minucias),  
no es más que un trozo numerado de su espíritu,  
una caja de música que,  
    con su marcha fúnebre,  
indica la hora que es, con una astilla de ataúd  
que carga nuestro cuerpo cada vez que parpadeamos.

Al dar las sandalias por el reloj  
    se cambia el espacio por el tiempo.

Hay un trueque de fatigas,  
iguales como dos gotas de sudor:  
    aunque allá se le esculpe,

aquí se halla el corpúsculo aritmético  
(con su tic tac, despertador de cada instante)  
y la eterna cantinela  
de que el tiempo no sólo nos suprime al contado  
sino también a plazos.

Aunque aquí se construyan,  
allá están las sandalias,  
arañas que en el centro de su red de caminos  
esperan que les nazca la mosca de la idea de moverse;  
zapatos que se hallan a punto de iniciar,  
heridos por la perpetua mordida de una pata de perro,  
la hemorragia de huellas.

Al mercado de músculos,  
cada quien llega cargando,  
bajo el brazo de su oferta,  
porciones de universo que han perdido  
su doncellez de cosa-aparte,  
más allá de la mano,  
limo sin flor humana,  
y hasta las cuales llega el nombre y apellido de su artífice.

Para facilitar su trueque de criaturas,  
los hombres echan bolsa  
de un esperanto de metales preciosos  
que traduce todas sus obras  
a un mismo idioma,  
pronunciado por un sonido metálico distinto.  
Cada dios ve que su obra es buena si alguien la demanda,  
si puede venderla y quedarse  
con la pesada aureola de la ausente  
en la palma de la mano.

Nace el tráfico del oro,  
y los hombres se entregan  
a la trata de rubias.

Aunque a veces el minero persigue una veta  
hasta que ella le muestra el cobre  
(un gran yacimiento de cansancio),  
de las minas se extrajo el sol indispensable  
para despertar el movimiento en el mercado  
de los libros, la fruta o el paraguas.

Recién nacidas las monedas de oro, de plata y cobre,  
se las halla llorosas aún de tintineo.

Después de los dorados ademanes  
de las manos que hurgan en la mina,  
el metal es fundido para asumir  
la forma de candelabro  
destinado a cerrar con broche de oro  
la existencia de un cirio,  
que decrece a la luz cantarina de ese chisporroteo  
que no es más que la forma apasionada  
en que contraen nupcias el grillo y la luciérnaga.

Se le funde también con la intención de que lo líquido *le enseñé*  
cómo ser en adelante  
de curso corriente en todos lados.

Y la prostitución nace a la sombra del dinero.  
Pero no es solamente la de aquellas mujeres  
que están en una esquina  
con su puesto de orgasmos  
al lado de faroles corrompidos.

El sacarse mutuamente provecho entra como  
Pedro por su casa de citas en el ánimo de todos.

El avaro que se siente a un paso de la muerte,  
sabe que tiene ya  
las monedas de su vida contadas.  
Con su primera venta,  
al persignarse,  
la mano del mercader va tocando  
frente, pecho,  
para trazar más tarde,  
al llegar a los hombros,  
el signo de sumar porque desea  
acrecer su tesoro.

Hay hasta quien por horas le recita la tabla de  
multiplicar a sus monedas.

Y hay dinero que se invierte  
para multiplicarse consigo mismo  
en progresión de cáncer.

Sé de una ventanilla donde un hombre presta a infortunio por [ciento. Y  
cómo ignorar el precio de una denuncia,  
los treinta dineros que cuesta,  
al contado, una ignominia.

Cuando nuestros hijos

amueblen de distinto modo el mundo, <sup>sente</sup>nciarán a muerte al  
<sup>ene</sup>mi go . Las manos que lo hacían, <sup>lib</sup>eradas, podrán *ir* al <sup>ci</sup>ncel, la  
pluma o el martillo para colonizarle nuevas  
Y es que cuando se <sup>de</sup> <sup>pro</sup>vincias <sup>as</sup> ombro. p  
todo el dinero tan sólo en el recuerdo, nacerá <sup>fin</sup>almente la  
riqueza:  
cada niño  
*cargará*, bajo el brazo,  
el trozo de nuevo mundo  
que le toca.

Ya *pagará* por *fin* Diógenes su linterna.

## 12. Ubicuidad.

No fue en los primeros tramos del calvario  
de un pesebre, donde sus ojos abrió.  
No tuvo harapientos  
*pañales* tampoco.

Ni en menos que canta un gallo su traición fue crucificado,  
muerto y sepultado.

No <sup>co</sup>ntenían sus *células* un solo <sup>cro</sup>mosoma de <sup>in</sup>finito,  
ni se sintió precisado  
a ocultar sus inconscientes  
<sup>ade</sup>manes de otro mundo.

No devolvieron sus manos  
<sup>-reb</sup>osantes de <sup>mi</sup>lagros — la mirada al <sup>i</sup>nválido *de luc es*, la  
carrera al que tuvo <sup>dis</sup>locados los senderos.

Aunque los dos coincidían en su amor a los humildes  
utilizando la aguja  
—la misma que ante el camello sup o con ser var se vir gen —en  
remendar el calor  
que los andrajos cuarteán, él heredaba a Espartaco, a  
Münzer, a Robespierre,  
a la fortuna de puños que legaron los tres a sus descendientes,  
revelando que la san gre no muere nunca intestada.

En una de las pro vincias de su espíritu: las guerras  
campesinas, el momento en que estaba toda mano —cada  
vez que al apretarse se atrincheraba en la cólera--saboreando  
la inminente destrucción de la nobleza. En otra parte de  
su alma se escuchan vientos de fronda y se contempla ese  
mundo —cetros, hábitos, pelucas—que la Marsellesa  
pasó por las armas.

No sólo, bajo su cráneo, guarda el mejor arsenal de pólvora filosófica,  
sino que también sus manos cargan, por dorso, un cerebro para la acción. Y no hallándose nunca a li si ad o de ti nt a, rub ric a todos sus libros con las circunvoluciones de su materia encefálica.

Cuando en París la Comuna colocaba la primera piedra del alba en Europa,  
cuando el francés fue el lenguaje en que se pudo decir inicialmente el futuro,  
sobre él ya se oyó en el aire discutirse: ya su nombre fue entonces de puño en puño.

Cuando los hombres en Rusia lograron que el eslabón más débil de la gangrena se rompiera se le vio con las manos acarreado luz para la madrugada.

En China, marchando con todo un ejército, al llegar al norte tuvo que limpiarles miles de kilómetros a sus dos sandalias.

Cuando el heroísmo formó el territorio libre en la esperanza,  
él fue testigo de cómo, cuando triunfan los rebeldes, los gorilas se transforman en gusanos.

Cuando se libere de su cruz al hombre,  
y se le desclave de sus alaridos;

cuando el laberinto se quede tras él con el torpe esfuerzo de que su salida se hiciera una Atlántida;

cuando el hombre arrumbe, entre otras amnesias que habitan los sótanos del nuevo castillo, las decoraciones de nuestro presente (barata de chancros en los almacenes de la purulencia; mentadas de madre girando en los discos, jardines que lucen como surtidores de sus bellas fuentes chorros de saliva);

cuando el ser humano arroje, por último, no una arruga al aire,

sino la vejez  
completa, total  
de la telaraña  
que recorre el rostro  
de este siglo xx,  
há nu ev am en te  
acto de presencia.

**QUE DEJE EL CASTILLO DE ESTAR  
EN EL AIRE**

No existe un solo Noé capaz de salvar la Biblia  
de ese diluvio de engaños en que se encuentra anegada:  
    es mentira la existencia de aquel árbol atestado  
en vez de frutos, de sexos, o plagado de manzanas  
    que, agusanadas de esperma, se mecían en la fronda.

No es verdad que el hombre fuera levantado  
desde su feto de polvo, mientras Eva se encontraba  
    todavía en la costilla de su propia inexistencia.

Y es falso que Adán un día, volvió su cara a la de Eva  
para hacerle insinuaciones con aliento de manzana.

¿Por qué será que la Biblia se halla a mitad del camino  
    como una piedra (y su nudo  
    de zancadillas) que obliga  
a la historia a dar de bruces ? ¿Será porque ese albañil  
de ángeles que está en el hombre  
    al dar el toque final a la construcción del cielo  
advirtió que le sobaban los adobes mentales necesarios  
    para armar el paraíso ?

No es cierto que allá en la Edad  
Cuaternaria del primer capítulo de la Biblia  
    llegó cada hombre en placentas de colores diferentes, o que  
fuera echada a andar  
la existencia de las razas siendo un ghetto  
    de células la epidermis. *Nada* es  
verdad: en el Libro  
    sería la fe de erratas todo el índice. Tras la  
ma te ri a no hay na da , porque, estando en  
    ella el verbo, en presente de infinito se conjuga  
perpetuamente a sí misma. Cuando va la  
evolución

desde el gruñir silencioso de la célula al rugido  
filosófico de Hegel,

es la historia del proceso por el cual la inteligencia poco  
a poco va aprendiendo a respirar,  
a tenérselas que ver con aquellos ademanes divinos (que  
según unos embarazaron al agua de coacervados,  
zoófitos,

del hormiguero de abuelos),

o con el trozo de albúmina que en la cuna de sí misma da  
sus vagidos primeros de existencia.

Ningún espermatozoide metafísico

fue el origen de las razas. No tiene la teología

ninguna rama genética. En la pluma de los Padres y  
filósofos cristianos

no hay un solo protoplasma.

¿Quién abrió nuestra epidermis a colores diferentes? Hay

cielos en que el sol  
disuelve el parlamento de *las* nubes  
para hacer que los nativos

acaben por cargar su propia sombra, o tengan  
bajo el cuerpo  
el moreno escurrir de sus tejidos.

Sí, hay que la nieve extiende cheques en blanco para el frío,

y los hombres se refugian  
en el iglú amarillento de su cutis.

También la alimentación

fija a la postre en la piel  
su señal, como si fuera

un banquete de canarios, de palomas o de cuervos. Además, si en ciertas  
partes

en los manteles resurgen los campos ya cultivados

y las legumbres se encuentran congregadas por las manos delicadas  
del vinagre,

otras mesas nos dan cuenta,  
con su perfume al carbón,  
cómo un ciervo por los bosques  
fue la víctima de un hambre cazadora,  
o cómo un pescado se halla  
haciendo vino blanco alguna boca  
y adaptándose a la sal perfectamente  
como vieja conocida.

Si hay pieles color de oveja, hay cuerpos que  
íntegramente

se diría hechos de bocas de lobo, como si a un  
dios se le ocurriese arrojar  
un aliento de azabache en nuestra arcilla.

Algo indudable: las gentes

de Africa deben la vida  
a cromosomas oscuros.

Hombres que cierran los ojos para que a todo color  
la mujer de sus sueños aparezca.

una raza en cuya piel, llena de glóbulos de oro,  
al nacer se le esparcieron las seis de la  
madrugada.

Cada amarillo sospecha que perdió un rayo de sol  
el sueño junto a su madre.

Pero también, como leche

a la cólera ordeñada,  
existen razas cobrizas,  
pieles rojas que, en su ataque, dan la muerte a toda caravana de  
blancura...

Hay blancos que, si pudieran,  
encalarían su sombra,  
y tenderían sus redes

para ir pescando las moscas de sus pecas en la leche de su  
rostro.

Blancos hay tan extremistas que terminan en albinos. Los blancos  
impusieron a los otros

la monarquía absoluta de su piel.

Fue tan grande su dominio  
que hasta Dios (como lo muestran  
las células de sus hostias)  
fue adquiriendo el mismo tinte.

Traicionando la bandera de su piel, hizo la guerra por todas partes el  
blanco.

En África organizó

la cacería mayor  
de cocodrilos, de leones y de negros: no se podía dejar  
los plantíos de algodón

(lo blanco que iba a lo blanco)

mancos de la mano de obra.

Mientras hacían esclavos, caían bajo el servicio

de una raza superior: se hicieron siervos del oro, de toda su  
dinastía  
de rubia sangre.

No todos  
los blancos se convirtieron  
en fuente de una energía que hacía moverse a un látigo, o hacer la  
crucifixión de todo un pueblo en la cruz  
que avergonzada de sí, pretendía disfrazarse  
asumiendo una postura geométrica diferente.  
Cómo olvidar que una vez la puerta de salida  
*de* toda Sinagoga fue el umbral de una cámara  
pletórica  
de virutas de lepra que volaban,  
del estertor agudo del oxígeno,  
de un veneno autoconsciente al llegar a cada  
cuerpo.

Desde entonces no hubo un hombre, que a carta cabal lo  
fuera,  
que no viviera cargando en sus entrañas un corazón  
aguileño.

En verdad, desde el principio  
del siglo veinte podía adivinarse  
que alguna madre europea  
daría a luz una swástica.

Tras el mar, en Norteamérica, corrieron todos los  
negros a sus puños;  
abrieron, al mismo tiempo,  
los ojos, las barricadas. En la pared del fracaso  
se estrellaron muchas veces, y hasta fueron  
desarmados por su cólera, siendo más negros que nunca, negros de  
rabia, frustrados.

Crucificando su acción,  
cuando cruzaron los brazos,  
muchos volvieron a ser  
el viejo Tom redivivo,  
el almacén de la anemia, criadero de leucocitos,  
el conformismo de un puño que de pronto se marchita.

Mas terminaron los negros  
por desconfiar del color de las palomas, hasta que al fin  
concluyeron  
en que no había que aceptar otra blancura que aquella que en

sus colmillos  
lucen las panteras negras.

La resignación fue entonces la fiebre blanca del  
negro.

De la igualdad se trataba  
pues tampoco hay negros arios ni amarillos que  
disfruten de más kilates biológicos. No está la  
raza por dentro de cada uno de los hombres:  
los negros no poseen encrespadas neuronas  
ni es el blanco en sus entrañas una escultura de  
leche.  
No se hizo además el día para el blanco  
y la noche para el negro.

Si es verdad que al asociarse con los negros en su lucha, y llevar sobre  
sus hombros el color de sus hermanos, ciertos blancos se volvían,  
frente a su propio rebaño, ovejas negras,  
unos y otros en las calles  
blandían siempre sus puños desgañitados, en  
alto,  
a la altura del peligro y la amenaza, como la primera piedra para  
construir el futuro.

El sueño por que luchaban  
era un sueño por los cuatro  
costados reconocido: crear un mundo sin fronteras de  
colores, levantado  
alrededor de las ruinas  
de la torre de Babel.

Rechazaban, ambiciosos,  
toda duda y derrotismo:  
negaban al pesimista,  
al que ve las esperanzas,  
aun las que están más a mano, de pequeñas, como sótanos tan  
sólo de un castillo en el aire.

Se diría que estaban ya estudiando, en coros combativos, el solfeo  
de su cantar victoria.

SENTENCIA A MUERTE

Mientras las mujeres quedábanse en casa, cargando  
sus músculos (pequeños, de brazos),  
puliendo las rosas  
o dando lecciones a las hortalizas de cómo  
ascender hasta el apetito, los hombres corrían, a  
campo traviesa, tras la agilidad,  
o inventaban trampas, mínimos sepulcros donde  
sepultaban la táctica, para  
conquistar la presa de su propia astucia.

Como timonel  
tenían un viejo  
que con hilos blancos hilvanaba a toda la tribu  
experiencia,  
el hombre que impuso el cetro prehistórico  
del acromegálico puño dominante.

Existieron déspotas que a tener llegaban hasta algunos dioses como  
feligreses.

Hombres eran éstos que se imaginaban arañar el orden  
sideral con gritos  
de mando a sus súbditos. Sabían que cada prohibición nacida de su  
libre arbitrio, cortaba las manos de todo su pueblo, o hacía que en  
todas las almas surgieran piedras y humildad para arrodillarse  
frente a sus caprichos.

Cada vez que hablaban creían hallarse  
con un Sinaí  
privado a sus plantas.

Tal vez en la villa del monarca hubiera más acres que en otras  
tierras señoriales, y que en sus bolsillos guardara más casas, fincas,  
geografía.

Quizás sus arqueros, con navajas de aire,  
le habían sacado buena puntería  
a todas sus flechas; pero su corona

casi era de espinas, al verse, pequeña, cubriendo tan sólo las sienes,  
y nunca esa mongoloide  
cabeza invisible  
de sus grandes sueños.

Entre los señores había una lucha sin fin: el lindero de sus  
propiedades, caballero andante  
en pos de aventuras, iba cabalgando a tierras ajenas y nunca  
lograba darle a la codicia los definitivos  
e inmóviles límites.

Como en todas partes reinaba el incienso de la fe, llenando  
la iglesia que es templo de la guarda en toda campiña, villorio, el  
poder romano les iba exigiendo a reyes y príncipes, como  
impuesto, astillas de su propio cetro.  
Aquella jactancia del "cielo soy yo"  
que, con ademanes de Sol, pronunciara Luis XIV un día, era  
expresión del trono, palacio de las absolutas nalgas adquiridas  
por el rey de Francia.

Cada combatiente, cargando orgulloso su cerebro frigio, sabía que  
todas  
las coronaciones  
—paso del país  
entero desde unas sienes a las otras—invariablemente  
consistía en que el pueblo fuera en realidad todo él conducido a la  
guillotina.

La revolución  
francesa deshizo  
los tronos a hachazos; pero los burócratas —no todos los cetros  
tienen sangre azul—se hallaron en lucha por arrebatarse  
virutas, reliquias, trozos de madera. Tras de una república se  
puede encontrar la eminencia rubia, contante y sonante.

El poder se oculta  
y cambia de nombre: en la rebeldía,  
se llama mazmorra, a mitad del mitin represión se llama y en la huelga  
toma nombre de masacre.

Al poder le gusta  
velar su presencia  
como si tuviese  
todo un guardarropa  
de escondites; pero  
su ser efectivo

se encuentra en las celdas y su digital  
huella se adivina  
siempre en las torturas.

¿Y la libertad?

Fue el nuevo derecho de adornar la celda. O de dibujarle  
puertas de salida  
al centro del muro. O la ley que hacía que fuesen iguales los ricos y  
pobres  
como son el ave  
y el trino en su jaula.

El poder se muestra cuando el policía persigue al chiquillo que jala en  
los hombres que van caminando, la manga del sueño de matar el  
hambre,  
o al que está buscando, entre las basuras,  
las piezas que forman el rompecabezas  
de su imprescindible almuerzo de ahora.

No sólo en el simple bastón del gendarme —progenie del cetro—se  
encuentra el dominio; también en los campos de concentración  
de dolor humano,  
o en aquellas cámaras donde hasta la última libertad (aquella  
para respirar)  
ya no se consiente.

Se trata del tiempo en que los magnates tomaban paté  
de paso de ganso. Y el brazo tendían, inclinado poste,  
para que en su extremo les nacieran horcas.

Cuando los esclavos, siervos o galotes (las pezuñas y alas del  
pegaso acuático) tomaron las riendas, deshaciendo nudos de  
velocidad  
al mirar la costa,  
fue el cielo en asedio por fin conquistado  
y logró ponerse  
a Dios en capilla.

Desaparecieron  
los hombres aquellos que, olvidando a todos, se encontraban antes  
cada uno amueblando su estrella privada.

La masa sintió  
que, por vez primera, ya no poseía,  
de estado mayor  
al propio enemigo.

Pero no se había hallado la forma de curar el cáncer,

y el pueblo en su triunfo fue representado. Y el nuevo poder no vio lo nefasto que siempre resulta hablar con la boca de órdenes plagada. O mostrar que hereda, tela de sus bolsas, la gula insaciable de las circulares ruedas en que gira, secreto, el soborno.

Los de arriba siempre serán los rescoldos  
de un poder que sueña con nunca apagarse.

El mejor gobierno posible es aquel que tiene sus horas contadas,  
aquel  
que escucha los pasos primeros del último segundo que tiene aún  
de existencia.

Con el engendrar se de este nuevo mundo, se verá que en toda  
mazmorra existente la luz es creada.

Vendrá la anarquía, vocablo que luce su alfa privativa del  
poder; palabra que arroja al tirano  
a abrazarse al cuerpo, tembloroso siempre,  
de un horror sin límites; palabra-poema  
que ha de oírse a flor de labio en el nuevo jardín construido.

En verdad, el último acto que registre la prehistoria actual será el  
encender  
la mecha, pastora de chispas, tendida del cosmos al caos del mundo  
ordenado a la misma pólvora  
que soñó Bakunin,  
y que está en los sótanos ocultos de todo  
cáncer gobernante.

ASTILLAS DE INFINITO

O como se oyen desde el alto de los  
[caminos cruzar las campanadas en cruz,  
teniendo ese sonido ya parte del  
[metal.. .

Neruda.

Por la radio supimos que los ángeles Oh concilio  
ecuménico de dudas !— amanecieron hoy desmoronados.

E.G.R.

AQUÍ, frente a nosotros,  
el rosario de mitos  
en los que espolvoreara  
su cuota sucesiva de oraciones el hombre primitivo.

Un primate desliza en el ramaje del árbol genealógico  
del hombre la cuadrúmana víspera  
de nuestro repertorio de preguntas.

El salvaje nos muestra con sus manos y pies diferenciados,  
la primer  
división del trabajo de las células.

La historia ni siquiera había advenido a la revolución  
industrial de la piedra ya tallada,  
del ónix trabajado  
para olfatear la buena puntería.

Verdad que en el manzano cada fruto a ya no ser un árbol se negaba  
por medio de su propia palidez,  
pero el hombre esperaba junto al árbol a que el fruto alcanzase  
su madurez de azúcar,  
el centro en que el compás de la discordia va trazando su círculo de  
dientes.

Nuestro predecesor,  
siendo nómada aún,  
escuchando el consejo de los vientos, de la naturaleza iba a espigar  
solamente la flor envenenada del gorjeo de un ave de rapiña;  
el temblor que, empezando por la tierra, se pasaba después a todo

el hombre y que en verdad tenía su epicentro en algún dino saurio  
que ambulaba; las más feroces bestias,  
proyectandoseudópodos de furia, que no eran otra cosa que  
zarpazos arrojados al hombre  
por la actitud hostil del medio ambiente; la tempestad que alzaba  
por los campos su manada de aullidos  
o el frío que ponía en las mejillas sus témpanos de carne.

Antes de edificar templos o iglesias, cuando adoraba aún al sol o al  
agua, a sus dioses tenía a la intemperie; dioses muertos de frío  
que hubieran expirado  
sin el pío refugio de una casa.

Aunque ahora sabemos que la nave no es un remordimiento de las  
aguas por haber anegado continentes.  
Aunque ahora pensamos que los árboles no deciden los pájaros que  
carga su ramaje melómano,  
el hombre cavernario  
veía el albedrío en toda cosa;  
odiaba los eclipses,  
egoístas de sol, o descubriría  
la cólera de luz de los relámpagos, el día que, pigmeo, sólo deja  
que el trueno en él despierte;  
juzgaba que era el sol quien a propósito en cualquiera biplano  
que abordara la audacia de los hombres la avería de cera improvisaba.

Baluceos de templo, los tabúes separaron lo sacro y lo profano—  
Adán y Eva se vieron convertidos bajo de la manzana  
en la mitad de Tántalo cada uno—.

De las uvas paganas se espigaron vinos de consagrar para los  
cálices y una ebriedad cristiana producida por el alcohol barroco  
y su gótica forma de subirse.

Mas el ídolo fue ya la primera  
piedra para la iglesia del futuro,  
al igual que mi cuerpo puede reconstruirse  
a partir de las huellas de mis plantas. Si vemos fijamente los  
fetiches más toscos, descubrimos astillas de infinito.

En América, Grecia o el Oriente, hacia el séptimo día  
de encontrarse creando a las deidades, el miedo y la ignorancia  
descansaron. Con el advenimiento de los dioses sólo quedó, del  
ídolo (prehistórico embrión de catédrales), la reliquia de un  
puñado de polvo.

Después la fe del hombre se hizo tiesto para que ahí Demeter

germinara y los hombres cuidaban esa planta como si fuese un árbol cuyos frutos no fueran otra cosa que las niñas de sus ojos.

Un día

resultó la vendimia tan espléndida

que se recolectó hasta un dios: Dionisos. Para negar el frío a la medida, que la temperatura ciñe al cuerpo, la hilandera de entonces

entretejió las túnicas

con los rayos del sol de la hilatura, rayos que las agujas ensartan derritiendo la leyenda del ojo impenetrable:

del ojo de una aguja

que se hace ojo de hormiga. Entonces, en la rueca

de no sé qué corrientes subterráneas al cerebro artesano,

concibieron los hombres, con Palas Atenea, la madeja sublime de una diosa, el carrito solar que irradia el hilo.

La carne de los dioses, conformada

con los sueños humanos, se diluye

cuando el hombre despierta, cuando advierte que en la aurora refulge no la deidad solar, sino el sol mismo.

Mas si fueron los ídolos, los hitos de piedra que llevaron

a creer en un dios únicamente, después de que Jenófanes en Grecia y Juvenal en Roma

negaron la existencia de los dioses, empezó a repicar un campanario llamando al feligrés a lo infinito; empezó a destacar Dios a lo lejos su cuerpo hecho de cúpulas, su voz engarzada en el púlpito del grito, su silencio a campanas derrotado.

Tras del padecimiento de los hombres de innumerables muertes en sus guerras, muchas de las deidades perecieron, diezmadas a su imagen y semejanza. Luego,

al final del Imperio, sobrevino,

Oh Luciano, la peste

de la incredulidad

—no pueden dos augures contemplarse sin ponerse a reír, Catón decía—que el Olimpo dejó sin habitantes.

Los hombres, de vivir envenenados, tomaron como antídoto una dosis de más allá, su droga de deseo, cucharadas de pronta mejoría.

La prehistoria de Dios fue el paganismo con toda su galaxia de deidades, de dioses antropoides,

y el eslabón perdido entre una y otra tal vez el del misterio trinitario,

el triángulo que incluye

toda la geometría requerida

para dar expresión al sentimiento.

Como quien colecciona mariposas, coleccionó el medio  
todo género de ángeles: lo mismo aquellos que iban con las  
alas manchadas  
por el lodo (la sombra apasionada  
del mundo de tinieblas subterráneo)  
que aquellos que las muestran salpicadas por la pintura fresca de una  
estrella.

Fue en verdad esta etapa  
el hangar de los ángeles más grande que registra la historia.  
Ángeles que volaban  
en propulsión de incienso en las creencias.

Nada más natural  
que en un valle de lágrimas,  
al subir la marea del dolor,  
se aferren los humanos  
a la tabla de un cielo,  
al pequeño rectángulo  
que es la forma que asume su esperanza.

Mas todo fue a su tiempo:  
a nadie le pasó por la cabeza crucificar a un ídolo,  
o hacer la última cena con Saturno devorando sus hijos.

En la iglesia el incienso,  
como aliento de Dios,  
lanzó contra los cuernos del azufre su cruzada olorosa.

Mas en su intimidad, lejos del templo, la imagen de un agnóstico,  
se encuentra desgranando su camándula de dudas. Como a Icaro  
se le va derritiendo todo el cielo  
hasta que su dudar se le convierte en Testamento Antiguo  
de su ateísmo actual;  
comprende que si hay algo  
que disfrute del don de ubicuidad es la materia. Sabe  
que la contradicción es el sagrado corazón de las cosas.  
Es un hombre no más. Huérfano, solo. Jugando en su orfandad  
un solitario y sin hacerse trampas religiosas.

**APOLO MUSAGETA**

QUIERO, poesía, que sintones, en el sentido de tus palabras, tu trayectoria;  
que te sumerjas al jeroglífico germen primero del que provienes, y nos describas cómo el trabajo sirvió de cuna, con su niño vaivén, al arte recién nacido;  
cómo las voces de los labriegos —que de las manos iban tomadas— fueron el ritmo (el esqueleto de toda música) que iba en ayuda de la faena y concertaba todos los brazos,  
que conformaban un hormiguero, donde cada una de las hormigas (como una gota de agua que ahoga sus distinciones con la de junto) era al principio muy semejante con su vecina: sólo después cada una de ellas iba cargando, como ramita descomunal, su diferencia, su fantasía.

(Y las alforjas, con que los hombres iban marchando, campos al hombro, no consentían ni un alfiler pues era inútil cualquier intento de desinflarles la rebotante cosecha habida). Si los remeros del Volga estaban, hasta hace poco, gastando todas sus energías para jalar, con gruesos cables, la más pesada de las canciones, cómo olvidar miles y miles de coros, cantos, que se requieren, a más *de* adobes, para construir templos, palacios o esa lección de geometría para los sueños creada en Egipto.  
Cuando los hombres se vieron presa de la filosaduda de su hacha de que los troncos fueran la firme forma que asume lo inderrrible, fueron a un tiempo también

talando

todos los trinos, y su haz de puntos que pentagrama las  
ansiedades  
de los oídos.

Y ante el silencio —que estaba a todo volumen— hubo, para  
matarlo, para dejarle sobre la espalda  
clavado un réquiem, que hacerse de aves artificiales: trinos que  
empollan  
algún mordente recién nacido, cucúes que andan por el  
teclado  
del clavicordio, tras de que Hándel, Daquin o Haydn dan a su  
pluma

de caza vuelo, como tormenta que anuncia jaulas.  
Cuando los hombres, alimentados a pan y llanto,  
fue ron conscientes de que en la fauna del intestino  
iba en aumento la flor del hambre, se dispusieron a hallar el  
modo  
de que sus músculos —como conejos  
de Indias que se hallan en cada brazo  
también crecieran; se dieron cuenta  
de que orquestando sus ademanes  
al mismo tiempo que trabajaban, daban a veta frutos, legumbres,  
todas las piezas para construirle  
trampas al hambre. Después lo bello  
siguió otros rumbos, pisó otras fechas,  
dejó el auxilio de todo báculo,  
de aquella Antígona ya conquistada por la madera. Dejó, tras sí,  
su ser de percha donde pendían los adjetivos: lo que no fuese  
tan sólo música le parecía  
ser una cuerda que no se afina,  
ser una rama donde sorprenden, pellizcos de aire, las disonancias,  
voz libertina de no sé qué aves degeneradas.

## II

QUIERO, poesía, que me de ve les cómo en el muro de las  
cavernas  
o en las paredes del colectivo  
temor a un medio llagado siempre  
de toda especie de amenzaurios, tomaba el arte forma de pez,  
de ciervo o de otras hambres indígenas: el pez bogaba sobre la roca  
para atraer al pez viviente  
que, amedrentado, aleteaba  
su independencia (su libertad  
bien escamada) dentro del charco  
que se movía sin que las redes

del sol pudieran alzar la pesca de toda su agua. El  
 cavernícola  
 tenía en la imagen reproducida sin deficiencias por su  
 dibujo,  
 un buen anzuelo que poseía su irresistible trampa de  
 carne,  
 su tentadora serpiente niña, pues no sabía, como el imán,  
 jovial y amante, quedarse sola. También al ciervo, que iba  
 triscando  
 por la llanura sin fin del hambre, flechar solía con la saeta  
 veloz y aguda de un parecido muy bien logrado —las  
 semejanzas  
 eran al ojo del primitivo, identidades sólo escindidas  
 por la distancia—. Estos dibujos se hallaban lejos del  
 garabato  
 con que el pintor anduvo a gatas como un maullido que no  
 podía  
 de tal madeja desenredarse.  
 Del mismo modo que cuando el Greco  
 traza alargados los personajes de su pintura, lo hace  
 buscando  
 que algo de incienso, de errátil cúpula, se encarne en ellos, nacen  
 al mismo  
 tiempo las artes y religiones.  
 Y en cualquier ídolo (pequeña piedra  
 que alguien ya lanza contra el gigante pavor al ámbito desconocido)  
 se puede siempre verlos aunados. Mas poco a poco fueron el  
 arte,  
 la religión, diferenciándose: y desde entonces los  
 cazadores  
 ya no tendían, con venatorias danzas salvajes, al ciervo libre,  
 trampas de música, gimnasia hipócrita. Cuando los hombres se  
 dedicaron  
 al baile puro, iban de puntas,  
 con el deseo de que ya nunca  
 se despertaran, con el pasado, la magia, el tótem, la  
 religión,  
 que habían sido sus compañeros de baile siempre.  
 Se dedicaron a hacer conciertos cuyos acordes eran hileras  
 de aves menudas que a la belleza picoteaban al mismo tiempo.  
 La partitura no era ya entonces ningún pautado coto de caza.  
 Ya la batuta no hipnotizaba como una sierpe la zoología  
 del apetito: se hallaba lejos  
 de toda magia, como aquel órgano  
 que se libera cuando una bomba (con su herejía de dinamita)  
 destruye un templo. Se dedicaron a trasladar al caballete

todas las células del sentimiento; fueron hallando de qué  
colores  
era su espíritu, y, con las uñas  
de Dios que el arte mueve ante el mármol,  
a sus medidas ideas dieron  
volumen, cuerpo, tres dimensiones  
que si se alían con la belleza salen triunfantes sobre la  
cuarta.  
Y terminaron por ser conscientes de que las líneas que  
constituyen  
las hendiduras de su cerebro, fueron la mina nunca agotada  
de su dibujo.

### III

Como la ciencia  
ficción, que exige, por combustible,  
no sé qué fórmula de poesía  
(y se hace al aire, con una pluma batiendo sólo), nacieron juntos  
también la ciencia y el arte antiguos,  
para elevarse desde el hangar  
del apetito de estrellas, nubes,  
aire y espacio —con el estómago  
sintiendo un hueco de cielo siempre—hasta la forma que de satélite,  
sol o planeta, tiene el deseo,  
pues increíbles mundos se logran cuando en la almohada se halla  
la veta por fin del sueño.

Puede el sudor, por esa alquimia cuyo secreto  
se halla en los músculos, tomar las formas  
más imprevistas: cabaña, cerca,  
corral de niño, perfumes, horcas, lentes, asiento que va en el  
cráter  
de un elefante como una barca  
que va bogando por el mar viejo  
de las arrugas. Pero la frente  
del que es un sabio tiene sudores  
que son las lágrimas de su cerebro. Busca, analiza, sale corriendo  
tras de miradas nunca tenidas.  
Si se pudiera, pondría en sus manos  
un telescopio para su tacto.  
En fin, este hombre fue descubriendo, con los secretos del mundo,  
rasgos,  
quizás pellizcos sólo al principio, de la belleza. Puede decirse  
que vio a la ciencia y al arte unidos en un abrazo que parecía  
tender entre ellos, de pegamento,  
la miel de alguna luna romántica. Arte y botánica se unen en ese

pincel que se halla lleno de vida, lleno de vida  
cuando nos dice  
naturalezas muertas de ganas  
de conmovernos. Y es con la química que los colores pueden  
hacerse  
para que Giotto, Mantegna, Chirico, Braque o Picasso, logren  
brindarnos  
un pasaporte —mal incurable de las fronteras— para la  
Atlántida.  
Mas ciencia y arte no eran esposos. Su matrimonio no era otra  
cosa  
que aquella hamaca de manos juntas donde se mece  
sólo el afecto.

#### IV

#### ENTRE el trabajo,

la ciencia, el mito, nacen las artes. El campesino, tras de la  
siembra  
de su fatiga, va levantando leyes, secretos dichos a flores,  
al mundo agrícola. Al mismo tiempo piensa que hay dioses  
propiciatorios  
de la cosecha: vio que Dionisos no iba poblando con  
cuentaervas  
todo el viñedo, sino de golpe, con sólo un pase de sus diez  
dedos,  
dejaba el premio mayor colgado de cada arbusto que él  
protegía.  
Después las manos de los labriegos. Y la vendimia. Y el ir  
mermando  
pacientemente la alta cantera  
de aquellas perlas que si se ensartan  
hacen collares del mejor vino, hasta que al último la vid  
padece,  
pobre, saqueada, de horrible cruda, o guarda, triste, sólo una  
pasa,  
una escondida lágrima anciana. Y en este ambiente,  
desde Epicarmo,  
con Aristófanes, Esquilo, Sófocles, nacieron drama, comedia:  
teatro.  
Fue la comedia, la cual rocía sobre su público, vivo de risa,  
el mosto alado de lo ingenioso o una alegría sin intermedios.  
Fue la tragedia que poco a poco va preparando todo el enredo  
tanto en la escena como en los nudos de las gargantas del  
auditorio,  
a quien la trama tiene embriagado,

nudos que sólo se desenredan cuando se pierde frente al vecino  
la hoja de parra de la vergüenza y se descorcha desde los ojos  
toda la angustia.

V

o nos dicen de Goya que sólo es el autor de una Maja Vestida,  
mientras lucen  
un pecho que pulpi ta santa mente. Mas también hay  
aquellos  
¡Oh San Juan de la Cruz! que elevan su alma a la atmósfera tibia  
de su Cristo  
donde el amor espera haciendo cola.  
El arte tiene amores y amoríos: a veces sólo un beso en  
una cama,  
como una perla falsa en la montura de mayor excelencia;  
a veces, en rincones imprevistos, coitos que balbucean, que  
nos dicen  
las primeras palabras del lenguaje con el que al fin  
podemos entendernos,  
y logramos derruir, piedra tras piedra, la torre de Babel,  
amigos míos.

Y A el arte no contrae

las nupcias para siempre con la ciencia, la moral, la política o el  
mito.

No es un ser que posea sólo un lecho, la mezquina, paupérrima  
ración de un solo lecho, ni posee siempre la misma sábana,  
vestido

del monógamo espectro puritano. Tiene amores sin fin y un dios  
le supo

multiplicar sus panes y sus peces en diferentes camas.

Cierto que guarda sólo un corazón; pero tiene un exceso de  
latidos.

Frente al Marqués de Sade o el Aretino (los que, tras de la Edad  
de bronce o hierro, lucieron la del tacto)

los hay que, pudorosos, solamente deslizan sus  
caricias en las hojas que mueven al leer el catecismo

o nos dicen de Goya que sólo es el autor de una Maja Vestida,  
mientras lucen

un pecho que pulpi ta santa mente. Mas también hay  
aquellos

¡Oh San Juan de la Cruz! que elevan su alma a la atmósfera tibia  
de su Cristo

donde el amor espera haciendo cola.

El arte tiene amores y amoríos: a veces sólo un beso en  
una cama,

como una perla falsa en la montura de mayor excelencia;  
a veces, en rincones imprevistos, coitos que balbucean, que  
nos dicen

las primeras palabras del lenguaje con el que al fin  
podemos entendernos,

y logramos derruir, piedra tras piedra, la torre de Babel,  
amigos míos.

Y A el arte no contrae

las nupcias para siempre con la ciencia, la moral, la política o el  
mito.

No es un ser que posea sólo un lecho, la mezquina, paupérrima  
ración de un solo lecho, ni posee siempre la misma sábana,  
vestido

del monógamo espectro puritano. Tiene amores sin fin y un dios  
le supo

multiplicar sus panes y sus peces en diferentes camas.

Cierto que guarda sólo un corazón; pero tiene un exceso de  
latidos.

Frente al Marqués de Sade o el Aretino (los que, tras de la Edad  
de bronce o hierro, lucieron la del tacto)

los hay que, pudorosos, solamente deslizan sus caricias en las  
hojas que mueven al leer el catecismo

FRENTE a las Pinceladas de Picasso (que estuvo en su trinchera  
de colores combatiendo al franquismo);

delante de los cantos de Neruda, Hikmet y Mayakovsky

que gritan su "ecce homo" a voz en verso; en frente de los discos y  
sus surcos donde arrojó Stockhausen la simiente de la angustia  
electrónica

que a todos nos embarga;

frente de las novelas que conspiran con todos sus lectores,

contra el orden existente, se yerguen otras obras, artistas que  
empezaron

a producir guiñiendo a la demanda: que hicieron calendarios  
prostitutos —como el del centinela

de la mujer dormida sobre el lecho  
de la cursilería

prestos a alzar la falda en una alcoba para mostrar su

fecha, canciones en almíbar, con el dulzor, a todo su volumen,  
hasta lo empalagoso,

en que contraen nupcias

un cantante español con un micrófono

de homosexuales mañas; artistas que le hicieron sus  
nalgas al espíritu para poder venderse.

## VII

EL arte dejará sus ligaduras al encontrar la llave  
que es el talón de Aquiles de la puerta de toda reclusión.  
Hallará sus pulmones. El oxígeno. No tendrá ya fronteras. La  
poesía dejará de ofrecer sus consonantes para rimar con voces  
como lodo, interés, egoísmo.  
Será el arte del hombre, el que advendrá cuando todas las jaulas, en  
parvada, cubran los horizontes en su huida.

Sin ataduras, suelto,  
la libertad brotándole en los poros, devendrá el habitáculo con  
alas del hombre liberado,  
el aeroplano tierno que nos lleve  
a los días de campo en las alturas, a los días de  
cielo.

**EL TRANSITO**

Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos  
que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos  
y parecían enredarse los pies en ellos.

Testimonio de los informantes indígenas de Sahagún.

Me corto un brazo y lo dejo seña-  
pando el camino.  
Sabines.

LA noche y vendavales de azabache. La noche en la que  
sólo se destacan, como enchufados en su propia fuente  
de energía, los ojos de los gatos. La noche, sí, la  
noche  
como un punto final que va engordando para abarcarlo  
todo.

La noche eternizada, como un Gólgota donde en su  
pesadilla cada humano crucificado se halla e ingiriendo  
el ferroso vinagre de sus clavos.

La noche en que un cadáver en la calle no es el desgarramiento  
sorpresivo del andar entre nubes cotidianas que nublan la  
inquietud, sino un suceso sin importancia alguna, como hallar  
cáscaras de naranja, vidrios rotos, un lápiz escapado de la  
escuela y que vaga en el parque.

La noche que nos arde si nos roza,

y en que va nuestra mano acariciando las costras de la amada.

La noche en que comentan nuestras uñas moradas que el oxígeno  
escasea. La noche en que, nerviosos y asustados, nos estamos  
mordiendo

la parte superior de los muñones; y en que oyen los oídos la  
llegada, imperceptible casi, de su cáncer.

La noche en que millones y millones empuñan sus blasfemias  
y van a los altares despoblados mordiéndose entre los dientes  
iracundos el jirón que les queda de sus dioses. La noche y el  
silencio.

La infinidad de bocas que se toman de las voces y forman ese  
coro  
en que al fin es posible dar a un tiempo el aullido del parto.

GANADOS POR EL DIA

I

LA CESTA

ESPALDA del reloj, en el pretérito  
(la cesta a donde caen las hojas del calendario al término del día)  
van a parar las cosas,  
cuando a la memoria se le ha roto la cuerda.  
Si se hurga entre la basura de lo ido,  
puede hacerse un inventario del conjunto de rugidos con que se  
armonizaba la prehistoria:

Aquí está la avaricia,  
ese estado de caja fuerte del ánimo.  
También el usurero, calculando su entremés de  
glóbulos rojos.  
Aquí se hallan las máscaras,  
como ramo de múltiples bautizos.  
Se halla aquí, entre las miasmas,  
el hombre dominante y arbitrario,  
el que colonizaba a sus hermanos  
y les suspendía sus garantías individuales.

Aquí, los que cargaban en las manos, sin poderlo  
ocultar,  
astillas de algún cetro imaginario.

También se hallan aquí los policías,  
que llevaban al cinto su demonio de la guarda. La cárcel carcelera.  
Los alambres de púas que esperaban todo llanto de

concentración. Los presos que, barbados,  
cargaban en el rostro un poco de oscuridad que la  
mazmorra acababa por contagiarles.

Aquí, la silla eléctrica,  
donde la bestialidad humana lograba su más alto  
voltaje,  
sin un corto circuito de conciencia.

Se hallan aquí esas guerras  
que estaban entre dos treguas como la soledad entre dos amores.

Aquí los submarinos coléricos,  
la playa sumergida,  
el oxígeno blindado.  
Los aviones que matan de un cielazo. También el  
homicida  
que mató en él al hombre.

Aquí se halla el que, ahorrando para conseguir una mujer, fue  
obteniendo, a medida que hacía más pesada su bolsa,  
primero dos piernas, luego toda una espalda  
y por último, ya con la suma total, una  
mujer íntegra,

como un rompecabezas que armaba la lujuria.  
Aquí está la mentira, la voz enmascarada.

Aquí se halla el hipócrita, el que no está dispuesto a  
morir en la cruz  
de su cicuta.

También el habitante  
de aquel contrasentido:  
ser hombre de negocios.  
El que amasaba grandes miserias.

Aquí se halla aquel hombre, rodeado de cosas,  
acosado.

## I I

### LA CONSTANTE

EN verdad que hoy tan sólo pueden considerarse miserables aquellos que, ganados por el día, se ponen el desvelo como sábana; están en las esquinas suplicando "cuénteme por favor su último sueño". Y restriegan los ojos del insomnio con el reloj de carne de sus yemas.

Indigentes aquellos que se sueltan, sin tener una sola garantía de consuelo, a llorar, o los que lloran porque precisamente se dan cuenta de que su ser amado no podría ser el que los consuele.

Y los más pobres  
aquellos que no entienden la poesía, o se hacen a sí mismos  
la trampa de decirse que no saben jugar,  
o aquellos que no ocultan en las bolsas de su blusa pedazos del  
crepúsculo  
para la noche larga.  
En un cierto sentido, compañeros, maullará el mismo gato  
revocado.

## III

### PARA ENTONCES

1

SE dirá:

¡Zapatero,  
a tus poemas!

2

Los artistas irán brújulamente  
en busca de otro mundo hasta alcanzar, en una galería de sorpresas  
infinita: poemas electrónicos,  
el arte para el tacto,  
los solos de batuta...

3

Serán todas las armas pasadas por sí mismas.

4

Nadie salvajará, como hoy, la mente hasta trogloditarla;  
nadie permitirá que se le escapen  
dinosaurios morales en su trato con los otros.  
Dejaremos al fin, acá por dentro, la edad de las cavernas.

5

Sin poblar de zancadillas  
para los otros el ánimo, mirándose frente a frente,  
entrechocando el saludo, y enjaulando en el abrazo  
su pretérito de bestias, oirán los hombres los gritos  
de Caín en el infierno de la nada.

6

La educación será  
el arte de llevar  
los chiquillos-cuarteto a los hombres-orquesta.

7

Arrancarán los hombres de las minas, del campo y del taller, una  
palabra: la palabra gratuito, la palabra  
que está para regalo siempre envuelta.

8

Será sólo un recuerdo el paria aquel que podía extraer únicamente  
de sus bolsas la tela, las orejas  
de su vida de perro.

9

Mas no se trata de ir de cacería,  
armados con escalas, en búsqueda del cielo, ni de colonizar un  
territorio  
más allá del gerundio.  
La historia seguirá.  
Y jamás lograrán cantar victoria  
sobre el girar eterno de las ruedas  
los frenos aunque empleen como líquido charcos de agua estancada.  
  
No vamos a calzar el paraíso.

**MONOLOGO DEL FUTURO**

EN verdad he logrado que ya todos  
se asienten en la tierra colectiva  
de la palabra nuestro.

No dudo que alguien haya que pretenda ser propietario aún,  
atiendo a sus deseos y le adjudico  
en algún manicomio su parcela.

Pero ayer  
mientras unos se entregaban a espigar  
la cosecha  
de sus músculos  
y la flor cancerosa  
del cansancio, otros iban,  
con las manos en las bolsas,  
las pepitas del ocio acariciando.

Olvidar  
no es posible:  
los pronombres  
posesivos  
conquistaron  
el poder,  
las hectáreas  
de la indignidad  
se consideraron  
como inafectables.

No es posible olvidar, aunque ya nadie utiliza hoy su tiempo en  
construirle siempre nuevos pisos  
al pobre rascaestrellas de su yo;  
ni nadie en mí dedica su jornada  
a sublimar la rúbrica de su orgullo de pila o a ornamentar la  
sala de su mansión, con vastos retratos de sus huellas  
digitales.

¿Olvidar  
que a unos niños  
se mecía  
en la astilla de palacio  
de una espléndida cuna,  
mientras a otros,  
al dormir, se les daba  
el mendrugo de sombra  
de uno de los rincones ?  
¿Ignorar  
que unas gentes

contrataban  
al crepúsculo de sastre,  
para dar a su progenie  
la más rica vestimenta,  
mientras había criaturas  
que se hallaban esperando  
que su madre les planchase  
el trocito  
que de viento les tocaba?

Tras de abdicar al fin en todo verbo la primera persona  
del singular, advierto que he logrado distribuir los panes y los peces  
en la Primera Cena colectiva,  
mientras todos disfrutaban  
de la sed consagrada por el vino.

En mi prehistoria, mientras se hallaban  
sujetos unos  
a su labor  
por el hambre nuestra de todos los días y se trocaban en sedentarios  
a esas orillas  
de un manantial.. —donde se oía desde las siete de  
la mañana sonar la voz  
de una sirena—que pobremente sólo manaba  
lo indispensable, otros vivían  
igual que nómadas: podían viajar  
hoy hacia Acapulco y admirar a aquél  
que en Pie de la Cuesta  
se arroja, pelícano  
que pesca su vida, al furor salado;  
y mañana al Congo para disfrutar  
de una cacería  
mayor de alboradas y volver cargando paisajes  
feroces que nada pudieron contra la emboscada que  
supo tenderles la fotografía.

No se trata hoy en mi reino  
de un cielo que prescindiera  
—teniendo por adobes a los ángeles, por cúpula el cerebro del  
Mesías—de toda fe de erratas. No es tampoco la inmola-  
ción final de los relojes, la perfección dormida en sus pañales  
(teniendo el infinito de sonaja) la segunda edición del paraíso  
o el momento en que Adán se ve obligado a vomitar, cerrando ya la  
historia, la manzana ingerida en el principio. Ni un mundo  
mojigato que resuelve para borrar el mal  
cavar aún más hondo en el abismo por donde va Luzbel  
precipitándose o construir un Gólgota futuro para crucificar al

Anticristo.

Mas todos son en mí  
prisioneros del ansia de anular, con la sabia polilla de la  
goma de olvidar, la palabra  
Caín sobre el papel de todo libro. Y es que son en mi mundo  
muy pocos los que sufren  
la enfermedad del yo, nadie contrae  
la epidemia del virus de narci so, ni, febril, se encarama  
por todos los peldaños del termómetro a su propio delirio de  
grandezas.

¿Mas cómo olvidar  
la edad en que algunos  
acopiaban barras  
de fatiga humana,  
frente a los accionistas  
de una misma miseria,  
frente a los mendigos  
que pocilgaban sus cuerpos en harapos?  
Ya nadie hace en mi mundo dos bolsas en las nalgas  
para cargar el oro hasta la muerte, ni nadie saborea, con la  
mano, hambriento de kilates,  
moneda tras moneda, desgastando las piezas que no el  
hambre.

Mas antes había quien disfrutaba en  
propiedad  
privada la pereza, quienes tenían todo (las  
manos con un exceso  
de dedos) mientras otros guardaban sólo en  
sus palmas dos puñados de viento.

Y aunque el dolor no se halla en mis provincias repartido como  
antes entre el pueblo  
a una angustia per capita;  
aunque el hombre tampoco  
ya subasta sus manos, ni se queda  
(como el pintor que al terminar su cuadro  
extraviara sus ojos)  
manco frente a la parte más cuantiosa de ese mundo de cosas que  
edifican todos sus ademanos,  
no es posible olvidar.

Amigos: no es posible.

## **ENTRAÑAS DEL PUNTO FINAL**

A las doce en punto de la noche terminó esta cacería de sueños. Su creación estuvo a cargo de una sola sombra larga, y se dedica a todos los hombres que recorren nuestra América con las bolsas cargadas de futuro.



Las bestias exteriores ..	58
Interludio de naturaleza y muerte .	59
La aurora acribillada . . . .	64
Aún muerden las fieras su gruñido	65
Reseña del rencor contemporáneo	66
TERCER CANTO	
En primera persona	
Acta de nacimiento . . .	... 68
Mi mundo .....	69
El entierro del ángel custodio ...	70
A renglón seguido .....	73
Mi temporada en el cáncer ..	74
Crónica de un secreto dicho a voces	76
I Adán y Eva	76
II Soneto a mi locura .....	76
III El tren .....	77
IV La veta .....	77
V Metamorfosis	78
En pie de canto .....	78
13 epitalamios .....	86
Pliegos de testamento .	88
Concordancia .....	97
El péndulo .....	97
Entre rejas .....	99
Celos	102
Mi muerte .....	103

CUARTO CANTO	
Aquí, con mis hermanos .	106
QUINTO CANTO	
El quíntuple balar de mis sentidos	
I Con los ojos a cuestras .....	118
II Los juegos de la atmósfera	1 1 9
Catador de alegrías .	1 2 0
III La música y el silencio de las esferas	121
El tacto a la mano .	121
VI El reloj del cielo . . . .	1 2 2
VII Dos cuerpos conjugando el verbo amar	122
VIII La carne de San Esteban .	123
SEXTO CANTO	
Tres compartimientos del espíritu	
Frutos de agridulzura .	.. 124
Carta de navegación . .	. .. 127
Neuronerías .....	132
Aristotélica .....	136
SÉPTIMO CANTO	
En cierto gris sentido	
I Preludio a la palabra . .. .	. 137
II La respuesta acosada .	.. ....139
III A un parpadeo de distancia .	.... 141

## ***OCTAVO CANTO***

Por los siglos de los siglos

I	No es posible entrar dos veces en el mismo río .	147
II	Panta Rei .....	150
1.	Todo es nuevo bajo el sol	. 150
2.	Vida y obra del espacio	. 133
3.	Cronos y sus disfraces	154
III	Cuando el yo da la hora .	159
IV	Los minutos elásticos .....	163
V	Y bien y mal son una cosa	165
VI	Neuronerías 2	
	Fragmentos inéditos de Heráclito	. 166
VII	La madre de todas las cosas .	167

## **NOVENO CANTO**

La gran marcha

1.	La niñez del camino .....	169
2.	A grillete partido .....	171
3.	Él rencor acasillado .	173
4.	Los cuandos .....	175
5.	Que los gruñidos queden en el cesto .	176
6.	Arma novísima	179
7.	Pliego de la buena guerra .....	179
8.	Crónica de los añicos .....	181

9. Ése día .....	182
10. Las piedras insurrectas ...	183
11. Nuevas provincias del asombro .	183
12. Ubicuidad .....	186

## DECIMO CANTO

Que deje el castillo de estar en el aire .	189
--	-----

## UNDÉCIMO CANTO

Sentencia a muerte	194
--------------------	-----

## DÉCIMO SEGUNDO CANTO

Astillas de infinito	198
----------------------	-----

## DÉCIMO TERCER CANTO

Apolo musageta	202
----------------	-----

## DÉCIMO CUARTO CANTO

Él tránsito	210
-------------	-----

## DECIMO QUINTO CANTO

Ganados por el día

*Pág.*

I La cesta ..	211
---------------	-----

II La constante .	213
III Para entonces.....	213
IV Monólogo del futuro	215
Entrañas del punto final	218